

15 DE ABRIL

1906

Revista

Contemporánea

DIRECTOR Y PROPIETARIO

D. JOSÉ DE CARDENAS

Senador del Reino y Consejero de Instrucción pública.

REDACTOR JEFE

D. JUAN ORTEGA RUBIO

Catedrático de la Universidad Central.

SUMARIO

	Páginas.
Las condecoraciones, por Alfredo de Laffitte	385
Elegía escrita en un cementerio, por Antonio Balbín de Unquera ..	393
Cosas de la vida, por Manuel Abril	399
La Linguística zoológica, por R. Robles	411
El país del oro, por Gabriel María Vergara ..	413
Maurice Barrès, el nuevo académico francés, por Fernando Alcalá-Galiano	417
La Asociación de los maestros, II, por Enrique Prúgent	425
Tarde muerta, por Antonio Heras	437
Estudios criminológicos: El estafador (continuación), Manuel Gil Maestre ..	439
Poesías, por José Rincón Lazcano	451
Nuestros noveladores: José M. Matheu, por José Subirá	461
Mancha negra, por P. Martínez Rosich ..	467
Muertos ilustres de España y de Alemania, por Juan Fastenrath	471
Sevilla (continuación), por C. Justi	477
A la Virgen del Pilar, por Juan Martínez Nacarino	481
Boletín bibliográfico, por José Subirá , por E. A. , por A. H. , por Francisco Góngora , por Miguel A. Ródenas , por César Juarros , por A. y por X.	489

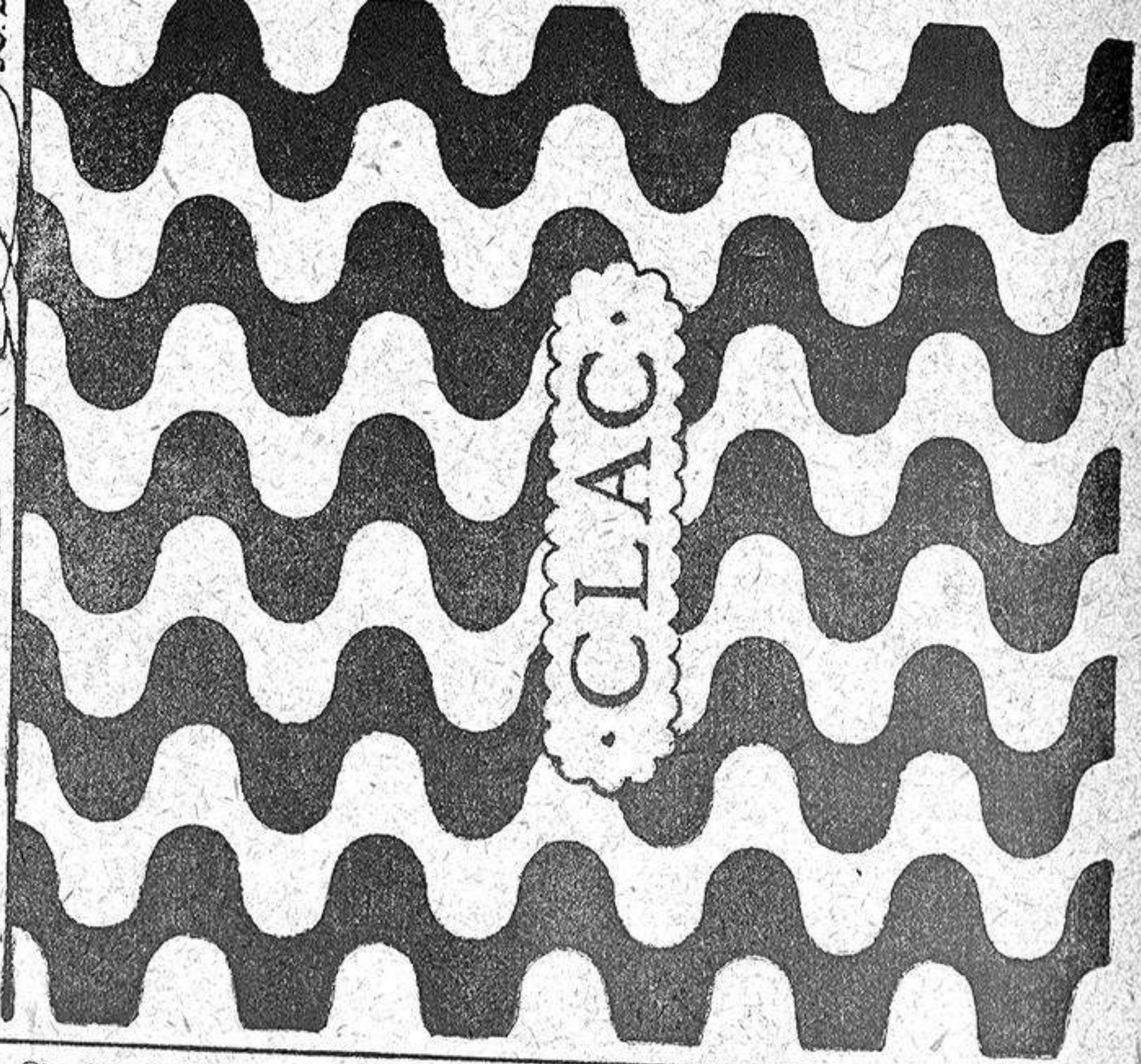
Toda la correspondencia á la Administración: Pizarro, núm. 17, pral.

MADRID

"FUMEURS"

Si vous voulez fumer avec plaisir
essayez le "Papier Clac" Exigez l'amar-
que et la signature du seul fabricant.

C. L. L. L.



CLAC

PASTILLAS BONALD Las mejores que se conocen
para las enfermedades de la boca y garganta.
Núñez de Arce, 17 (antes Gorguera).

PÍLDORAS Y UNGÜENTO
DE
HOLLOWAY.

JUSTAMENTE RENOMBRADOS.

**LAS
PÍLDORAS**

purifican la sangre, corri-
gen todos los desórdenes
del hígado, del estómago,
de los riñones e in-
testinos y son de un valor
inapreciable en todos los
desórdenes que afligen
al sexo femenino y á los
niños.



**EL
UNGÜENTO**

es el solo remedio seguro
para males de piernas,
llagas, úlceras y heridas
inveteradas. Para la cura-
cion de bronquitis, males
de garganta, toses, resfri-
ados, gota, rheumatismo,
hinchazones glandulares y
todas las enfermedades de
la piel no tiene igual.

Elaborados solamente en el 78, New Oxford Street, London.
Y vendidos por todas boticarios del mundo entero.



LAS CONDECORACIONES

Las condecoraciones responden á una de las más imperiosas necesidades de los pueblos civilizados, porque, además de ser la única recompensa que en determinados casos puede concederse, otorgan una especie de nobleza personal al que no la tiene.

Las Órdenes de Caballería no son hoy como en la antigüedad un privilegio reservado á las clases elevadas; todo el mundo está en condiciones de aspirar á ellas.

La historia de los siglos pasados, y la experiencia de los tiempos presentes, ha demostrado de una manera incontable que las distinciones honoríficas, acordadas al mérito y distribuídas con equidad y justicia, contribuyen, por la emulación que despiertan, á la gloria y prosperidad de las naciones en los diversos ramos del saber humano.

No hace falta registrar los anales de las Órdenes para cerciorarse de que, según las épocas, así han ido cambiando de forma.

Primeramente, en defensa de la Iglesia, hubo Órdenes de Caballería, denominadas militares, religiosas y feudales. Después desaparecieron estas últimas y se crearon las Ordenes reales; y, por fin, con arreglo á los adelantos, se democratizaron las condecoraciones.

Estos tres aspectos corresponden á tres períodos distintos: triunfo de la Iglesia, consolidación de la realeza y advenimiento de las ideas modernas.

Hoy se distribuyen en las clases siguientes:

Órdenes reservadas á Soberanos y Príncipes reinantes, Jefes de Estado y eminentes hombres públicos, como el Toisón de Oro.

Órdenes hospitalarias, militares y nobiliarias, como la

Cruz Roja, Santiago, Calatrava, Alcántara, Montesa y las Maestranzas.

Y Órdenes *igualitarias* ó democráticas, como Carlos III, Isabel la Católica y Alfonso XII.

Es indudable que al presente las Órdenes de Caballería no concuerdan con el objeto para que fueron creadas. La Reconquista, la Santa Cruzada y otras guerras de la Edad Media armaban caballero al que se distinguía en ellas, y si bien los tiempos han cambiado mucho y el progreso nos va haciendo á todos iguales, no por eso dejará de haber distinciones en la sociedad, mientras el mundo sea mundo. Los Gobiernos necesitan de las condecoraciones para premiar servicios especiales, y si antes consistía el mérito, para ser condecorado, en el número de infieles que se mataban á lanzadas, ahora, por el contrario, al saber, á los adelantos, al sacrificio por sus semejantes se adjudican estos honores.

El cambio ha traído también, como consecuencia, la supresión, en la mayor parte de las Órdenes nacionales y extranjeras, del uso de los vistosos uniformes, quitándoles el aspecto guerrero que tenían y limitando las insignias á la exhibición de una banda, placa ó cruz sobre el traje civil de etiqueta.

A pesar de haber perdido las Órdenes de Caballería todo su antiguo esplendor, á pesar del modernismo que nos hace ver estas cosas como objeto de pura vanidad y fantasía, la fiebre por obtener condecoraciones no decrece, sino que aumenta.

Al parecer nadie las quiere, ni les da importancia, pero todos, con rarísimas excepciones, las buscan, porque desean ser distinguidos de los demás mortales.

Y es lo cierto que en una ceremonia oficial hace un mal papel estético quien no está condecorado.

En Francia, nación democrática por excelencia, es una verdadera monomanía la del cintajo, y ya se sabe el gran prestigio que ha logrado alcanzar la Legión de Honor.

Pero, con arreglo al espíritu de los tiempos modernos, conviene que este género de recompensas adquieran, para realzar su prestigio, además de la parte honorífica, un fin

utilitario y se conceda á sus poseedores algunas ventajas prácticas

Hay que introducir modificaciones en los estatutos para que éstos no pugnen con la época y, en primer término, rebajar considerablemente los derechos, por lo menos en los grados inferiores á la Gran Cruz.

Ésta es una reforma imprescindible, si no se quiere que desaparezcan las Órdenes sujetas á impuestos, porque á muchos de los agraciados no les es posible, aun contra su voluntad, abonar los crecidos derechos establecidos.

Es muy grande el número de los que dejan caducar la condecoración recibida, estimando que, por lo excesivo de la cantidad que han de satisfacer, más parece un castigo que una recompensa, y hasta en el caso de otorgarse libre de gastos se da la anomalía de tener que pagar una tercera parte de los derechos.

Si con lo elevado de éstos se quiere justificar que es una contribución á la vanidad, huelga la gracia, y tampoco nos podemos explicar qué diferencia existe entre la vanidad de los demás países y la nuestra, porque en ninguno de ellos pagan un céntimo las condecoraciones.

Pero en nuestro apoyo viene el propio Gobierno que, al crear las recientes Órdenes de Alfonso XII y del Mérito Agrícola, comprendiendo, sin duda, lo que acabamos de exponer, las ha reglamentado con franquicia de derechos.

De aquí que se coloca á unas Órdenes en peor condición que otras, y que ó todas deben pagar ó quedar exentas.

Una prueba de las muchas cruces que caducan por falta de abono del impuesto nos la dan las elocuentes cifras que copiamos á continuación:

Los últimos datos de la Dirección general de Impuestos y Rentas, publicados en la *Gaceta de Madrid* del 1.º de Marzo del corriente año, con la relación de individuos agraciados con condecoraciones durante el último trimestre y que se declaran confirmadas ó caducadas, según que hayan pagado ó no los derechos, son como sigue:

De Caballeros de Carlos III; confirmadas, cuatro; caducadas, siete.

De Comendadores de Isabel la Católica, confirmadas, cinco; caducadas, diez y nueve.

Caballeros de la misma Orden, confirmadas, seis; caducadas, veintitrés.

Hacemos caso omiso de las Ordenes militares, navales y de Beneficencia, concedidas á personas civiles, porque para la demostración nos basta con las apuntadas.

De modo que, de las sesenta y cuatro gracias otorgadas que consignamos, solamente quince se han ratificado, quedando cuarenta y nueve sin efecto por falta de pago, y hay que advertir que en esta proporción hemos de considerar todas las correspondientes á 1905.

Los altos cargos se confirman siempre, á pesar de lo exorbitante del impuesto.

Por eso insistimos en que mientras no se haga una prudencial rebaja ó se supriman los derechos de Cancillería, principalmente en las categorías de Comendador y Caballero, y se establezcan algunas preeminencias que, con muy buen acuerdo, se han implantado en el Reglamento de la nueva Orden del Mérito Agrícola, no conseguirán nuestras condecoraciones la estimación debida.

La multiplicidad daña á las Órdenes españolas; mas ínterin no se supriman algunas destinadas á desaparecer, porque sirven para premiar los mismos servicios, conviene su restricción. También conviene asimilarlas á los grados del Ejército: los Caballeros ó Cruces sencillas, con los Oficiales; los Comendadores, con los Jefes, y los Grandes Cruces, con los Generales, no concediéndose ninguna Cruz superior á la de Caballero sin que el agraciado esté en posesión de ésta, y reduciendo las excepciones establecidas, porque son tantas que casi hacen la regla general.

Respecto á la prodigalidad, no cabe comparación con la que es habitual en Francia.

Allí se conceden anualmente entre las dos épocas acostumbradas de 1.º de año y de 14 de Julio, los viajes de los Ministros y las propuestas extraordinarias, de 4 á 6.000 Palmas Académicas (Officier de l'Instruction publique, Officier d'Académie) y 2 ó 3.000 cruces del Mérito Agrícola en sus diver-

sos grados, sin contar las Órdenes llamadas coloniales, las de los protectorados, las medallas y la Legión de Honor, que aportan gran contingente.

Puede calcularse que se repartirán unas 12.000 condecoraciones durante el año.

Nosotros estamos muy distanciados de este número, aun incluyendo las que se conceden al Ejército, y por lo visto, nuestra fama de pródigos en la materia ha desaparecido.

Las condecoraciones civiles que se otorgan á nacionales en un año, en España, no llegan á 500, y de éstas, las dos terceras partes caducan por no haber satisfecho los derechos.

Ya hemos hecho mención de que en la recién creada Orden del Mérito Agrícola (copia francesa) se han tenido en cuenta algunas reformas de las aquí emitidas y que debieran hacerse extensivas á todas las demás.

Á la Gran Cruz se le da el tratamiento de Excelencia, que ya le tiene en todas las órdenes.

Á los Comendadores de número el de Ilustrísimo, con los honores de Jefe superior de Administración.

Á los Comendadores ordinarios el de Señoría, con la categoría de Jefe de Administración, y nosotros añadiríamos al grado de caballero, que nada se estipula, la cualidad de Jefe de negociado.

Además, creemos muy pertinente, como ya hemos indicado al principio de este trabajo, que se concedan á las Órdenes civiles ciertas prerrogativas, puesto que las militares ya tienen las suyas, y bien pudieran ser las que nos ocurren á renglón seguido, ú otras más apropiadas que dictase la Asamblea de las Órdenes:

1.^a Los españoles condecorados con alguna de las Órdenes civiles vigentes tendrán representación personal y puesto preferente después de las corporaciones en todos los actos oficiales, ceremonias, solemnidades y festejos del Reino.

2.^a Se les proveerá de licencia gratuita de caza, pesca y uso de armas.

3.^a Esarán exentos de la carga de alojamiento de tropa

4.^a Á los Collares de las Órdenes se les concederán los honores militares correspondientes á Capitán General, y á

los Caballeros Grandes Cruces los de General de Brigada.

Para los efectos de estas preeminencias en provincias, los interesados se harán inscribir en el Registro de condecoraciones civiles que se abrirá en los Gobiernos, y en Madrid, en los respectivos Ministerios á que correspondan las Órdenes.

Con este aliciente, la rebaja ó supresión de los derechos y un expediente para cada concesión, volverán las Órdenes de Caballería á recobrar algún prestigio, ya que S. M. el Rey D. Alfonso XIII, desde que regenta el trono de San Fernando, velando en su calidad de Gran Maestro por el brillo de las mismas, ha logrado cortar muchos abusos.

Sin incluir la Cruz Roja, tenemos en España cinco condecoraciones civiles, que son: Carlos III, Isabel la Católica, Alfonso XII, Mérito Agrícola y Beneficencia.

Una para señoras: Banda de Damas nobles de María Luisa.

Cinco militares: San Fernando, San Hermenegildo, Mérito Militar (blanca y roja), María Cristina y Mérito Naval (blanca y roja).

Once especiales: Toisón de Oro, Santiago, Calatrava, Alcántara, Montesa, Maestranzas de Ronda, Granada, Sevilla, Valencia y Zaragoza y Cuerpo colegiado de Hijosdalgos de la Nobleza de Madrid.

En resumen, 22 Órdenes de Caballería, sin contar la diversidad de medallas, y entre éstas, la conmemorativa de la coronación de Alfonso XIII y la de la Regencia.

El Toisón con las Maestranzas, Carlos III, Isabel la Católica, Damas nobles de María Luisa y Cuerpo colegiado de la Nobleza de Madrid dependen del Ministerio de Estado.

Las cuatro militares y la naval, de sus respectivos departamentos de Guerra y Marina.

Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa, también del Ministerio de la Guerra.

La de Beneficencia, de Gobernación; Alfonso XII, de Instrucción Pública y Bellas Artes, y el Mérito Agrícola, de Fomento.

Según la *Guía Oficial* de este año, habrá próximamente unos dos mil y pico diplomas de Grandes Cruces de todas las

órdenes entre militares y paisanos, muchos más de los primeros, y decimos diplomas y no individuos, porque hay varios que poseen dos ó tres, y algún General, probablemente, todas las españolas.

Pero podemos perfectamente estimar en 1.500 las personas existentes en la Nación que están agraciadas con Grandes Cruces.

La Gran Cruz de San Fernando es la que tiene menos titulares, cuenta únicamente con seis, y la más numerosa la de Isabel la Católica, con 600.

Damos fin á este artículo declarando que no hemos tenido otra pretensión que la de poner de manifiesto el estado actual de las Órdenes de Caballería y lo que á nuestro juicio debiera hacerse para su enaltecimiento.

Sírvanos de disculpa, si no acertamos, lo sagrado de la intención.

ALFREDO DE LAFFITTE,

Académico correspondiente de la Real de la Historia]

ELEGÍA ESCRITA EN UN CEMENTERIO

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS DE GREY

Ya de la tarde la oración resuena;
como yo, el mundo de pavor se llena,
y el mugidor rebaño sobre el prado,
serpeando va, y el labrador cansado
frente á su hogar olvida su faena.

Ya el paisaje ante mí se desvanece:
tranquilo el viento sobre mí se mece,
si no rueda tal vez poltrona abeja
ó la esquila vibrando el aire deja
de la grey que al aprisco se guarece.

Si solitario buho en alta torre
y entre la hiedra que sus formas borre
no dirige á la luna su sollozo,
des que ronda el lugar, do ve su gozo,
son impensado que en el nido corre.

De ásperos olmos y sencillos tejos,
que entretejen sus ramas allá lejos,
á la sombra y en nidos descansando,
duermen constante sueño en suelo blando
del patrio hogar los habitantes viejos.

Ni fragante el abrir de la mañana,
ni el vago son de trompa ya lejana,
ni los establos con hermoso aliento
despiertan al que cubre el monumento,
ni del gallo la voz pronta y ufana.

Ni del hogar la llama esplendorosa,
ver podrá, ni los brazos de la esposa
estrechar, ni á los hijos balbucientes,
ni besos repartirles que, impacientes,
por asalto arrancó turba ruidosa.

No coge su hoz el abundante trigo,
ni del enhiesto tallo el surco amigo
verá, ni el carro de gavillas lleno
que conduzca rodando en el terreno
parará de su choza en el postigo.

No la ambición se burla del trabajo,
del destino que hubieron vil y bajo,
ni de su breve lastimosa historia,
ni quien ha más riqueza y mayor gloria,
también caído, del que está debajo.

Ni escudo señorial, ni amplia fortuna,
ni hermoso rostro, ni dorada cuna
ante la muerte se estarán dormidos.
¡En el sepulcro se hallan escondidos,
cual toda gloria, si conozco alguna!

No hayáis ¡felices! al morir orgullo,
pues en pobre sepulcro no hay murmul'o
que eternamente sus despojos cante.
¿El artesón más rico y más radiante
quizás no tiene adulator arrullo?

¿La urna de mármol, el brillante busto
podrán resucitar al noble augusto,
guardar la vida en la mortal ceniza?
¿Qué voz hasta el sepulcro profundiza?
¿La muerte cambiará su ceño adusto?

Polvo es quizás el corazón ardiente
que el fuego celestial latiendo siente,
y la mano que un cetro mereciera
ó la lira en el éxtasis tuviera,
se tiende en el sepulcro negligente.

Mas no el saber antiguo conocieron,
á la pobreza su ambicion rindieron,
que del tiempo no alcanza los despojos;

cerróse el porvenir ante sus ojos,
de su helada corriente no bebieron.

¡Oh! ¡Qué de perlas de agua cristalina
en no sondada cueva y peregrina
guarda el mar, qué de flores el desierto
al huracán el cáliz entreabierto,
de que jamás gozó ciudad vecinal

No, aquí tal vez vivió Hampden labriego,
que algún tirano contrastara ciego
de su lugar, y un Milton por ventura,
tal vez un Cromwell cuya vida oscura
sin marcarse se huyó con sangre y fuego.

Ni en cámara servil abrió la boca,
ni á los gemidos, firme como roca,
vivió sin duda, la heredada tierra
fué como libro que su vida encierra
y agradecida sus cenizas toca.

Y envidiable por pobre su destino
al Sumo Bien no le cerró el camino
al mal que perdonó, que lleva al trono,
y no del pobre le ganó el encono,
su puerta franca siempre al peregrino.

Ni tuvo que ocultar de la conciencia
el grito, ni la voz de la impaciencia,
ni la vergüenza en su sitial de oro,
ni escuchó seductor el torpe coro
de quien la lira le compró y la ciencia.

De imbécil multitud huyó la mano;
en sí mismo jamás miró un tirano,
y si en valle sin sol pasó su vida,
nunca fué su existencia combatida
el *eco* de un culpable soberano.

Y en el sepulcro ves donde reposa,
leyendo, en vez de verso, mala prosa,
sin forma conocida la escultura
que mendiga una muestra de ternura,
y á todos una lágrima amorosa.

Con su nombre la Musa iliterata

y su existencia breve los retrata,
 y su ignorada historia deletrea
 y un salmo al pueblo enseña del aldea,
 ¡al Dios que vivifica, al Dios que mata!

¿Quién por hacer callar al torpe olvido,
 panteón del cuerpo y de las almas nido,
 no vuelve atrás los anublados ojos
 y de la tierra en los vislumbres rojos
 no clava ufano su visual sentido?

¡El alma yace en el amado pecho,
 y al cerrarse los ojos en el lecho,
 su llanto el llanto del amor invoca,
 y amor guarda sus ecos en la roca
 y aún abrasa el corazón deshecho!

Y tú, ¡oh cantor de quien sin honra muere!
 si tu sepulcro algún viandante viere
 cuando se ponga el sol, meditabundo
 te volverá su amor al viejo mundo,
 cuando aquel más feliz encaneciere.

¡Cuántas veces lo vi, que á la mañana,
 viendo la sombra pálida y lejana
 crujir haciendo, al paso, ya el rocío,
 atrás el bosque en lontananza umbrío,
 buscaba el sol sobre el tapiz de grana!

Y á la sombra de un árbol cabeceante,
 dirá, le oí exclamar con voz vibrante,
 que balbuciendo toma el arroyuelo,
 el triste canto que aprendió del cielo
 y de su lira huésped cada instante.

Luego, al compás que las llanuras deja
 y en el dolor que en su reir refleja,
 ¡cuánto capricho, andando, murmuraba
 cuando sin nervio y sin color andaba,
 pues que la cruz de amor jamás aleja!

Vile un día tendido en la colina
 do su árbol al césped se avecina;
 otro llegó, busqué en el arroyuelo,
 en la llanura, en el florido suelo;

no lo vi cuando al sol su luz inclina.

Al otro día, en féretro enlutado,
con el canto á la muerte dedicado,
vi entregar sus despojos á la tierra;
y allí donde la zarza el mármol cierra
de su cantar, su canto está grabado.

ANTONIO BALBÍN DE UNQUERA.

COSAS DE LA VIDA

EL MATRIMONIO

Ya dije en otra ocasión lo que por amor entiendo: algo muy discrepante del concepto general. «Libertad», «Socialismo», «Amor»... Todas las palabras muy usadas se tergiversan y al fin son aplicadas á lo primero que viene en ganas, pegue ó no.

Ya en otros tiempos se simbolizaba estúpidamente el amor, pero en la actualidad ese símbolo es aún menos adecuado: el amor de los techos de café—niño ciego que hiere los corazones con flecha—se encuentra muy transformado en estos tiempos. Perdió las alas ó se las extirpó un cirujano porque no están de moda. Os daré señas personales del *Amor* que anda por el mundo, sucesor del niño Cupido, que, según dicen, revolvió en otros tiempos á los humanos. Tiene abdomen y algo de calva, pero bien cubierta con bisoñé; usa lentes con guarnición dorada; negocia en bolsas y hasta presta si las garantías son firmes, pero con ciertas reservas para guardar las formas. Defiende la religión por considerarla un freno convenientísimo. No tiene confianza en sí mismo: por eso defiende todas las instituciones que sirvan de salvaguardia á sus intereses particulares. Ha colocado parte de su capital en negocios industriales: teme, por consiguiente, las huelgas, la *soberbia de los obreros de hoy*, y le parece excelente que haya una guardia civil para defenderle en caso de apuro.

En una palabra: es de tal índole el *Excmo. Sr. D. Amor*, que necesita no pensar durante la digestión para que ésta se efectúe felizmente. Tiene dos hijos. Uno de ellos cabeza perdida, irreflexivo, impetuoso, vano; recluso varias veces en correccionales y, por lo tanto, incorregible. Le da por

unirse con la primera muchacha que se le antoja y largarse, no pensando en el mañana como hacen los *materializados*. Presume de romántico y de sensible; pero en realidad es un casquivano que no hará en su vida nada fundamental y verdaderamente íntimo. De todos modos, este muchacho no ha de durar mucho, y la tuberculosis, ya manifiesta en él, concluirá por matarlo. Queda otro hijo. Cuenta poquísimos años y es muy mono; tiene muchos juguetes y pudiera ser feliz, ¡pero es tan chiquito! Cruza la época de todas las enfermedades inherentes á los pequeños: nadie sabe si se malogrará ni cuanto dará de sí en lo porvenir. Pero él es el único que tiene sangre del verdadero amor que yo digo.

Debido al empleo de la palabra acomodaticia se ha llegado al error hondo, fundamental de suponer que el matrimonio y el amor son complementarios.

No solamente son extraños, sino incompatibles: se rechazan, se niegan, se excluyen.

No hablo del matrimonio eclesiástico, pues ya se deducirá lo que opino de él.

¡Cómo han de crear, cómo han de amar verdaderamente los que ignoran cuanto les queda por crear en sí mismos!

El matrimonio civil está todavía más extendido que el eclesiástico. Descreídos que rechazan éste, rara vez desprecian el otro.

Y estamos en las mismas. Ni la curia ni la Guardia civil en masa pueden evitar que á un humano se le acabe el amor si al viento de las pasiones le da por soplar adversamente. Un contrato legalizado asegurará la familia, todo lo más; pero eso no tiene que ver con el amor que ellos dicen. El amor no entiende de imposiciones y ataduras, ni del cielo ni de los hombres.

Si el matrimonio es bueno bajo otros puntos de vista no es lo que me interesa por el pronto. Mi propósito, por el momento, lleva el objeto exclusivo de asentir que el amor no tiene que ver nada absolutamente con el matrimonio. Mezclar los proyectos de boda con los juramentos de amor es jurar en vano. Comenzar hablando de amor para luego salir diciendo como consecuencia que se impone la visita á la Vi-

caría, no se diferencia en una línea siquiera de esos párrafos que en los periódicos se intitulan con palabras pomposas y atractivas: «Melancolía», «Crepúsculo», «Regeneración», y luego terminan anunciando una botella de Pedro Domecq ó un específico para las muelas.

Los demás argumentos en defensa del matrimonio son fáciles de imaginar y se pueden recoger fácilmente de unas y otras conversaciones.

Dicen, sobre todo las mujeres: «—Si no hubiese un contrato dejarían á sus mujeres la mitad de los maridos que gracias á las leyes son buenos esposos».

¿Por qué se han de empeñar las mujeres en conservar á quien dejó de quererlas? ¿No es doloroso, deprimente y absurdo querer que á todo trance sigan fieles á nosotros las personas que nos olvidan? ¿No es ridículo presentar al corazón descarriado un tomito del Código civil, diciéndole: «Quiere á tu mujer: las leyes te lo mandan?...»

—Las leyes no mandan querer. Fuerzan á observar la conducta del que ama. Si al marido ó á la mujer se le acaba el cariño, ¡que se fastidien! Pero que no piensen en tirar el hogar por la ventana, pues ninguno de los que en él quedan y del cual viven tienen que ver con las variaciones del infiel.»

Luego hemos llegado á una respuesta que cambia de aspecto la cuestión. Ya no es mirada la falta del cónyuge como delito amoroso: lo importante es la miseria que podría traer á los demás de la familia si el apóstata formase otro hogar.

«Luego en el matrimonio hay un problema *económico*, muy importante, que en nada se relaciona con el amor.»

—Bueno; pues si nadie está seguro, dada la volubilidad del corazón humano, de mantener un hogar durante toda su vida con el mismo efervescente entusiasmo del principio, ¿á qué casarse?

Los hombres, sobre todo, responden:

—No es posible prescindir de la mujer. Está en nuestra naturaleza. Para algo somos hombres y ellas mujeres.

«Luego en el matrimonio hay un problema *sexual* que en nada se relaciona con el amor.»

—Todavía queda un recurso. Reunirse con las mujeres, pero no en matrimonio: sin constituir familias.

—Sería un desbarajuste ..

«Luego en el matrimonio hay un problema *social* que nada tiene que ver con el amor.»

Ya hemos descubierto puntos de vista suficientes para persuadirnos de que poner en práctica un amor contemplativo, poético (al estilo de cierta poesía, se entiende), que permita á los amantes pasar las horas sólo ocupándose de murmurar «te quiero», mirar á la luna y escuchar el ruiseñor, es un proyecto quimérico y absurdo. No existe ese amor, no puede existir, y, afortunadamente para nosotros, hay uno bastante más grande, más complejo, más esplendente.

Y ahora ya, excluyendo del matrimonio la cuestión amorosa, queda en pie una pregunta:

¿Qué hacemos para compaginar las cuestiones social, sexual y económica que entraña el instinto amoroso de los humanos?

Combatid la Ética.

Ésa es la única piedra de toque.

Si las relaciones sexuales han llegado á ser el tormento de los humanos, si los conflictos económicos que ellas originan son cada vez mayores, culpa es de la moral regente.

Pero vamos al matrimonio.

Muchos le atacan, basándose en que el hombre es polígamo. Creo más bien que el hombre no pertenece á una clasificación determinada, y que, dependiendo el amor y las pasiones del temperamento, del equilibrio orgánico, muchos habrá que se avengan gustosos á compartir la vida siempre con la misma mujer, y otros que obedezcan á un dominante impulso de infidelidad y mariposeo.

Por eso mientras se dicten leyes generales no lloverá á gusto de todos.

Y la carencia de ley igualitaria y á raja tabla no creo yo que ocasionaría mayor desconcierto que el actual.

La razón para demostrar como estamos lo peor posible es sencilla: contrariamos en nombre de la moral á todo nuestro ser, y una de dos: ó vencemos á costa de tortura, ó hacemos

caso omiso de la moral. Los escrupulosos, desgraciados seguros con la privación ó con el remordimiento. Por otra parte, la privación creó el incentivo, y lo que pudo ser natural fué pecaminoso.

Ganivet ha dicho: existe hoy en nuestros países una poligamia mucho más molesta y costosa que la de los orientales.

La situación actual es encantadora. Se nos antoja la mujer de al lado y echamos mano de ella. Luego, cuando pasó el placer y llegan las consecuencias molestas, nos produce viva contrariedad el compromiso contraído. Sentimos arrepentimiento y procuramos olvidar todo lo que se relacione con la caída, la mujer inclusive. No tenemos dinero para sostener dos mujeres, pero aunque le tuviéramos, no llegaría nuestra locura hasta el extremo de introducir en nuestro hogar el pecado. El moral sentimiento del honor se sublevaría. Por otra parte, las abandonadas de unos y otros forman el ejército de la prostitución; se establecen y prestan nuevos servicios á los hombres prudentes. Cuando sus mujeres los rechazan ó ellos se cansan de sus mujeres, se van con *las perdidas* y satisfacen los caprichos sin trabajo, y de ese modo cogen luego con más apetito la moralidad de la mujer legítima.

Evita más de un compromiso de moral, y sería muy cómodo para los aficionados á las mascaradas si no acarreará desdichas numerosas y grandes.

Podremos burlar, perder á una mujer hoy día; pero como todos hicieron lo mismo, puede asegurarse que cada sujeto ha infiltrado, por lo menos en un ser, la crueldad vengativa del despecho.

Cada cual paga de este modo las faltas ajenas, y las propias sirven para preparar el castigo al vecino. Creamos un ambiente de lucha sórdida tenaz é inútil, hostilidad recíproca de la cual salen daños y no pueden salir provechos.

Y aún queda el renglón trágico: los males venéreos. Schopenhauer señala dos causas á nuestra decadencia: el alcoholismo y dichos males.

Es decir, que tú, pobre individuo que te quejas porque estás en una oficina todo el santo día sin ganar apenas, pero

que vuelves sumiso á tu trabajo porque en realidad no sirves para otra cosa y tienes la desdicha de no resignarte, y tú que buscas amor ó soledad ó arte ó vicio sin poder ahuyentar con nada el hastio, la tristeza de vivir; todos vosotros, en fin, conscientes de vuestra debilidad, impotentes y gruñones— es decir, vosotros, dos terceras partes de humanidad,—sabed que todas nuestras desdichas provienen de nuestra mezquindad espiritual y del raquitismo que adquiristeis ó heredasteis de la prostitución.

¡Pagamos caros los caprichos!... Y todo ¿por qué? Por el prurito de mirar con aires de conquista á cuanta mujer pasa por nuestro lado. Por la tontería de medir la virilidad según el caudal prolífico. ¿No es imbécil?

Corre la fama de que un hombre no es tal hasta que no se familiariza con las costumbres juerguistas y no puede mostrar el cansancio de las malas noches. Hasta que no le den broma los compañeros por alguna aventura de *hombre corrido* no puede sonreír con suficiencia.

Por efecto de esta imbecilidad vacua y legendaria resulta que nacemos todos convencidos de que nuestra primera misión es conquistar á las mujeres. Y se da el caso de que muchos se ven metidos de hoz y de coz en aventuras amorosas sin que se hayan dado cuenta exacta de cómo sucedió. Se hallan comprometidos, padres acaso, criminales tal vez, sólo por seguir la costumbre de sus antepasados.

Es decir, que por un deseo apenas nuestro somos pusilánimes, descontentadizos, purulentos, desdichados, en una palabra.

Si nadie denigrase á la mujer caída, es muy probable que no se practicase la industria de placer en las sórdidas y monopolizadoras condiciones actuales y, por lo tanto, no se multiplicaría el mal venéreo como hoy lo hace. Llegaría á extirparse si se combatiera la enfermedad en vez de castigar á las enfermas.

—Bien, pero dado que el hombre, por vicio adquirido, por rutina atávica ó por dotes de pasionalidad tornadiza, suele incluir en su haber amoroso varias mujeres, ¿qué ha de hacer, alimentarlas ó abandonarlas?

Hemos llegado á una situación clara: cada hombre seduce más mujeres que dinero para mantenerlas tiene. Es tonto decirle que se corrija, porque no lo hará, no lo puede hacer.

Y por otro lado la prostitución no debe existir.

—¿Qué hacer? Pues muy sencillo: destruir los prejuicios de moralidad, ya lo he dicho. Aunque parezca extraño, se resuelve un conflicto de estómago, de panecillo más ó menos, modificando los espíritus.

Ignoro si llegaríamos con estos procedimientos á la paz de las balsas de aceite, pero desde luego mejoraríamos en mucho el estado angustioso actual, en el que todas las ramificaciones de nuestra vida están cohibidas, abrumadas por nuestro instinto sexual. El risueño placer de besar labios femeninos, la satisfacción potente y plena de un acoplamiento verdadero, absoluto que podrían alegrar nuestros espíritus, equilibrar todo nuestro ser hasta constituir una compensación dichosa a los azares de la vida, son hoy tinieblas de pesadilla que obsesionan, entumescen, paralizan, encauzan nuestras vidas, no por un sendero polvoriento—que eso fuera una delicia,—sino por un pasillo estrecho, tan estrecho que las paredes tocan nuestros hombros y por el cual caminamos angustiados, sin noción ya de que existen campos, alamedas, nubes, aire libre.

¿Qué hacer? ¿No amar, no gozar, abandonar á las seducidas?... Bueno. Abandonarlas. ¿Qué daño habría en ello si nadie las denigrase?

Dejadlas libres de acción, no establecer esa distancia condenatoria entre las no honradas y las que lo son porque no les tocó la china, y entonces no irán aparejadas las palabras «desdicha» y «seducción». No es lo malo que los hombres seduzcan; lo malo es que hayan hecho pecado y falta, delito, lo que pudiera no tener importancia.

La sociedad está compuesta de individuos, y cada cual ha tenido algún desliz en su vida.

Lo repito: si los padres no renegaran de la hija vencida, ni la sociedad la tuviese en menosprecio, ni los hombres les negaran el matrimonio y el hogar, quedarían las mujeres sujetas únicamente á las esclavitudes provenientes del sexo, es decir, exclusivamente á las que no se pueden evitar.

La mujer rechaza hoy mil formas de trabajo porque el temor al macho la retrae ó, por mejor decir—una vez que lo hemos demostrado anteriormente,—porque el temor á la moralidad la retrae. Y así tiene que estar su alimento pendiente de las veleidades masculinas.

Si las mujeres pudieran ser unas obreras más, si se aplicase á ellas la misma libertad individualista que disfrutan los hombres, no ocurriría por ello ningún desquiciamiento.

Primeramente, no invadirían el terreno del varón. Ese es un temor tonto de quien toma en serio las diatribas feministas. La mujer que intenta sacar los pies de *su* plato nota bien pronto—Ganivet lo dice—que se lo prohíbe la naturaleza, no la sociedad.

En segundo lugar, el convertir á las mujeres en obreras dista mucho de ser un proyecto de igualación democrática, en la cual todos los espíritus quedasen uniformados como alumnos del hospicio. La estética femenina quedaría intacta aunque la mujer buscase por sí misma el sustento. Padecería, tal vez, el ideal de mujer en uso: recatada, porque es gazmoña, gazmoñería que proviene de la ignorancia en que las dejamos y que buenas lágrimas las cuesta; virtuosa, porque es supersticiosa ó de corazón de corcho, cuando, si nosotros la ayudáramos, podría ser inteligente y tiernísima; hacendosa, porque zurce; hábil, porque sabe estropear en el piano las tocatas en boga, ya de suyo deformes, ó porque hace pañolitos de malla; mujer de su casa, porque adorna los retratos de la familia con marcos de papel rizado, que ella misma fabrica, cuando, bien educada, podría crear un arte exquisito y perfectamente femenino. Este modelo de mujer, que posee las cualidades todas de los regalos comprados en bazares y que—ya digo—es el ideal de la mujer legítima, padecería, desde luego, y, afortunadamente, decayendo *el ideal* iría imperando la *mujer*.

Y, por último, cambiando el punto de vista queda la posibilidad de una objeción:

—Si hoy existe una crisis por falta de trabajo, ¿qué sucedería si el rebaño de pedigüenos se aumentase con el contingente femenino?

Mediante una pequeña explicación confío en trocar lo que parece obstáculo en argumento favorable á mí.

Los obreros piden hoy salario para mantener á sus mujeres. Dejando aparte la prole, en cada hogar hay dos á vivir y uno á ganar. Trabajando la mujer habría más brazos é igual número de bocas. Dirán que hoy la mujer trabaja lo suficiente cuidando el puchero, repasando la ropa y demás. Valuando con números su trabajo veríamos qué falta de solidez está el argumento. Pero sin meterse en esas honduras (¿?) se puede contestar: de las mujeres actuales, las muy pobres trabajan fuera de casa y mal cuidan su puchero; las de la clase media chismorrean ó vuelven tarumba á las criadas, bajo pretexto de ordenar la casa, y las ricas no trabajan ni dentro ni fuera.

Con todo esto, las cosas andan patas arriba. Y en los hogares, confiados á la vigilancia de las esposas, no es muy raro que el hule de la mesa pringue y que el cocido salga hecho una papilla por exceso de celo.

De todos modos y en todo caso, por más que subsistiera un problema industrial, para nada se relacionaría con la atracción, de los sexos y el deseo de amar, ó de reproducirse, ó de gozar—llamadle como se os antoje,—no implicaría la obsesión que es hoy tortura de nuestras vidas.

Y si pensáis en la despoblación que pudiera acarrear la polianaria, yo os pregunto: ¿Sabéis la de gérmenes muertos que supone el actual estado de cosas? Reunid toda la prostitución infecunda, todas las que mueren célibes por culpa del concepto falso de pureza, todas las que abortan ó matan al hijo por temor á la publicidad de su falta, y añadiendo la promiscuidad esterilizadora y enorme del adulterio, sumad. La cantidad de pobladores malogrados tendrá bastantes cifras, ¿no es cierto?

Pues bien, ahora que he procurado exponer cuán pocos inconvenientes padeceríamos y cuántas ventajas nos beneficiarían suprimiendo ese abrumador concepto de la virtud, ese exclusivismo con que empequeñecemos el amor; después que he pregonado la anarquía y la promiscuidad amorosa, descarada y libre (¡eso creeréis vosotros!), voy á recordar

que en otra ocasión he clasificado á *la pareja* como *la única agrupación potente para vencer en la vida*.

¿Desorden, contradicción, falta de formalidad en mis palabras? Ni contradicción, ni falta de formalidad, ni desorden.

Vosotros escoged con cuidado la mujer más digna de ser vuestra compañera, la mujer más apta para ser creada conforme con vuestros ideales y formad con ella el hogar, la familia; compartid el verdadero amor. Si fueseis de los que la sensualidad os reclama de cuando en cuando una escapatoria carnal, satisfacedla sin rodeos, ni remordimientos ni ocultaciones. Digo lo mismo á las mujeres. En la reciente novela de Felipe Trigo, *Alma en los labios*, tenéis hecho carne lo que expongo aquí escuetamente en idea.

No temáis decirme que así es imposible el amor. Precisamente así nacerá un grandioso Amor, indestructible, inmenso. Dos almas capaces para entrar de lleno en la *pura y serena corrupción* que aconsejo, muy por encima de celos, religiones, virtudes y demás detalles que amargan nuestras vidas; dos almas que se compenetran de ese modo, serán los que respiren por vez primera la dicha incomparable.

Y una vez gustada esta felicidad, gozado por completo el placer con la *compañera complemento*, ¿no es bien probable que olvidásemos los escarceos de conquistas livianas, con las que pretendemos hoy llenar el vacío de nuestro corazón, de todo nuestro ser?

¿No perderíamos la avaricia de conquistas al desaparecer el incentivo de la prohibición?

Nadie podrá negarme en firme que la inconstancia y volubilidad del hombre sea un mariposeo frenético en busca de la dicha que no encuentra por ningún lado.

Si alguno lo lograra, no es muy aventurado suponer que cesara en sus correrías.

Citaré de nuevo á Ganimet, recordando su observación de que en los países donde está instituída la poligamia no falta favorita, y subraya que es enorme la diferencia entre ella y las que son simples concubinas.

Por encima de la volubilidad que haya en el corazón del hombre persiste un vivo anhelo de preferencia; por encima

de los apetitos carnales hay en el hombre un fondo que necesita el complemento: la esposa.

Voy más allá: si por los indicios insignificantes y exteriores nos damos á deducir el tesoro que puede haber en el subsuelo de la naturaleza humana, vemos que éste pide el amor á todas luces, sin trabas ajenas.

Notad cómo en las comedias de adulterio llega un momento, precisamente el supremo de la pasión, en el que *los culpables*, refiriéndose al marido, gritan con voz del alma: «¡Yo desearía que él lo supiese todo!» Desde *Un drama nuevo* hasta *El adversario* han coincidido los dramaturgos en esta espontaneidad, indicio de que es una exclamación general é imprescindible.

Es decir, que cuando la situación anormal de los adúlteros los hace escapar á la influencia de los prejuicios, fulgura la razón. Se ven honrados, nobles, se ven queriendo sinceramente y al mismo tiempo saben que el mundo los llama criminales, falsos, traidores, y, como les toca la injusticia en lo vivo protestan. Las circunstancias les hacen *sentir* lo que eran incapaces de *razonar*...

MANUEL ABRIL.

LINGUISTIKA ZOOLOJIKA

¡Kuriosos lenguajes!

(IMITACIÓN)

La boz del animal se yama grito
o kanto, en espezial si es de algún abe;
ke, unas mas fuerte i otras mas suäbe,
todas tienen el suyo, feo o bonito.
Los pajariyos kantan i gorjëan;
los gorriones i poyos piopian;
las perdizes, kantando, kuchichian;
las gayinas, si ponen, kakariëan.
Kuando tienen poyuelos, klokëando
los yaman, i kobijan kariñosas
debajo de sus alas. Laboriosas
las abejas, de flor en flor zunbando
bagan, i, en su constante afán felizes,
liban el néktar ke inche sus panales.
Las ranas, sapos i otros animales,
komo griyos, zigarras, kodornizes,
las alondras, los gayos, todos tienen
por lengua unibersal el kanto yano.
Kanarios ai ke kantan en la mano,
i a sus dueños alegran i entretienen.
El pabo de las Indias gloglorëa
kuando öye mayar a la garduña;
el zerdo gruñe, rozna, refunfuña,
i, si se siente macho, berrakëa.
Kon su dolor de muelas, en enero
maya o maüya el gato enamorado,

i la gatita eskiba, en el tejado
espera al misifuz ke, zalamero,
se azerka a eya menëando el rabo.
Tambiën el asno, kuando be una burra,
aguza las orejas i rebuzna
el insolente. Mas al fin i al kabo
a nadie an de estrañar deskortesias
de tan burro animal. ¡Pues bueno fuera
kerer azerle ablar de otra manera!
Y si bien es mui zierto ke ai usias
ke imitan el rebuzno lindamente,
no por esto al poyino ai ke eksijirle
ke emplee ötro lenguaje; eso es pedirle
lo ke ni él kiere azer, ni Dios konsiente.
En los kanpos arando el buei muje
bajo el pesado yugo ke le oprime.
Lastimero, de noche, el büo jime,
kuando el León en el desierto ruje.
Bufa el fiero leopardo, i sus bufidos
remeda el onbre kuando está enfadado.
La obeja bala i pierde su bokado.
Las serpientes se entienden a silbidos.
El loro i la kotorra ablan i gritan,
según azen algunos oradores.
Arruyando se dizen sus amores
las palomas i tortolas. Kraszitan,
o bien graznan, los enlutados kuerbos.
El ke kon lobos anda a auyar aprende.
Chirréa la golondrina mientras iende
los aires. Kon terror braman los zierbos
al sentir el klamor de la jauria.
Relinchan los kabayos; el bezerro
berrëa; gañe el zorro; ladra el perro,
i en fin... basta por oi: asta otro día.

R. ROBLES.

EL PAÍS DEL ORO

A Mary.

Juan había nacido en un lugar escondido entre riscos y peñascos, que parecía el rincón del mundo. Sus moradores no creían que hubiera nada mejor que las rocas que circunscribían la comarca, y la felicidad consistía para ellos en que prosperasen cuatro maizales y en que los nogales y castaños dieran más fruto que el año anterior; pero Juan era hombre *leído*, como decían sus convecinos, y sabía, por los libros que le habían dejado el señor cura y el secretario del concejo, que había países en los que el oro abundaba de tal manera que se encontraba, con frecuencia, en trozos del tamaño de una naranja y aún mayores, y que sólo con alargar las manos al pródigo suelo se podía recoger, en gran cantidad, aquel metal que proporcionaba al hombre más exigente comodidades, placeres, honores, consideraciones, todo, en fin, lo que constituye la felicidad, con arreglo á los últimos tratadistas, y Juan no estaba satisfecho con que el pedazo de tierra que labraba le produjese, á fuerza de incesantes trabajos, exiguos frutos, que apenas alcanzaban para el pago de rentas, impuestos y contribuciones, y pensó que sería mejor ir en busca del país en que el oro abunda en tales proporciones que se convierten en millonarios los que van allá sin medios de subsistencia.

Sin dar cuenta á nadie de su proyecto dejó su casa, salió del pueblo natal y, andando sin rumbo conocido, llegó hasta la costa; allí había un vapor, dispuesto á zarpar para el Nuevo Continente, y logró, á fuerza de súplicas, que le admitieran en él, prestando sus servicios personales á cambio del pasaje. Cuando llegó el barco al término de su ruta bajó

Juan á tierra y, sin saber qué dirección tomar, preguntó al primero que encontró dónde estaba el país del oro, á lo que le contestó con una carcajada que hizo comprender á Juan que aquel hombre no entendía lo que le preguntaba y, sin orientación, siguió á campo traviés cruzando tierras, para él ignoradas, sin encontrar el metal deseado.

De Norte á Sur recorrió el continente descubierto por Colón, pero no parecía por parte alguna el oro en que cifraba su felicidad. Por donde quiera que iba halló luchas civiles, odios y rencores, hambre, miseria y ambiciones desenfrenadas. Cansado de andar de acá para allá, sin encontrar la ansiada panacea que había de sacarle de su triste situación, resolvió buscarla en otros continentes, convencido de que no existía en aquel que tanto había oído ponderar. Por algo se figuraba Juan que lo que se decía en la Península de indianos que regresaban á sus hogares cargados de riquezas, que luego repartían espléndidamente entre los deudos que ansiosos aguardaban la vuelta del tío que estaba en Indias, era un cuento ó, á lo sumo, un relato exagerado referente á alguno que volvió enriquecido en tiempos ya lejanos.

Dispuesto á recorrer otros países, acaso más distantes, pero en los que podría enriquecerse á poca costa, desde América se trasladó al África. Había oído hablar de que en esta parte del mundo existían tierras en las que no habían osado penetrar los hombres; tenía Juan idea de que en las extraordinarias regiones que los viajeros más audaces llamaban el África tenebrosa abundaban riquezas de todas clases, y aún sabía más: al Sur de aquella comarca, según los relatos de los periódicos, estaban los criaderos de diamantes más grandes, los yacimientos de oro más codiciados, y allá se encaminó Juan, soñando con que en poco tiempo sería dueño de inmensas riquezas.

Después de pasar fatigas que le hicieron en más de una ocasión acordarse de la plácida existencia que tenía en su lugar, antes de saber que había pueblos más grandes y más ricos que el suyo, pero más llenos de quebrantos, llegó al país del oro y de los diamantes y se le cayó el alma á los pies, al ver su situación. Los que á costa de incesante tra-

bajo habían logrado arrancar de las entrañas de la tierra el oro á quintales y los diamantes á montones, sostenían sangrienta guerra con gente extranjera que les superaba en número y en elementos de destrucción, ya que no les aventajara en brío y nobleza para la lucha. Por todas partes corría la sangre de víctimas inmoladas en aras del interés de una poderosa sociedad de mercaderes sin conciencia, que no vacilaban en sacrificarlas, con tal de que el dividendo que se repartiesen al final de la jornada fuera mayor que el obtenido el año anterior.

Aterrado el buen Juan ante aquel espectáculo de desolación y ruina, abandonó el continente africano, sin cuidarse de la adquisición de riquezas que se compraban á tan alto precio, y recordando que leyó en sus mocedades que había hacia Oriente imperios dilatados, de suelo feraz, que proporcionaba á sus tranquilos moradores gran abundancia de preciados productos, se dirigió al Celeste Imperio y fué desde allí al Imperio del Sol Naciente; pero los encontró también envueltos en guerra sin cuartel. Parte de China había sido ocupada por formidables ejércitos de un príncipe poderoso que aspiraba á dominar en ella á su antojo; el Japón tenía casi todos sus habitantes sobre las armas; los unos mandados por expertos generales y los otros conducidos en buques de combate por audaces marinos, habían salido al paso de las tropas y escuadras de aquel soberano que quería sentar sus reales en los territorios del Hijo del Cielo, según llamaban sus vasallos al emperador vecino del japonés. La desigual contienda que se había entablado todo lo traía revuelto, y Juan se encontró rodeado de gentes que sólo pensaban en vencer ó morir, y persuadido de que no encontraría entre ellas las riquezas que hacen felices á los hombres, desistió de buscarlas, y triste y cabizbajo, volvió á su patria decidido á concluir sus días en el lugar que había nacido. Cuando llegó á su aldea, la halló tan pobre, pero tan tranquila como cuando salió de ella. Nadie se acordaba ya de él, y sólo llegó hasta las cercas que limitaban las huertas situadas á la entrada del pueblo; allí encontró al cura párroco que, según costumbre, paseaba por aquel sitio, y, al verle pesaroso y

abatido, le dijo bondadosamente: ¡Pobre Juan, en vano has buscado en lejanas tierras el oro que creías germen de toda felicidad! La verdadera dicha consiste en que cada uno sepa conformarse con su suerte y, atemperando sus necesidades á los medios con que cuente para satisfacerlas, se considerará feliz; porque el país del oro es aquel en que el hombre vive sin pesares que atormenten su conciencia y sin ambiciones que no pueda satisfacer con el fruto de su trabajo.

GABRIEL MARÍA VERGARA.

MAURICE BARRÈS

EL NUEVO ACADÉMICO FRANCÉS

Aunque parezca que el coronamiento de la carrera literaria de un intelectual francés se decreta por la Academia al admitirle en su seno, confirmándole así como ciudadano útil á la gloria del país, y aunque esa investidura de académico sea considerada, tanto por el agraciado como por el público, como la más alta sanción del mérito literario; aunque el recinto mismo de la Academia sea mirado como templo inaccesible al que, siendo muchos los que se creen llamados, son pocos los escogidos que llegan, lo cierto es que en Francia, y especialmente en nuestros días, es muy problemático y discutible el hecho de pertenecer á una institución que ha venido á convertirse en oligarquía impuesta por la moda, la nobleza de la sangre ó la personalidad política.

Nunca la Academia francesa ha contado entre sus miembros sólo á aquellos eximios escritores que con su influencia han enaltecido el rango intelectual de que su patria hoy goza. En pasados días cerró sus puertas al autor de ese gran ciclo literario que se llamó *La comédie humaine*. Más tarde, cuando el grande y malogrado Zola aparecía como el único con fuerzas suficientes para soportar el peso de la herencia de Balzac, ¿no hemos visto aquel sitio, que de derecho le correspondía, usurpado por advenedizos literarios y por presuntuosas medianías?

No ha mucho asistimos al ingreso en la Academia de ese niño mimado de la suerte y de las letras, Edmond Rostand, y, por último, una nueva vacante ha sido cubierta con la

admisión del ilustre, si bien poco simpático, hijo de la Lorena, Maurice Barrès.

Ilustre y poco simpático he dicho.

Con estos dos adjetivos he querido expresar un homenaje al pensador que admiro, sin encubrir por eso mi sentimiento hostil contra el hombre y contra su obra. Nada tan noble como el hacer justicia y elogiar aquel cuya personalidad é ideas son opuestas y antagónicas á las propias; es una concesión suprema que se hace en nombre de la justicia; es un certificado de sinceridad. Nada tan grato y tan estimulante como el leal aplauso tributado por un enemigo. Por lo demás, esos calificativos de ilustre y poco simpático no tienen más valor que el de una modestísima apreciación personal. Muchos encontrarán genialidad y simpatía personal en Maurice Barrès, y sin ir más lejos ahí está ese rebaño de histriones políticos que se llaman *nacionalistas* y que, sin duda, se sentirán muy halagados de que el autor de *Les déracinés* haya puesto su altiva pluma al servicio de tan desprestigiada causa. Cada cual habla ó escribe por sí, y yo en el presente caso, haciendo más las palabras de Montaigne, «doy esta opinión, no como buena, sino como propia».

No es mi objeto hacer una crítica de la vida y obra de Barrès; la crítica, que es la más alta función de la mente humana, que ha sido la fuerza motriz del glorioso siglo XIX, hoy día está pasando de moda, y los libros de análisis intelectual van siendo escasísimos y casi carecen de lectores. Hoy las producciones artísticas son siempre superficiales y su vida es efímera. El último libro de este género, la última crítica verdaderamente grande y original fué la famosa *Degeneración*, de Max Nordau, en la cual, por cierto, el nuevo académico francés fué tratado con tal rigor que se juraría que el *sindicato* dreyfusista en masa y toda la izquierda parlamentaria habrían colectivamente redactado las páginas que en el mencionado libro están consagradas al estudio de sus obras.

Que Maurice Barrès es un brillantísimo estilista, uno de los pensadores más profundos y personales del mundo contemporáneo, está fuera de toda duda.

Hará unos tres años que sus obras cayeron entre mis manos y las leí todas animado de preconcebidos sentimientos de hostilidad violentísima.

Leí sus primeras producciones, *L'ennemi des lois*, *Le jardin de Bérénice* y otras, en las cuales consagraba toda su elocuencia y ardiente lirismo á elevar á la categoría de doctrina racional un anarquismo tan desenfrenado, un individualismo tan disolvente, que le lleva á idealizar personajes y acciones que caerían bajo el estigma del Código penal y que repugnaria hasta á la ética de las tribus salvajes africanas. Si tal lectura no me convencía, tampoco podía sustraerme á su fascinación irresistible. Mis prejuicios *antibarresistas* se trocaban en genuina admiración. Proseguí la lectura de los dos últimos libros de la serie llamada por el autor *Romans de l'énergie nationale*, ya más modernos, y en los cuales se palpa ya el progreso verificado en esa gran mente, «digna de mejor causa». Pero la última sorpresa que me estaba reservada era la mejor de todas, y fué la lectura del primer volumen de ese ciclo á que he aludido, *Les déracinés*, del cual casi me atrevo á hacer el entusiasta elogio que Emerson hizo de la obra maestra de Swedenborg, cuando decía que «era un libro que por su sostenida dignidad de pensamiento era un honor para el género humano».

Barrés ha sido una figura que me atrevo á calificar de *camaleónica*—si se me permite la frase;—desde los comienzos de su carrera literaria y política hasta su apogeo actual, cuando aún está en un período de su existencia en que tantas inteligencias se encuentran todavía en estado de relativa formación, han sido bastantes y dignas de estudio las fases por que ha pasado este espíritu tan pródigamente dotado por la naturaleza.

Empezó con lirismos anárquicos, ensalzando sus ideales disolventes con una originalidad y una audacia tales, que á su lado parecen reaccionarios los manifiestos de Bakounine. Después se hizo satélite voluntario y desinteresado de ese movimiento absurdo que se llamó «boulangisme», palabra que hoy se emplea así como un calificativo genérico para designar cualquier manifestación de «la bestialidad humana

en toda su candidez», para servirme de la expresión que Goethe puso en boca de Mefistófeles. Finalmente, la epidemia «dreyfusista», que infestó medio mundo, y de la cual no se libró el insignificante autor de estos renglones, arrastró á nuestro académico hacia esa insensata corriente que en Francia se llama nacionalismo, de la cual es hoy día el doctrinario y el jefe. De resultas de su nueva actitud, Maurice Barrès, el antiguo libertario, ha entrado en las filas del actual partido antiministerial, híbrida unión de «ralliés», de liberales de sacristía, conservadores y nacionalistas.

Á pesar de tanta evolución, Barrès ha conservado siempre intacta una idea dominante, que es el alma entera de sus obras: el individualismo. Se le puede considerar como la última y quizás más alta expresión de esa tendencia que hoy día está eclipsándose para dejar florecer esa fecunda semilla que plantaron Mabœuf, Engels y Karl Marx. Bajo este concepto principalmente nos interesa la figura del nuevo académico: como una lógica y alta personificación de un principio que se encuentra hoy en plena decadencia.

Los principios que rigen la mente de un hombre, el imperativo categórico de su razón son producto de algo que no es la educación, ni el ambiente en que se ha desarrollado, ni las influencias exteriores de su vida, sino algo que lleva en el temperamento y en la sangre. Hay naturalezas predestinadas al socialismo, como las hay fatalmente individualistas. De esta índole es Maurice Barrès: su individualismo es orgánico. Fué anarquista cuando creyó ver en esta doctrina la más imperiosa y radical expresión de la personalidad humana, libre de toda restricción artificial ó histórica. Reconociendo las excelencias de la filosofía kantiana, hubo, no obstante, de rechazarla, por no creerla suficientemente individualista, y porque la fórmula de armonía dada por el filósofo de Koenisberg aspiraba á ser una norma universal, y el escritor loreno no podía admitir este relativo socialismo. Cuando en Boulanger creyó ver encarnada la naciente energía nacional, cooperó al triunfo de la causa que él deseaba triunfara, no como la resultante de una acción social, sino como el *resorgimento* de cada individuo, dirigiendo la obra común un

dictador. Su tipo de héroe fué siempre Napoleón, el «profesor de energía», como lo designa y sobre quien ha escrito varias páginas que figurarán siempre como un modelo de la literatura francesa.

Su actitud en estos últimos años no ha sido más que una confirmación de ese individualismo intransigente que presidió á sus libros y á sus hechos.

La obra de Maurice Barrès, como la de todo individualista extremado y consciente, es nociva y antisocial. La labor de un pensador se puede evaluar por los actos de su vida y por la semilla que ha arrojado en sus publicaciones. La vida de Barrès es antipática, y no ha sembrado más que zizaña. Comenzó su carrera política con la defensa de uno de sus amigos, autor de una de esas acciones *empíricamente* individualistas que caen dentro de la esfera del Código penal. En sus primeros libros hizo la apoteosis de las pasiones más bajas y más desenfrenadas de la bestia humana. Su acción durante el período «boulangiste» no fué la que se podía esperar de un publicista que aspiraba al despertar de la conciencia nacional y á la unión de las voluntades; fué una política de difamación y de rencilla que no hizo más que aportar un nuevo contingente de violencia y de encono á ese torbellino de exaltaciones políticas, que es la maldición de la república francesa. Pero cuando los instintos belicosos de Barrès rompieron todo freno racional, fué cuando en Francia se inició ese desastroso «affaire Dreyfus», que se tornó affaire social y político y que ha sido la causa determinante de esa sisma que hoy pone en peligro la vida pública y privada de la nación vecina. Entonces desapareció el pensador, el publicista sereno, para dejar paso al implacable sectario. Se hizo acórito de ese antiemitismo brutal que es oprobio de las naciones modernas y que eleva á la categoría de un programa y de un partido la guerra odiosa declarada á una raza prominente en todos los ramos de la actividad humana. Maurice Barrès se convirtió en el más sañudo perseguidor de la desgraciada víctima del error judicial, contra quien organizó una campaña despiadada é inhumana, y actualmente sigue militando en ese anacrónico partido, cuya aspiración es el obstruccio-

nismo sistemático y cuyas únicas armas son la coacción y la calumnia.

No extremaré el principio utilitario del arte, sostenido por Proudhon, ridiculizado por Giacosa en uno de sus poemas satíricos; pero al juzgar la obra de un autor ¿no hemos de anteponer á los meros estetas aquellos inmortales cuya labor ha sido fecunda y humanitaria? ¿No es más grande Víctor Hugo que Chateaubriand, Shelley que Milton, De Amicis que D'Annunzio? Y si Maurice Barrés no ha sido más que un individualista fanático y libelista, ¿no hemos de condenar su obra?

Del testamento literario y filosófico de Maurice Barrés, el día en que se agote su producción, ¿qué subsistirá? Última manifestación de una decadencia, última palabra del individualismo agonizante; las generaciones futuras leerán sus libros como modelos de estilo y de pensamiento; pero lo que es de su apostolado no quedará más que el recuerdo. Cualquiera que sea el comentario ó la crítica que pueda inspirar el estudio de sus escritos, cualesquiera que sean las censuras que su misión intelectual pueda suscitar y sugerir, nada podrá ob-curecer el mérito de sus obras y el inmenso deleite que su lectura produce. Todo cuanto pueden dar de sí la amenidad del erudito, las galas del retórico, la elevación del pensador, se encuentra reunido en Maurice Barrés. La manera profunda y hasta nueva con que supo hacer casi convincentes las paradojas de sus primeros tiempos; las deducciones que ha sacado del tan manoseado individualismo, defendiéndole en el noble terreno de la metafísica; varios principios que son suyos propios, como la tesis que plantea en *Les déracinés*; la manera lógica y filosófica con que defiende sus doctrinas, que le colocan muy por encima de Nietzsche y demás apóstoles del individualismo moderno; la amplitud de idea con que ha sabido hacer la historia modernísima de su patria, todo esto constituye sus legítimos títulos de gloria, que ni el más recalcitrante adversario podría negarle, ni, en general, cualquier espíritu sincero que haya tenido entre las manos sus inspirados é interesantes escritos.

Su admisión en la Academia francesa no ha sido debida

ni á favoritismo ni á presiones de género alguno. Ha sido el reconocimiento de sus cualidades privilegiadas de pensador y literato, ha sido una sanción al innegable valor de sus obras, la, por decirlo así, suprema *confirmación* del mérito del autor y del alto lugar que ya ocupaba Maurice Barrès en el criterio de sus lectores y en el seno de esa vasta república del Arte y de las Letras, cuya capital es Francia.

FERNANDO ALCALÁ-GALIANO.

Roma Febrero 1906.

LA ASOCIACIÓN DE LOS MAESTROS

(Extracto de una Memoria.)

II

El maestro.—Lo que es.—Lo que debe ser, etc.

Los maestros de educación primaria y los profesores privados, en nuestro desventurado país, no logran ver surgir de su seno aquellos *pauci electi* de que habla el Evangelio; excepción hecha de alguno que, como el Dr. Laguardia, emigra á París, y en un Colegio de educación, primera y segunda, comparte con los Bapp, Dier, Schelegel, etc., las glorias del progreso filológico, los demás preceptores, quizá en número de *quinze mil* hombres, mas ó menos, no alcanzan nunca un escaño en las Cortes, un sillón en las Academias ó una poltrona en los Ministerios; y, sin embargo, esos maestros, esos preceptores, esos *privat docens*, no menos distinguidos á veces por su saber que los franceses, ingleses ó alemanes, son los que han segado la primera mies de la ciencia para nutrir al niño y los que han puesto en sus labios la primicia eucarística del catecismo y la levadura previa de la gramática. ¿Quién sabe de esas pristinas inspiraciones qué fruto sacaron los Ministros, los diputados, los académicos?... Pues bien, esos maestros, esos preceptores no piden, no, sillones, ni poltronas, ni escaños; no piden, no, los aristocráticos derechos que Alemania suele otorgar á sus *privat docens*, ni las nobiliarias mercedes que el sabio Rey Alfonso X concedió á los maestros de la Escuela salmantina; piden menos á la opinión pública, al Trono, al Episcopado, al Gobierno, á la Nobleza: una migaja de pan... y si posible fuera, otra migaja de dignidad.

Todas las clases sociales se han emancipado menos vosotros, los maestros; para vosotros no hay progreso, perfección ni personalidad; vivís como hace mil años, apegados á la gleba, víctimas del terruño; la opinión pública con su desdén, y el fisco con el hambre, tienen á vuestro espíritu y á vuestro cuerpo ¡oh, maestros de escuela! en un potro, con tormentos superiores al aceite hirviendo, á la pez inflamada y al plomo derretido; no se os descuartiza con garfios, ni se os abrasa con hierros candentes, ni se os desuella con pencas, pero se os aniquila con la inanición. Si hasta ahora, el Tesoro público del Estado, de la Provincia ó del Municipio se ha alzado entre vosotros como un espectro, de hoy en adelante, *unidos vosotros* para el noble fin de la vida y de la dignificación educativa del país, el Tesoro público, el Estado, la Provincia, el Municipio serán para vosotros el gran aliado, el gran protector, el poderoso auxiliar y el manto paternal que os dará abrigo, ánimos y consuelo. No viviréis bloqueados por el ayuno forzoso, escarnecidos por la caricatura, oprimidos como el hereje en el potro, como la fiera en el cepo, como el clavo en la tenaza; convencidos con vuestra energía, por vuestra laboriosidad, por vuestra iniciativa privada, por vuestra *unidad de miras*, convencidos á la opinión de vuestros conciudadanos y á la ilustración de los Ministros y Directores generales, que sois los combatientes, los domadores, las hormigas previsoras, las abejas ejemplares, y ya no se os perseguirá como se persigue á la avispa y al zángano, á la langosta y á la cigarra, y ya no se os tratará como á un aquejarre de cigarreras ó á una turba de mozos de cordel.

¿Pensáis ¡oh, maestros! en vuestro presente, en vuestro porvenir?

¿Pensáis en lo exiguo de vuestros haberes de á 500 pesetas anuales, con las que tenéis que mantener y *educar* á cuatro, seis ú ocho hijos?

¡Ah! Uníos, uníos; así quizá podréis atender á la ilustración de vuestros hijos y no veréis con dolor que éstos, ignorantes, famélicos, van á engrosar los tugurios del anarquismo y que vuestras hijas van á aumentar el pasto carnal y liviano de los lenocinios.

Pensad, por último, en vosotros mismos, en que algún día, viejos, cansados, sin jugos, sin savia, sin esperanza, sin amparo, podéis haberos erigido un retiro, un conservatorio piadoso, rico, quizá espléndido, donde se deslicen los últimos días de vuestra existencia...

¡Temor! ¿Os sentís arredrados, os sentís medrosos porque no os han enseñado en las Escuelas Normales la primera doctrina del principio de los principios, el punto de partida de toda ciencia, la noción *socrática*, el conocimiento de sí mismo, la conciencia del propio valer?... ¿Os creéis impotentes porque no os han hecho estudiar la virtualidad, la propulsión, la fuerza explosiva de lo *ideológico*?

Tened ideas, ideas propias, fomentadlas, estudiadlas, tened fe en ellas; que vuestra idea preferente sea la *unión*, la dignificación del Magisterio, la conversión de éste en elevada magistratura, la disciplina de vuestra falange formando un estado influyentísimo del orden intelectual.

Tendréis la protección de la opinión pública y de los poderes; pero si así no fuere, las *ideas* no necesitan gran protección: bástales con ser grandes, nobles y santas; por eso la *Summa Theologica*, cuya idea nació en una celda, supera en influencia á las campañas de Carlomagno; las homilias de San Bernardo conmueven á Europa más que la intrepidez de Bouillon; la *Crítica de la razón pura* ha hecho mucho más por la vida contemporánea que la artillería de Napoleón.

Y en cuanto á la idea de esta asociación engendrada en el hogar humilde de un hombre obscuro, ved lo que dice el más elocuente de nuestros tribunos, gloria del Parlamento español:

«Impórtennos poco las personas, impórtennos mucho las ideas y los organismos que á las ideas se ajustan. Agigántase un hombre chico si á una idea grande obedece y sirve, mientras un hombre grande se achica si á ideas falsas sirve ó si no tiene ninguna idea. Los dos elementos que más á Dios se acercan seguramente son la luz y la idea.»

Á la manera que el cuerpo y el organismo del individuo ejercen sus funciones de un modo complejo, sintético y cir-

cular, necesita el cuerpo social, en todos sus ramos y aspectos, su funcionalidad sintética, circular, algo como una sístole y diástole, por cuya virtud la energía, la savia, la sangre vaya del centro á la periferia y vuelva de la periferia al centro; en ese torrente circulatorio social vosotros vivís asfixiados, incompletos, porque recibís del centro las noticias del gran movimiento progresivo del siglo mediante el periódico y el libro, recibís de la Provincia los mandamientos en el *Boletín Oficial*, recibís de la autoridad local los preceptos del Municipio, y, sin embargo, vosotros, estacionarios como el zoófito, inertes como la almeja, no devolvéis vuestro aliento, vuestro saber, vuestros adelantos, vuestra voz, que debiera ser caracterizada, y vuestro influjo, que debiera ser decisivo, no los devolvéis, repetimos, al Municipio, ni á la Provincia, ni al Estado, ni á la opinión pública.

Así, pues, para que vuestro bajel pueda llegar á puerto de salvación, á bahía abrigada, necesitáis vigía, semáforo que anuncie vuestra existencia al capitán del puerto, un práctico que os conduzca por entre los bajos, escollos ó arrecifes que erizan esto que se llama poderes públicos, Administración pública, etc.

Los maestros de escuela no son mala gente; quienquiera que por tal los tenga está equivocado de medio á medio, ignora la fisiología del tipo étnico; los maestros son sencillamente unos *niños* en nuestra civilización; están en mantillas y por eso están en ayunas; no se les educa debidamente, no se les iluminan las facultades, ni se les despierta la energía prasológica, el noble estímulo de llegar á la meta á que tienen derecho; carecen de la influencia que les compete como á uno de los *tres* brazos en que se apoya la autoridad local: el médico cura los cuerpos, el párroco cura los corazones, el maestro cura las inteligencias.

Pues bien, los dos primeros son dos magistrados, dos ministros, á cual más digno, más respetado; el uno es licenciado, muchas veces doctor; el otro, si no lo es en sagrada teología, se le adorna de las licencias necesarias para oñiciar en el altar y para ocupar la cátedra del Crisóstomo, no ya en la aldea, sino en la basílica de la diócesis y hasta en el

mismo Vaticano; el otro brazo, el maestro, está lejos, lejísimo de aquella magistratura y de aquel ministerio. Esto es lo que hay que enmendar á toda costa, sin que perdáis momento, sin que perdonéis sacrificio, sin dilaciones, excusas, ni desmayos pueriles; hay que salir de esa minoría, sacudir esa tutela, rechazar con dignidad el horrible dictado de ¡pobrecillos!

De todo esto infiérense legítimas consecuencias. Los maestros de Málaga, al decir de los periódicos y noticias particulares, pasan en su mayor parte la vida como aquellos mendigos de la Vega que habitan en los silos de Fresneda, sin que hasta el presente hayan logrado ni con solicitudes ni con escapularios hacer volver al Perchel á la diosa Astrea.

Esta odisea trágica del Magisterio español está llena de sombríos ejemplos: en Valladolid se adeudaba, pocos años ha, á dichos funcionarios *¡catorce anualidades del aumento gradual del sueldo!*; al maestro de Viñuelas, en Abril último, se le adeudaba la paga de *¡cincuenta y siete mensualidades!*, y parece solicitó se le permitiera *mendigar* públicamente ó ingresar en cualquier *asilo*; un periódico profesional designaba al maestro de un importante pueblo de esta provincia con el epíteto de *el de las alpargatas*; otro periódico de gran circulación anunció hace muy pocos días que el maestro que ha sido del concejo de Cabrales, provincia de Oviedo, á causa de no haber cobrado sus atrasos, se dedica, primero á *vender periódicos* por las calles de Madrid, y después á *fregar platos* en una fonda; y para acabar esta relación pirotécnica con el correspondiente *trueno gordo*, ¿quién no ha leído en la *Gaceta*, por Febrero del año actual, que la provincia de Cuenca debe por atenciones de instrucción primaria *¡611.388 pesetas!*; Granada, *¡770.972!*; Lérida, *¡684.798!*; Valencia, *¡630.500!*, y Málaga, *¡¡¡1.044.241!!! pesetas?*... Pues bien, si los maestros piden limosna, si se mueren de hambre es porque quieren, quizá porque su incuria lo merece así...

¿Piden limosna, se mueren de hambre los ingenieros de caminos, los de montes, los de minas, los catedráticos, los geodestas, los bibliotecarios, los demás funcionarios del ramo de Fomento?...

Ahora bien, no crean los maestros que tenemos el prurito de zaherirlos; testimonio de autoridad vendrá á confortar las opiniones que hemos sustentado sobre este lacrimoso asunto; oid á un venerable compañero, á uno de los primeros pedagogos españoles de este siglo. D. Vicente Naharro, maestro real y del Colegio de Madrid, etc., etc., escribía: «Los profesores (de instrucción primaria) serían, como yo digo, hombres *instruidos*, poseyendo un *arte y ciencia* singulares, *filósofos* que conocieran perfectamente la lengua que enseñan... si estuviesen *bien dotados* y tuviesen en su vejez una honrosa *jubilación*. Entonces no se pondrían á maestros los que no han podido aprender *oficio* alguno y se meten á *maestros del arte de formar hombres*, que es el más difícil de todos; pero ha sido tan desgraciada esta facultad en España, que es un *deshonor* verla ejercer por unos hombres sin examen, sin práctica»...

No han cambiado muy radicalmente las cosas, á pesar de la imperfecta constitución y pobrísimo desarrollo de las Escuelas Normales.

Podemos decir con un sabio é ilustre catedrático de la Universidad de Oviedo, aplicando la doctrina de aquél á los maestros: «La escuela no se asocia á ninguna empresa *viva* del país, no hay entre ella y la patria esos lazos tan poderosos como invisibles que forman el *espíritu* de un pueblo: para asemejarse la escuela á lo que debiera ser, debiera tener cuerpo, vida, substancia, influjo, luz, mucha voz, mucho voto, mucha resonancia en la opinión y mucha trascendencia en la cosa pública; y, sin embargo, no tiene más que corteza, una corteza escuálida, tísica, apolillada, apergaminada como los forros de sus catones. Son pequeñas esfinges en medio del árido desierto, donde se revuelven voraces los *simounes* de la política de campanario y del repugnante caciquismo. Para evitarlo, hay que hacer de esos gimnasios del entendimiento y de esos hospitales del alma, no sólo plantel de chicos *cantores* que deletrean y silabeán sin conciencia, sino ilustraciones intuitivas y razonadoras, y que salgan de la pequeña aula los muchachos siendo creyentes, morales, fuertes, honrados, elegantes, finos, veraces, resueltos,

joviales y de costumbres cívicas». Otro ilustre publicista, D. Jenaro Alas, dice: «La educación de muchachos en España está á cargo de... la Divina Providencia, que sustenta á los pájaros del aire y á las hormigas de la tierra».

Por último, un testigo de calidad y de mayor excepción, *La Correspondencia de España*, publicó el 3 de Marzo próximo pasado un artículo titulado *Los mártires de fin de siglo*; en dicho artículo se lee: «Las privaciones, la miseria, las enfermedades, las agonías que ese caudal *arrebatado* á cientos de familias produce, lágrimas que arranca esta administración *insolvente*, serían en un país regular y en un régimen *humano* causa bastante para que no viviera tranquilo ningún *Ministerio* bajo tan grande pesadumbre y en tan amarga y *maldecida* existencia». Y añade dicho periódico que el sueldo de algunos maestros es inferior á la *mitad del jornal* de un bracero; y da á entender que tienen más jerarquía que aquéllos el albéitar, el sacristán, el pregonero y... hasta el verdugo.

Ya veis, maestros, no lo decimos nosotros, sino lo que de vosotros dicen los sabios, escritores, publicistas, catedráticos, marqueses y filántropos. Tócaos á vosotros hacer el supremo papel que os corresponde, tócaos ser verdaderos sacerdotes de Minerva; no desmayéis, pues, no cerréis los ojos, no abjuréis, no abdiquéis; aquella deidad tiene derecho á vosotros, que no debéis pertenecer; el fuego sacro de Palas os reclama, no apartéis la vista de Athena, de aquella escultura de Fidias, que con la lanza hizo brotar el olivo y que parece que os está inspirando valor con el morrión en la frente, el escudo al brazo, el mochuelo al pie... ¡Cobijaos bajo la *égida* de la diosa, como los soldados leales se cobijan bajo el pabellón de su patria!

Mirad ahora lo que debéis ser, lo que os corresponde ser, lo que podéis llegar á ser en el orden político y social. Viene la nobleza y dice: sin nosotros el mundo es imposible. La milicia: por cima de las armas no hay nada. La toga: sobre la justicia no hay nada. El clero: la doctrina está sobre todo. Le ingeniería: ¿qué sería del mundo sin puentes ni ferrocarriles? La banca: lo primero es el dinero. La política: lo pri-

mero es el orden, la administración y el gobierno... Pues bien, maestros y maestras, ¿por qué no decís vosotros: lo primero es el Magisterio, por cima de la Escuela no hay nada?

La educación pública está sobre todo y sobre todos; la instrucción primaria es lo PRIMERO. ¿Qué sería del mundo sin el Profesorado en todas sus escalas? ¿Cómo habría nobles, capitanes generales, magistrados, obispos, ingenieros, banqueros, ministros sin que aprendieran á *leer, escribir y contar*?

Mirad antes lo que debéis aprender: para hacer educandos, aprended antes á ser educadores; para *imbuir* los grandes principios, abrevaos antes en ellos; para hacer hombres cultos, haceos con mucha cultura; para hacer hombres ilustrados, ilustraos antes mucho, y esto con ilustración vasta, compleja, cíclica, poligráfica: el maestro, á principios del siglo XX, debe ser patólogo, criminalista, para evitar, por medio de la educación, los delitos que el eminente penalista César Lombroso considera como monstruos deformes de *clínica ética*; si los que le inclinan al mal son *histéricos* irresponsables, en la escuela podéis curarles el histerismo; si son inconscios, en la escuela podéis formarles la conciencia moral; si son ignaros, en la escuela podéis combatir el paralogismo; si son malvados innatamente, en la escuela debéis educar ese corazón hacia el bien. El maestro ha de hacer éticamente con el educando lo que terapéuticamente hace el médico de los niños con el diftérico: absorber el virus con la bomba aspirante de los propios labios del médico; para correr este peligro, hay que pagarlo; para poder extirpar esos *garrotillos* del espíritu, es preciso estudio, paciencia, virtudes y dinero... Entonces se realiza el proverbio sapiencial: *Imbue puerum supra viam suam et cum etiam semerit, non recedet ab illa.*

Mirad, mirad; para que el maestro sea sabio, sacerdote, *leader dux*, guía, preceptor, es preciso que esté bien alimentado, bien vestido, bien pagado, bien considerado; que tenga fuerza en el cuerpo, grandeza en el corazón, luces en la mente, fe en el porvenir, dominio del presente, voz entre sus conciudadanos, hábitos sociales, urbanidad ejemplar,

vocación filantrópica, sobriedad de misionero y ardor de benedictino.

Así, sólo así, realizará el maestro su misión altísima y sacerdotal; así sabrá recibir al niño en su aula, besando su frente con el santo ósculo de la *segunda paternidad*; le preparará á luchar con el obscuro destino del mañana; dará forma de conciencia al confuso cuchicheo de la imaginación del parvulillo, operando la metamorfosis del *instinto* en *talento*; trocará su vagido en sílabas, su silabeo monótono en palabras gallardas, sus palabras en raudal de elocuencia; enderezará el alma de los bebés hacia el triple amor de *Dios*, de la *patria* y de *sí mismo*, abriendo aquellos ojos azules del niño, que parecen pedazos del cielo, á las inefables enseñanzas de la *teodicea*, del *derecho civil* y de la *psicología*, y tendrá entonces el verdadero, legítimo, indiscutible derecho de decir con San Mateo:

«*Dejad á los niños que se acerquen á mí.*»

Así, y sólo así, despertarán los maestros de su catalepsia, así combatirán el profundo colapso que les postra. Desaparecerán las antipáticas figuras de los licenciados Cabra, maestros Ciruela y dómines Lucas, y el comercio de las ideas pedagógicas saldrá del misérrimo cabotaje de los lugarejos, villorrios y capitales de provincia, y para el maestro no será la corte una fábula, Madrid una conseja, ni el centro un cuento de hadas; y de aquél podrá decirse siempre, á todas horas, en todos los rincones de la Nación, lo que un ilustre académico dice del eminente pedagogo sevillano D. Antonio Ruiz Cortegana: «Aquel maestro, que para el análisis gramatical se valía del *Quijote* y de la *Guía de Pecadores*, del padre Granada, desempeñó la función más importante y *augusta* que existe en la sociedad».

Medios para realizar el ya repetido ideal: lo primero de todo, la virtud, la fe, la energía, la asociación, en suma, la iniciativa privada de vosotros mismos.

Cierto que el yunque aguanta y el martillo da; cierto que vosotros, por manipulaciones más ó menos hábiles, por prestidigitaciones más ó menos maquiavélicas, por políticos más ó menos burdos, venís desempeñando el pasivo, el em-



bolado papel de *yunque*; pero no es menos cierto, según el dicho de un profundo escritor, que «el *yunque de carne y hueso* puede dejar de serlo y convertirse, si hay en él voluntad y fuerza, en martillo».

Os hemos hablado del primer medio, de la virtud, que es la limpieza del alma. El segundo medio es la urbanidad, la higiene y la limpieza del cuerpo; hay que ser ilustrados y al par pulcros y finos; ha pasado el tiempo de la sabiduría *zafia*, aquella que caracterizó á Diógenes, á Esopo y á Juliano el Apóstata, que dejan correr por sus repugnantes barbas á los parásitos, por no contravenir á la ley de la Naturaleza, al *derecho de la vida* que tienen todos los animalitos; imitad al Sanador de todas las lepras y de todos los pecados: envía delante al Precursor para que lave el espíritu en el Jordán, y después él mismo lava los pies á sus discípulos.

El tercer medio es la ilustración, de la que hemos hablado largamente y no hay para qué insistir. Sólo añadiremos que si en este punto os adelantáis al vulgo, romperéis los viejos moldes y os sobrepondréis á esa plebe de cocheros y taberneros que, por medio de la meritoria obra de los periódicos de gran circulación, aprenden en estas columnas (en cierto modo salomónicas) lo que nunca habian oído en vuestras escuelas: ontología con Santo Tomás, literatura con Moratín, demonios encadenados con Dante, medicina con Vallés, matemáticas con Newton y... hasta clasicismo con el mismísimo Horacio.

Otro medio efficacísimo: la actividad, el conato, el uso acertado del libre albedrío; para escribir vuestro Korán no imitéis al *tunarra* mercader de camellos, no seáis fatalistas como hasta aquí, no esperéis, á uso de coreischita, que la Montaña *vaya* á vosotros: id vosotros á la Montaña; hay ciertos milagros que no pueden hacerse estándose *quietos*, porque quien quieto se está, quieto se encuentra. Hay que hacer esa labor de que hablan Bossuet y Fenelón: *agitarse*, trabajar, que Dios es el gran timonel, que Dios nos guiará, que Dios sabe el derrotero que conviene á nuestra alma, que Dios hará todo esto por la efficacísima intercesión de su Santísima Madre Nuestra Señora del Pilar. Hay que sacudir la

atonía, la pasividad, el ocio, el *far niente* más ó menos *dolce* de los maestros de escuela, hacer la cruz á la pereza, que es un pecado mortal.

Sed diligentes, tened esta gran virtud; velad por vosotros mismos, por vuestro porvenir, por vuestra ancianidad, por el dote de vuestras hijas y por la educación de vuestros hijos; trabajad *por cuenta propia*, que el trabajo es la *sal de la vida*, como dice el príncipe de nuestros hablistas, Fr. Luis de León.

Con esto, con asociaros, con aportar á vuestra sociedad, á muy poca costa, con pequeño sacrificio, como probaremos más adelante, la suma de *diez millones de pesetas*, cuya cantidad precisamente es la que á principios del ejercicio económico actual se adeudaba por el Estado á los maestros, podrá realizarse lo que ha poco tiempo indicaba un periódico profesional, diciendo que « ha llegado la hora de que los maestros se conviertan y fundan en una sola aspiración, presentándose tan dignos como potentes para que los Cuerpos Colegisladores sancionen las siempre justísimas aspiraciones de los que á la enseñanza se dedican », y entonces tal vez á muy poca costa nuestro queridísimo pueblo, nuestro ilustre país, nuestra nación gloriosa, podrá contestar ante la Europa á aquella extrañísima pregunta (no bien contestada por Jones) que lanzaba en 1786 el enciclopedista Masson en esta forma: « ¿Qué se debe á España? »

Y vosotros, maestros, procurad también por cuantos medios estén á vuestro alcance, y uno de ellos muy poderoso es la presente institución, procurad enmendar vuestra educación, desenvolved vuestra cultura, levantad la mirada muy alto, recobrad prestigios no acostumbrados en España y dignificad vuestro apellido. Entonces podréis aplicar todas esas ventajas á la crianza é instrucción de vuestros propios hijos é imitaréis con éxito á aquella pobre maestra de niñas de los Estados Unidos, cuyo hijo era y es el primer electricista del mundo, el que obtuvo quinientos privilegios, el que, aprendiendo de su madre el *abecedario*, lo comunicó al estño en las laminillas del fonógrafo, el que asombra con el nombre de Tomás Edison.

ENRIQUE PRÚGENT.

TARDE MUERTA

Hay tedio en nuestras almas, que se materializa
en un rodar confuso de frases sin sentido;
hay tedio en esta tarde, monótona y plomiza,
que en lluvia helada, eterna, desciende convertido.

Mendigas, tristes almas que caminar parecen
llevando cruz de plomo por un camino largo,
interminable; vidas que envueltas se adormecen
en nieblas abrumantes y espesas de letargo.

Oscura, muerta tarde. Escúchanse, lejanas,
entre un desfile grave de nubes cenicientas
que giran, que se arrastran en procesiones lentas,
tenaces maldiciones de viento y de campanas.....

Deshoja, silencioso, ensueños del pasado
mi espíritu, que muere de soledad, de frío,
sintiendo el indecible, el doloroso hastío
de vida no vivida, de amor jamás gozado,

y vaga por desiertos eternos de amargura,
donde hay sangrientas cruces, donde hay blancor de nieve
y cielos que anonadan.

—Silencio..... llueve, llueve.

Ahogó el adiós del día diluvio de negrura.

ANTONIO HERAS.

ESTUDIOS CRIMINOLÓGICOS

EL ESTAFADOR

Otro *timo* mucho más conocido, y que va generalizándose en las grandes poblaciones de España, muy especialmente en las marítimas, constituyendo, por ejemplo, en Cádiz la especialidad de sus *pimpis*, es el que comúnmente se conoce por *timo en las casas de huéspedes*. De él, y es lo más frecuente, el *timado* es el huésped y el *timador* el hospederero, que, ó enreda á aquél en el juego y le hace víctima de innumerables trampas, ó le lleva á ciertas casas de mujeres de la vida alegre, donde le exprimen, y después, sus compinches de la *ronda ful* ó falsa policía, acaban de estrujarle, ó le sustraen algo de su equipaje, atribuyendo el hecho á un supuesto huésped que se ha fugado llevándose también dinero suyo, etc., etc., utilizando para depararle *primos* á esos tan conocidos *ganchos* que pululan en las estaciones de los ferrocarriles y en los andenes de los puertos.

Para explicar la segunda forma del *timo*, referiremos uno realizado hace muy poco tiempo en Madrid. En una casa de la calle de Jesús del Valle, una de cuyas inquilinas era una pobre mujer llamada Sofía Yust, se presentó una mañana un individuo en apariencia caballero, vistiendo el uniforme de oficial de Infantería, solicitando que aquélla le alquilase una alcoba con gabinete. Al poco rato de estar hablando la pobre mujer y el fingido oficial apareció un joven vistiendo del modo que lo hacen los asistentes, quien, dirigiéndose al que representaba el papel de ser su amo, le manifestó que el mozo que le había hecho la mudanza de los muebles desde el pabellón del cuartel hasta la casa en que estaban depositados, reclamaba el pago de sus servicios, incluyendo en ellos el carro.

Entonces el fingido oficial pidió á la Sofía que le cambiase un billete de cien pesetas, y como le contestase que no tenía cambio, cuya contestación era la que esperaba, la rogó que le prestase treinta pesetas, cantidad que la Sofía no tuvo inconveniente en facilitarle, y que recibió el asistente, quien partió en seguida para cumplir el encargo de su amo. Éste encomendó al portero de la casa el ir á recoger los muebles depositados. Marchó inmediatamente el portero dirigiéndose á cumplir el encargo á la casa donde se había hecho el depósito y cuyas señas le dió el supuesto oficial, donde le contestaron que no conocían á tal persona ni allí había depositado ningún mueble, contestación que dió á conocer á la Sofía, diciéndola que había sido víctima de un *timo*, pues el *timador* había salido detrás de su asistente con el pretexto de ayudarle.

En Febrero de 1904 se efectuó en Madrid, entre los *timos* que en dicha población se realizan sin que los malhechores lleguen á recibir los golpes de la ciega diosa, uno que no carece de artificio é ingenio, y que más que los anteriores pone de manifiesto la verdadera naturaleza del *timador* moderno. Un negociante en carruajes y caballerías, bastante conocido en la corte, recibió un día la visita de un pretendido chalán, quien le manifestó que un caballero deseaba comprar varios carruajes y caballos; manifestación que, como es de suponer, no dejó de agradarle, por lo que, muy complaciente, convino con el intermediario en el día y hora en que habría de presentarle al comprador, lo cual se realizó con toda exactitud, visitando los tres la cochera, examinando carruajes y caballerías, y cerrando el trato después de alguna discusión, expresando el comprador que pagaría el precio en una casa situada en el distrito del Centro, al día siguiente de hecha la operación. Fué, con efecto, el vendedor á dicha casa, acompañado por dos chalanes, encontrando en ella al comprador, quien, figurando grande alegría, comenzó á contar cuentos y á decir chascarrillos de subido color y, no contento con esto, rogó á uno de los chalanes, como los demás compinche suyo, precisamente uno de los que habían ido acompañando al vendedor, que á su vez contase algunos cuentos de igual índole, mientras seguían copeando, lo cual verificó inmedia-

tamente, no sin disgusto del que había ido á la casa para consumir el contrato y no para perder el tiempo de ese modo. Entonces el comprador propuso á los concurrentes que para celebrar el negocio siguieran bebiendo y jugasen un rato á los prohibidos, teniendo el vendedor la debilidad de consentir. Como era de esperar, la suerte le fué contraria y perdió 650 pesetas. Al día siguiente fué el timado á la mencionada casa en busca del supuesto comprador, y entonces supo, no sin sorpresa, que no vivía allí, sino que en dicha casa, que era de cierta índole, se alquilaban por horas habitaciones amuebladas. El *timo* se había consumado, y no quedó al primo sino el triste consuelo de denunciar el hecho á las autoridades.

Un *timo* que merece citarse por sus circunstancias y ser de mucho mayor alcance que todos los referidos, y que casi debiéramos colocar en el puesto intermedio entre las grandes *estafas* y los *timos*, es el que, aparentando fines filántrópicos, ha venido efectuándose también en Madrid, y del que han sido víctimas no pocos infelices pertenecientes á las clases más necesitadas y por ello más dignas de lástima. Entre otras cláusulas de los estatutos de la supuesta sociedad, pusieron una los *timadores* para coger á los futuros *timados*, diciendo en ella que para disfrutar de los beneficios y ser considerados como socios, bastaba suscribirse por la cantidad de una peseta mensual, y con ello, á los tres meses de suscritos, adquirirían el derecho á percibir en concepto de préstamo, si lo solicitaban, cincuenta pesetas, cuya deuda se amortizaría entregando mensualmente cantidades pequeñísimas. Tales ofertas produjeron á los avisados timadores los resultados que se prometían, pues consiguieron pingües beneficios. Transcurrido el tiempo marcado, varios de los inscritos como socios, pobres desgraciados que trabajosamente habían podido cumplir sus compromisos, acudieron á las oficinas, pidiendo el préstamo de la cantidad á que según los estatutos tenían derecho; pero con estupefacción oyeron á los porteros y á varios vecinos de la casa la infausta nueva de que la sociedad había dejado aquel domicilio, llevándose todos los muebles y efectos, y sin que supieran á dónde

había ido, ni en qué parte habitaban el gerente y los demás individuos que figuraban como empleados y dependientes. Ante tan desagradables noticias y ante lo infructuoso de sus investigaciones, acudieron al juzgado. Este *timo* fué calificado de nuevo por la prensa, y no sin razón, pues en él se utilizó el espíritu mutualista que entre nosotros comienza á desarrollarse, y se desecharon los moldes antiguos del engaño. Pero en él, como en los demás que hemos referido, aparece la característica general de la *estafa*, el engaño, la astucia, la maldad que se encubre hipócrita con la capa de la honradez.

Nada diremos de los famosos *timos* del *portugués*, del *francés*, del *gallego* y del *curda*, etc., *timos* callejeros, no sólo porque de ellos nos hemos ocupado extensamente en otros estudios, sino porque son demasiado conocidos, así como la índole de los que á ellos se dedican, por lo mucho que se repiten y de ellos se ha escrito. Pero sí dedicaremos algunas líneas á otro *timo* también callejero y repugnante, que ha echado profundas raíces en todas nuestras grandes poblaciones; aludimos al *timo* propio de la gente más abyecta de la *hampa*, al de la *ronda* ó *justicia ful*, que sólo puede concebirse que se practique con suma frecuencia en los sitios más públicos y en pleno día por la complicidad ó por la apatía de ciertas personas revestidas de carácter público. Estos *timadores* en su casi totalidad son verdaderos *criminales natos* que, aun en edad temprana, se manifestaron por la hediondez de sus vicios, que comenzaron actuando de *tomadores* descuidados, que sirvieron después de ganchos á los timadores, que, por último, desprovistos por completo del llamado por Garofalo sentimiento de probidad y de toda idea moral, viciosísimos, ávidos de goces, sumidos en un medio ambiente de perversión, llegan á esos delitos, porque su índole les permite realizarlos sin grande riesgo y les deparan más provechos que los de otra especie. Así es que sus caracteres fisio-psíquicos son los generales del criminal y los particulares del ladrón y del estafador, predominando éstos. Después de obscurecido es cuando más funcionan, pero también lo hacen, como ya hemos dicho, á la luz del sol, aunque para ellos sea más expuesto, y el buen

observador se apercibirá muy pronto de sus evoluciones. En otro estudio (*Caracteres de los delincuentes españoles*) decíamos, y ahora insistimos en ello, que la Puerta del Sol es un centro de criminalidad, el punto principal de partida de las huestes de la hampa madrileña, y por lo tanto, sitio muy pisado por *timadores*, como son los de la *ful* y los de que tratamos. Éstos vigilan á cierta distancia los urinarios, en las inmediaciones de las llamadas *casas de compromisos*, etc., seguidos de uno ó más *ganchos*, cínicos mozuelos ó jóvenes, bien aleccionados, y observan á los que entran y salen de tales sitios. Si el observado le parece un cándido bien dispuesto para sus fines, hace la seña convenida á uno de sus ganchos, el cual se introduce en el urinario procurando colocarse al lado de la futura víctima, y procurando también entablar conversación, y á los pocos momentos se presenta el timador enseñando una medalla semejante á las que, como distintivo de su cargo, llevan los verdaderos agentes de vigilancia, y le ordena, lo mismo que al *gancho*, que le sigan al Gobierno Civil ó á la Delegación, pues acaba de sorprenderlos cometiendo actos inmorales. No necesitamos decir que por lo regular el detenido protesta enérgicamente, acudiendo entonces otro de los timadores en auxilio del primero, fingiéndose asimismo individuo de *la secreta*, y ayudándoles el gancho que, contestando á las preguntas, lloroso, relata la lección que tiene aprendida; y la víctima, temiendo un escándalo público que redundaría en su perjuicio, se deja conducir. Por el camino despliega el timador la que en la *jerga* de la hampa se llama *labor fina*, es decir, da la coba al que quiere timar, manifestándole que siente el haber tenido que detenerle, pues por una debilidad humana le impondrán 500 pesetas de multa, y además darán su nombre á la prensa, sin que él perciba ni un céntimo, á pesar de lo exiguo de su sueldo, y dejando deslizar hábilmente la insinuación de que podría arreglarse con beneficio de ambos. Son pocos los que ante el temor de un escándalo, por inicua y falsa que sea la denuncia, no aflojen la bolsa, que es lo que busca el timador. Si aquél no se intimida y cae en el lazo, el timador ya tiene pensado lo que ha de hacer para evitarse las consecuencias

de su tentativa. Pero... dejemos este timo, que es de los más repulsivos, omitiendo expresar ciertas particularidades y lo que acontece en las casas de mala nota, y cuya frecuente repetición da lugar á toda clase de juicios y suposiciones.

El *timo* por el procedimiento del *cambiado* es otro de los más practicados, y asciende desde los sitios de las poblaciones donde en los días festivos y de ferias se reúnen para divertirse individuos de las más humildes clases sociales, representado, entre otros, por el *tirador de ochavos*, hasta las más suntuosas platerías y joyerías, en las que hacen sus compras personas de más elevada posición, y toma los nombres de *timo de la pulsera*, *del aderezo*, *de los brillantes*, *de la perla*, etc., y se presentan los *timadores*, entre los que tiene buena representación el bello sexo, vistiendo elegantes trajes, pero aunque aparentemente difieren de sus congéneres, en su esencialidad son los mismos. El *timo del cambiado* es uno de los que pueden calificarse de universales, y como prueba de ello, aun cuando nos hemos propuesto prescindir de los *timos* más vulgarizados, porque su relato carecería de interés, y porque la psicología de tales malhechores no difiere de la del *estafador*, diremos que en las crónicas judiciales de todos los países aparecen casos numerosos de tal timo, el cual consiste, como su nombre lo indica, en cambiar ágilmente, con suma destreza, la alhaja buena por otra igual, pero falsa, que al efecto el timador lleva preparada.

Por más que se trata de otro *timo* también conocidísimo, y que se ha dicho ser originario de España, haremos alguna indicación respecto á una sociedad de *enterradores*, establecida en Madrid con una organización completa, que buscaba sus víctimas en el extranjero, especialmente en Méjico, Alemania y Francia, demostrando sus miembros una astucia y un perfeccionamiento en el arte del engaño llevados al último grado; sociedad que, después de repetidas quejas de los cónsules, fué sorprendida por la policía en Abril de 1905. La existencia de esta sociedad no contradice lo que hemos dicho al ocuparnos de la extensísima que, en tiempos ya muy lejanos, funcionó en Londres. En España, rara vez los timadores se asocian, en el verdadero sentido de la palabra: se

agrupan varios individuos, nunca muchos, para fines determinados, pero nada más. Por eso la sorprendida en Madrid, en la calle de Cuchilleros, es digna de mención por apartarse de la regla general. El *timo del entierro*, como el de la *carta*, y algún otro, se han llamado, con razón, *timos carcelarios*, porque en tales establecimientos, aparentemente destinados á la corrección y al castigo de los delincuentes, encuentran su principal albergue, y en los presos y los penados el mayor número de sus cultivadores. En la sociedad á que nos referimos se vislumbra esta sombría silueta, y en sus directores lo que hace la instrucción cuando se une á la falta ó á la perturbación del sentido moral.

El *cuento* era el de siempre, con algunas variaciones accidentales. Como decía uno de los periódicos que se ocuparon del hecho, «los estafadores se dirigían á súbditos extranjeros, contándoles la historia del banquero ó del revolucionario emigrado, que había dejado enterrada una maleta con cuantiosa fortuna. Se necesitaba hacer gastos para rescatar el capital enterrado, invertir algún dinero, y con esto las riquezas pasarían al poder del que facilitase económicamente la labor». A éste ó parecido relato acompañaban documentos oficiales, testimonios de sentencias, por supuesto apócrifos, para confirmar la verdad de cuanto referían.

La sociedad timadora tenía una organización muy buena, con sucursales y agentes, y al intervenir la policía encontró en las oficinas á varios individuos que estaban escribiendo cartas, documentos, etc., y entre otros efectos ocupó sellos y gran número de impresos de centros oficiales que utilizaban para los *timos*, y en un armario bastantes cartas que contestando á las suyas habían recibido de varios países. Entre los detenidos lo fueron el que llevaba el apodo de *El Italiano*, y que figuraba como jefe ó director de la sociedad, el *carterista* García, el secretario González, el dependiente Herrero y tres mujeres.

Otro *timo* que se manifestó hasta en épocas las más remotas y por el que nos vamos alejando de los bajos fondos de la criminalidad, y que tiene bastante conexión con ciertas llamadas *agencias de colocaciones*, es el que con audacia, des-

parpajo y astucia muy notables vienen realizando individuos de ambos sexos, atribuyéndose amistad íntima y grande influencia con altos funcionarios y elevados personajes, y vendiendo su protección. En este *timo* no varía el malhechor en su esencialidad: siempre es el *estafador* con sus cualidades y caracteres. Únicamente son otros el medio social y, permításenos decirlo, el traje.

Para dar á conocer semejante *timo*, escogemos uno por ser una señora la que lo practicaba y por las circunstancias y forma en que estuvo repitiéndose por algún tiempo. Algunos meses antes al de Abril de 1904, eran recibidas en los Ministerios bastantes cartas que aparecían firmadas por una señora que decía llamarse María Crehuet, haciendo alarde en algunas de ellas de no poca familiaridad con las personas á quienes las dirigía, y solicitaba que le concediesen destinos, ya para un pariente, ya para un amigo y hasta para supuestos protegidos. El Ministro de la Gobernación fué, desde que tomó posesión del cargo el Sr. Sánchez Guerra, el preferido por la *timadora*, acostumbrando á decirle en ellas: «Supongo que recibiré pronto la credencial, que recordará me prometió, para entregarla á la persona á quien deseo servir». Cuando comenzaban á hacerse las oportunas investigaciones en averiguación de quién era la María Crehuet, se presentó en el Ministerio un sujeto con una carta de ella, en la cual casi exigía al Ministro una credencial de inspector del Timbre, y le recordaba no echase en olvido la de jefe de Higiene de Barcelona.

Dicho caballero puso en claro el asunto, y para que fuese encontrada la *timadora* entregó dos billetes de 50 pesetas para que se diesen á su protectora, con una seña especial en cada uno de ellos, al efecto de demostrar que eran en pago del *negocio*. Así pudo ser detenida. Sus señas eran las siguientes: muy alta, morena, facciones muy abultadas, vistiendo con elegancia y siempre de luto.

Pero dejemos ya á los *timadores* y á los *timos*, pues á nuestro objeto basta lo expuesto. Mas antes de penetrar en otras regiones de la *estafa*, haremos algunas indicaciones respecto á las que la prensa extranjera, pues en Suiza y Fran-

cia fué donde más ejercitaron sus mañas, denominó *timadores elegantes* ó del gran mundo.

En una de las principales estaciones de Niza, en el mes de Noviembre, cuando todos los invernantes y jugadores pululaban, fué cuando la policía tropezó con esta cuadrilla de *timadores elegantes*, que ya habían repetidamente ejercitado sus mañas, y derrochado en grande en los casinos y hoteles de la Costa Azul, donde se reunían, también para jugar, numerosos individuos de ambos sexos de la llamada aristocracia, sin que ni siquiera se hubiese sospechado que no eran lo que aparentaban. El primero que receló y les siguió la pista fué un policía alemán, á quien habían *timado* todo cuanto dinero y alhajas llevaba, y que de sus investigaciones dió conocimiento á sus compañeros de la policía francesa. Sus *timos* eran variadísimos, de todos los géneros y muy bien arreglados, pero el principal de ellos estribaba en las trampas ó estafas del juego, para lo que disponían de gran variedad de ruletas, barajas, mesas y otros utensilios apropiados á sus fines. Uno de los *timos* que habían practicado y seguían practicando tenía lugar en las carreras de caballos, y era el denominado del *cheval mort*, para el cual se distribuían en los principales hoteles, haciendo atmósfera en pro de determinados caballos que manifestaban ser favoritos, y á última hora intervenía un tal Martín, jockey retirado, de grande autoridad, que defendía á un caballo, precisamente aquel con el que se iba á hacer el negocio. También, pero sólo por excepción y en los malos tiempos, actuaban de aventajados cartelistas. Los corredores que recogían el dinero de las apuestas eran también de la pandilla, y su jefe principal lo era un inglés. Sus modales, su educación, su trato, sus trajes, los lugares que frecuentaban, los hoteles en que vivían, todo favorecía sus propósitos, facilitando los engaños. Así multiplicaron los *timos*, así vivieron cual grandes capitalistas y así hubieran seguido á no tropezar con el policía timado. Entre los *timadores* y los grandes *estafadores*, y para cerrar este ya demasiado extenso capítulo, nos ocuparemos, aunque brevemente, del célebre Jorge Manolescio, que por sus numerosos *timos*, por la audacia y el ingenio que reveló en ellos,

y por otras circunstancias y cualidades verdaderamente extraordinarias, fué considerado como el *rey de los timadores*, refiriendo su vida en el año 1905 la prensa de casi todas las naciones, sin exceptuar la nuestra, pues en ella hizo una muy buena narración, que nos sirve de guía, el distinguido periodista Sr. Montero.

Jorge Manolescio es uno de los tipos más marcados, no sólo del timador, sino del malhechor *nato-profesional*, pues ya de niño comienza la serie de sus aventuras y delitos, y antes de llegar á los treinta y cuatro años de edad eran innumerables los que había realizado, enlazando los unos con los otros y perfeccionándolos progresivamente. Abandona el gimnasio en que se educaba y se alista en Harêse; comete una falta digna de castigo, y es puesto en prisión; se fuga de ella encaramándose al tejado y descendiendo por un poste del telégrafo; se refugia en Constantinopla, dedicándose á la venta de cerillas, pipas y pañuelos; después de intentar suicidarse y de permanecer algún tiempo en el hospital, curándose la herida que se produjo, fué llevado por su familia á París para que estudiase el Derecho, asignándole una pensión mensual de 300 francos, la cual no le bastó, ni con mucho, para sus gastos, vicios y caprichos; y entonces, siguiendo los impulsos de su malvada naturaleza, y no bastándole los pequeños timos, resolvió obrar en grande escala.

Para ello se preparó y adiestró convenientemente. Siendo todavía un mozalbete inició la serie de sus nuevos delitos, empleando el siguiente procedimiento, en el que, formando un todo con el timador, se descubre al tomador ágil y experto, y que le produjo resultados fabulosos, pues en diez y ocho meses lo repitió en treinta y una joyerías, llevándose alhajas que le depararon 540.000 francos, viviendo con grande fausto y boato, hasta que, descubiertos sus timos y hurtos, fué preso y absuelto por considerarle afecto de locura, que supo fingir con extraordinaria habilidad, encerrándole en un manicomio, del que no tardó en fugarse. He aquí su procedimiento, tal cual lo practicó en la primera joyería: «Dirigióse al comercio, que lo era de piedras preciosas—dice el periodista citado,—fingiéndose deber comprar dos bri-

llantes para el regalo de unos pendientes para su hermana. Mientras el joyero buscaba las dos piedras que casasen, el timador tomaba una para examinarla y ocultaba otra entre los dedos. Después acercaba la piedra á los labios para humedecerla con el aliento, ínterin se metía en la boca la robada. Luego simulaba un repentino golpe de tos, sacaba un pañuelo y escupía dentro, arrojando la joya»

Esta forma de *timo*, que puede referirse al entre nosotros conocido por el del *cambiazó*, lo repitió con éxito y muy fructuosamente, como hemos dicho, muchas veces.

Otro *timo*, que merece también citarse, fué el de que hizo víctima á un hebreo establecido en Filadelfia, y cómplice suyo, pues retenía siempre los hurtos que había realizado en hoteles de diversas ciudades. Va á buscarle, y fingiendo no acordarse de su mal comportamiento, le ofrece un valioso collar que había sustraído durante el viaje. «El hebreo quedó atónito, pero no quiso pagar mucho, y regateó. En lo mejor de la plática nuestro héroe induce al encubridor á fumar un cigarro que había rellenado de opio. El viejo israelita cae en el garlito y entra en profundo sueño. Manolesci dase prisa en hacer tabla rasa de todas cuantas alhajas le vienen á mano, y con los valores de casi un millón toma las de Villadiego, por saber que el robado no le demandará por temor.»

No seguiremos refiriendo sus innumerables hurtos y timos; únicamente diremos que, según los datos publicados, pasan de 200 los hurtos que realizara, siendo incalculables los timos; que obtuvo un provecho próximamente de siete millones de francos; que pasó seis años de su vida en las cárceles, y que todavía joven, establecido en país americano, disfrutaba aun no hace mucho tiempo, en apariencia tranquilo, de sus tan mal adquiridas riquezas.

MANUEL GIL MAESTRE.

(Continuará.)

POESIAS

La gruta del monje.

I

¡Adelante, no rendirse!
¡Adelante sin desmayos!
Llegad presto, decididos,
á la gruta que es guarida del endriago.
Venid, hombres. Todos juntos;
id apriesa hasta el monte solitario,
con las hachas encendidas los más débiles
y las armas vengadoras los más bravos.
¿Qué sucede? ¿Por qué huyen
de la cueva cavernosa del Calvario?

Es un monte;
es un monte tenebroso y solitario,
y en el fondo del bosque, que solloza
cuando el viento se desata arrebatado,
se adivina la figura leve, leve,
de un apóstol, con su túnica de blanco.

Y los pechos de los hombres
se han abierto, sin quererlo, al sobresalto,
y en el tétrico silencio,
se han sentido,
se han sentido anonadados.

La silueta se dibuja
y hacia el grupo de adalides va avanzando;
y el ejército se apiña

y se inicia en retirada acobardado,
con las hachas encendidas los más débiles
y las armas vengadoras los más bravos.

—
Es un monje;
lentamente y majestuoso va avanzando,
mientras dice unas palabras de dulzura
que ha aprendido en su breviario.

Y los hombres han temido
de este apóstol de la túnica de blanco;
y han huído con presura,
por el miedo,
por el miedo amedrentados.

—
La comarca está intranquila
y maldice de la gruta del Calvario,
que es la cueva cavernosa
donde habita en maleficio el fiero endriago.

II

Y en la cueva
goza en calma un ermitaño,
en la paz que anhela el alma
de los santos,
mientras dice unas palabras de dulzura
que escuchaba cuando niño en el regazo,
y después ha visto escritas
en los viejos pergaminos del breviario.

Pastoril.

Al borde de un regato que hay en la sierra
hila y canta entre flores una pastora,
y la música dulce de una vihuela
arrulla en sus amores á esta paloma.

Paloma que en los riscos de mis montañas
hará el nido más bello que haya en la tierra,
que amores los que nacen dentro del alma
Dios desde las alturas los hermosea.

Su pastor es un mozo de tez morena
que no sabe contarla cuatro palabras;
por eso se las dice con la vihuela,
por eso alegre silba, por eso canta.

Y ella, que bien lo sabe, tanto le adora,
que ya sin sus quereres se moriría;
y él guarda en su pechazo, para ella sola,
un amor hondo y puro, que es su alegría.

Y alguna vez á solas la pastorcilla
se pone á hablar consigo de esta manera:
— ¡Le quiero tanto, tanto, que él es mi vida,
y á nadie envidio, á nadie, siendo de él dueña!—

— ¡Reina, me dice á veces, si es que me habla,
y yo al escuchárselo no sé qué siento!...
Me da tanto retozo con sus palabras,
que sin hablar le digo: ¡Cuánto te quiero!—

Y el pastor, cuando á solas en la alta sierra
da en pensar cuánto quiere á esta pastora,
dice bajo, muy bajo:— ¡Vaya si es buena
la que ha de formar pronto conmigo choza!—

Y á los atardeceres, si es que al aprisco
tornan con los rebaños, se encuentran siempre,
y juntos charlotean por el camino,
que se les hace corto: ¡tanto se quieren!

Y así pasan la vida llenos de gozo,
estos dos pastorcillos de mis montañas,
pensando á todas horas uno en el otro,
que es el vivir queriéndose como Dios manda.

Deseo.

Por aquella cruz tan santa
 en que Cristo fué clavado,
 ven á este lecho de muerte
 en que suspiros exhalo.

Quiero por última vez
 verte en la tierra á mi lado,
 quiero ver que tú me miras
 con ojos desconsolados;
 quiero recibir el último
 beso, de tus puros labios.

Violeta.

Abrileñas son las flores
 primeras que el campo esmaltan;
 son flores que acaso un día
 tan sólo viven lozanas,
 que los fríos heladores
 las marchitan y las matan.

—

Abrileñas son las flores
 que los amores esmaltan;
 mueren al primer suspiro
 de las brisas y las auras;
 el rocío delicioso
 las quema cuando las baña,
 y con los rayos del sol
 se mueren extenuadas.
 Las flores de los amores,
 al morir, la vida matan
 de los que el amor codician
 para ensueño de las almas.

—

¡Mis amores ya no viven
en el pecho de mi dama!
¡Los suyos vivirán siempre
en mi alma enamorada!

—
Cariño el que yo te guardo
es firme porque es del alma;
cariño el que tú me tienes
es como cruz en el agua.

Noche de ronda.

Ya están los mozos dispuestos,
ya están listas sus guitarras
y las manos deseando
de templarlas y tocarlas;
ya sólo esperan la luna
que, dando á la noche galas,
presida á los rondadores
de mozas enamoradas.

Noche de intranquilidades
para la moza que aguarda
y no llega un rondador
á acercarse á su ventana.

Noche de vanos delirios
para la moza agraciada
con las coplas de la ronda
y el rasgar de la guitarra.

Noche de amores que nacen,
noche de amores que acaban,
noche de amores hermosos,
noche de amores que matan,
de alegres cantares noche
y noche de tristes ansias.

Noche de ronda, es de ruidos,
de jaleos y algazaras,
noche del más puro amor,

del amor que ríe y canta;
que el amor y la alegría
algunas veces se hermanan.

¡Llevas y traes desengaños
entre risas y entre lágrimas...
risas que el vivir endulzan,
llantos que el vivir amargan!

—
Bendita sea la ronda
que está al pie de la ventana,
donde una moza se esconde,
donde una moza se guarda
y llora de honda alegría
y suspira por quien canta
coplas de un amor sincero,
porque es nacido del alma...
y le reza á San Antonio
no sé qué antiguas plegarias,
para que le sea fiel
el que es mozo de sus ansias;
moza que escucha las coplas
y se pone colorada,
y eso que si alguien la ve
es el Angel de su guarda,
que está muy cerca de ella,
tras la chiquita ventana...

Pero maldita la ronda
de estas tierras castellanas,
que de las mozas se olvida
ó canta coplas ingratas,
y enturbia unos ojos negros,
y mata las esperanzas
de las mozas casaderas,
porque sus amores mata,
que nacieron, como el sol,
al beso que le da el aura.

Esa ronda no es la ronda
de esta tierra tan hidalga,

ni sus mozas llevan sangre
de mujeres de mi patria...
¡Malditos sean los mozos
que traen á las mozas lágrimas!

—
Ronda que el vivir endulzas
de la mujer castellana;
yo entre tus mozos seré
acaso el que menos valga,
pero cuenta con las coplas
que de mi garganta salgan.

Y esa que va por el pueblo,
ronda de coplas que matan,
yo te maldigo, y no esperes
tonadas de mi garganta,
que yo no canto miserias
ni aplaudo vuestras hazañas,
que sólo traen amarguras
á las mozas castellanas.

Mi ronda será la ronda
que cante como Dios manda,
coplas honradas, nacidas
en el fondo de mi alma;
y nunca será la ronda
que cante coplas ingratas,
que en mi pecho no han cabido
nunca ideas de venganza.

Una limosna.

El sol, lento, resbalaba sin amores
por las frías latitudes de los cielos,
y según las lobregueces del crepúsculo
envolvían á la tierra con las sombras del misterio,
heladora la llovizna,
azotaba flagelante con su látigo de hielo,
á los pobres que ateridos y encorvados

caminaban silenciosos hacia el pueblo,
con el fuego de sus odios en el alma,
con el frío de sus hambres en el cuerpo.

Descendían taciturnos, abismados,
melancólicos y tétricos,
la mirada fija, fiera, interrogante
en un punto de lo lejos,
y más lejos, mucho más que el de sus ojos,
el sondar rebelde y grave de sus negros pensamientos.

Va la mísera cuadrilla
por la línea tortuosa del sendero,
con los cuerpos abatidos
por la carga que de leña recogieron,
sigilosos y furtivos de los montes
para dar calor, que es vida, á sus fríos, pobres cuerpos.

Van los míseros humanos
avanzando silenciosos hacia el pueblo,
con el germen de sus quejas acalladas
en las celdas más ocultas del cerebro,
con la rumia de sentires que hermanaron
en un falso, aciago beso,
del que surgen dudas hondas
y fatídicos deseos...

Y así marchan unos hombres
por la paz del campo yermo;
con las ansias de sus odios en el alma,
con sus mansas inquietudes en el pecho.

Yo también marchó al poblado
que se yergue pardo y pobre sobre un cerro;
voy buscando una guarida,
y ya en ella, que me dejen acercarme al dulce fuego.

Voy pensando en otras cosas;
yo no pienso como ellos,
yo me abismo en otras penas
porque estoy de mis amores ¡ay! muy lejos...

—
Yo he sentido la amargura más intensa
que sintiera ningún pecho;

la he sentido en esa tarde en que la nieve
con su armiño immaculado tapizaba todo el suelo,
en la tarde en que el sol pálido, sin vida,
resbalaba por las hondas latitudes de los cielos.

¡Yo he sentido, yo he llorado mi pobreza
esa tarde asoladora del invierno!

Nos hallamos frente á frente
azotados en los rostros por el agua y por el viento;
nos hallamos en el campo
silencioso, frío, muerto,
y del grupo miserable, una voz triste
así hablóme con sencillo, con ingenuo sentimiento:
«Dad, hermano, una limosna;
caridad y compasión, hermano nuestro,
que la muerte nos acecha
y nos sitia, y es seguro ha de vencernos.

Nuestros hijos, nuestras vidas,
al llegar á nuestras chozas, cual lobeznos,
piden pan para sus hambres,
¡sólo pan para las hambres de sus cuerpos!

Dad, hermano, una limosna;
dadnos pan, hermano nuestro,
dadnos pan y que os lo premie
el Señor que está en los cielos.»

—
Yo les diera, yo les diera si tuviese
todo el trigo de los más ricos graneros.
Yo les diera los manjares más sabrosos
de festines opulentos,
y un hogar que fuera nido
de sagrados bienestares y de amores y de besos.

Yo quisiera las delicias, las venturas
y los goces de los mundos ofrecerlos,
porque quiero á mis hermanos
y á los pobres y á los tristes más los quiero.

¡Pan me piden en las ansias
y en las hambres tan voraces de sus cuerpos,
que la muerte los acecha,

y es seguro, y es seguro ha de vencerlos!

¡Sólo pan en sus miserias me suplican,
sólo pan para su hogar, que está sin ello!
Lo demandan quejumbrosos y cristianos
por el Dios que está en los cielos...

Y el pan blanco que llevaba,
un pan blanco de ciudad, fué para ellos.

—

Yo os suplico, poderosos, ricos, fuertes,
que os sirváis compadeceros
de los míseros hermanos
que pan piden para el hambre de sus cuerpos.

Yo os suplico, yo os suplico una limosna;
yo os la pido, yo la ansío para ellos,
y os la pido con palabras de cristiano:
por mi Dios, que os lo bendice y os lo premia de-de el cielo.

JOSE RINCÓN LAZCANO.

NUESTROS NOVELADORES

JOSÉ M. MATHEU

«La vida es una sombra que pasa», ha escrito en sus *Memorias* el insigne autor de *L'enfance de Crist* y de *La damnation de Faust*. Convengamos, sí, con Héctor Berlioz, que la vida, esta vida tan amarga, tan triste, tan llena de dolores para el mayor número de los humanos, es una sombra que pasa. Aprisionar esa vida que se escapa fugitiva y mostrarla después con una vida nueva, no tangible, sino irreal, en las columnas de los periódicos y en las páginas de los libros, ésta es la tarea—laudable tarea cuando se realiza noblemente, con grandeza de alma, con elevación de espíritu y con miras supramateriales—del novelador.

Novelar, es decir, reflejar lo que se ha visto con los ojos de la cara, ó con los de la imaginación, creación intensa, honda, que ha inmortalizado á tantos insignes maestros de la literatura. Y es preciso no confundir esta inmortalidad, que supone el reconocimiento de un talento ó de un genio por las generaciones que en el deslizarse perpetuo de la vida han sustituido á las coetáneas del autor ensalzado, con el triunfo fácil, pasajero y efímero, adquirido á poco precio, y tan deleznable y tan inconsistente que se pulveriza con igual facilidad que se modeló.

Noveladores existen que han logrado un éxito popular y franco en la apariencia, y aun acaso en el fondo sincero, que se han conquistado la estimación y con ella los favores del veleidoso público, que despachan los rimeros de ejemplares en un momento, que dan salida á ediciones en lapsos de

tiempo brevísimos. ¿Cómo han obtenido estos noveladores tal popularidad, cómo han conseguido ocupar un puesto indisputable entre los compañeros de profesión, cómo han impuesto una firma? Varios, muy diversos pueden ser y de hecho han sido los procedimientos que para llegar á este resultado ha habido que poner en práctica, pues para nadie es actualmente un secreto que el nombre y la popularidad no se adquieren solamente por los propios méritos literarios y artísticos del autor—que el nombre y la popularidad no se adquieren por los propios méritos literarios y artísticos del autor. ¡Cuántas, cuántísimas veces, circunstancias accidentales influyen más decisivamente en la consolidación de una reputación y en el triunfo de una obra que el valor intrínseco de ella! Así—por vía de ejemplo y no con engorroso carácter dogmático—un orador político, sobre todo si milita en las filas de la democracia, un *causer* ameno que regocija á un auditorio deseoso de escuchar sus ingeniosidades, un espíritu frívolo y banal en sus conversaciones, un adulator de las personas que más ó menos mediatamente pueden ejercer una acción decisiva por el triunfo de una obra, tienen en su favor un 90 y en múltiples ocasiones un 95 por 100 de probabilidades de éxito sobre el hombre apolítico ó superpolítico—acaso, no acaso, indudablemente, en el superpoliticismo pueden hallarse algunos rasgos característicos de la superhombria nietzschiana, —sobre el retraído, el alejado, sobre el que gusta poco ó detesta mucho estas amistades periféricas ó estos conocimientos epidérmicos, tan del agrado de las gentes frívolas, y sobre el que en su sacratísima independencia y en su tres veces santa rectitud de espíritu se niega á sembrar á manos llenas, sin ton ni son y en grandes cantidades, lisonjas y adulaciones, esperando que á la hora de la recolección se traduzcan en recompensas los favores prodigados anteriormente. Y si no fuera porque ya vivimos curados de espantos y casi anestesiados, nos resultaría doloroso pensar que el contrato de la Roma pagana: *do ut des, do ut facias, facio ut des, facio ut facias*, tenga actualmente constante aplicación en la vida, y sirva, como sirve, para aquilatar méritos y para forjar reputaciones de dudosa solidez.

Sí; indiscutiblemente es necesario, si se quiere llegar al triunfo, hablar alto, toser recio, pisar fuerte, carraspear ruidosamente y, si esto no basta, chillar, gritar, patear, repartir codazos, repetir siempre, por medio de los amigos, por medio de los órganos de publicidad, por todos los medios de que se pueda echar mano—el maquiavelismo justifica esta conclusión—el nombre y los méritos personales. El público es así. Ya decía Wilde en sus *Intentions*: «El hombre creará en lo imposible, nunca en lo improbable». Y como es imposible, aunque sí probable, que algunos de los señores que lanzan obras al mercado intelectual tengan talento, de aquí que, á la aparición del libro, los amigos, los admiradores anticipados y, con ellos, el soberano público, reconocen y declaran los recónditos merecimientos del para ellos inevitable y fatalmente autor genial. Este triunfo dura un día y se extingue con los resplandores del sol poniente; pero ¿qué le importa al autor—que es á quien debiera importar—lo falso y efímero de su éxito, si la gran vanidad que le consume ha quedado satisfecha por una temporada?

Claro que esto nada tiene que ver con el arte y que los que se conducen de esta manera nada tienen de artistas. Leed, en demostración de ello, la última palabra que acerca del particular se ha escrito. Ruskin es el autor de ella. Y conste que no se debe admitir esta verdad como artículo de fe porque la haya desenvuelto Ruskin; no, antes al contrario, Ruskin, que comprendía la vida con un espíritu superior al de todos los que le rodeaban y la veía con una clarividencia insuperable, la escribió porque era una verdad. «¿Es para vosotros lo primero el arte?—escribió el gran sociólogo y crítico de arte inglés.—Luego sois artistas: podéis ser, después que hayáis hecho dinero, miserables, usureros; podéis ser, después que hayáis labrado la fama, envidiosos y soberbios y desventurados y viles; pero, sin embargo, mientras no inutilicéis vuestra obra *sois artistas*. Por otra parte: ¿es para vosotros lo primero el dinero ó la fama? Entonces podéis ser muy caritativos con vuestro dinero, y muy graciosos en la manera de emplear vuestra reputación, y muy cortes para con los que están debajo de vosotros y muy acep-

tables para los que estén sobre vosotros; pero *no sois artistas*. Sois mercaderes y ganapanes.» Después de estas palabras nada tengo que añadir.

*
* *

José M. Matheu, y como él Armando Palacio Valdés, es un artista sincero, enemigo del bullicio, retirado de los cenáculos de donde emergen súbitamente reputaciones, glorias y genios; no adula á la plebe—y conste que amplifico la extensión, en este caso restringida, que tiene la palabra griega *demos*, pues en el elemento llamado intelectual hay también bastantes plebeyos, plebeyos intelectuales; — no cultiva el campo de la actualidad, terreno abonado en el que se cosechan ópimos frutos; no adula, conserva siempre y en todos los momentos su santa independendencia. Aquí puede hallarse, sin necesidad de ser un nigromántico ni un zahorí, y sí, solamente, discurrendo con lucidez—bien es verdad que la lucidez es patrimonio de muy pocos humanos,—la razón de su escasa popularidad. Y, sin embargo, Matheu es un novelador de los de la buena cepa; *La gran nodriza* y *Gentil caballero* bastarían para acreditarlo si, como antes he dicho, no influyeran cincuenta mil causas independientes de los merecimientos personales en la forjadura de eminencias y en la consagración de genios. Porque José M. Matheu sabe mirar y sabe ver. Saber mirar, saber ver, ¿no es de esta simple operación fisiológica de donde radica la mitad de la ciencia que envanece á la humanidad? Sí; de aquí una mitad y la otra del azar, de la casualidad, de lo imprevisto. Además Matheu posee una retentiva envidiable y empleando la estereotipada frase que inevitablemente reproducen todos los antirretóricos manuales de retórica y preceptiva literaria de texto en los Institutos, «un conocimiento profundo del corazón humano». Su mirada penetrante ha sondado en el fondo de la vida, de esta vida que no parece tener otra misión sino la de verter sin interrupción dolores vulgares y miserias prosaicas para proporcionar temas á la novela naturalista.

Si á esto se agrega que posee el talento necesario para des-

gajar todo este elemento vulgar y prosaico que informa la existencia cotidiana, ó para depurarlo y quintaesenciarlo haciendo que emerjan de las cosas vistas en la vida, conservadas en el cerebro y purificadas en el crisol del buen gusto, páginas en las que la plasticidad y el relieve, conjuntamente con el sentimiento de lo real, aparecen siempre triunfantes, y que además domina como maestro consumado la técnica y maneja de modo admirable la trabazón arquitectónica y cuanto afecta al aspecto formal de la novela, ya se han dado todos los rasgos para fijar y definir en lo que tiene de saliente y característico la personalidad de J. M. Matheu.

Las personas que tejen la trama de sus novelas no son fantasmas creadas por la fantasía del autor, sino personas de carne y hueso con las que nos tropezamos á diario en la calle, en el paseo, en la iglesia, en las visitas, en los teatros. La acción camina paso á paso hacia su desenlace; los sucesos se desenvuelven límpida, clara, transparentemente, sin saltos peligrosos, ni transiciones bruscas, ni recursos folletinescos. Todo es natural, flúido, todo vive en un ambiente humano, acciones, pasiones, sentimientos. Yo he pensado al leer algunas de sus obras y al contemplar algunos de los tipos por Matheu creados en los que viven en las novelas de Pérez Galdós y he creído que podían someterse con la frente alta á la comparación; de fijo aquéllos no irían á la zaga de éstos. Tales, entre otros, el *gentil caballero*, Florencio de Antuñano, cortés, galante, correcto, impecable, y D. Rogelio Gómez Galiana, personaje de *La gran nodriza*, huraño, intratable, canalla, cínico, dominador.

Algún leve defecto puede hallársele en el descuido del estilo. Decir que es un estilista consumado, un refinado purista ó un parnasiano perfecto sería faltar á la verdad. Y este abandono en la parte puramente externa, compensado con creces con la cantidad de observaciones acumuladas y con el sentido de la vida que palpita en toda su producción, tiene una justificación fácilmente justificable. Las palabras fluyen fáciles de la imaginación y son trasladadas al papel fielmente, sin refinamientos ni exquisiteces; pero ¿qué importa esto si, aunque exentas de retoques, poseen una morbidez que su-

ple lo que sin ellas pudiera ser un defecto, atendiendo á ciertas meticulosidades?

José M. Matheu, que figura brillantemente como novelador insigne, por una lista extensa de obras, entre las cuales resaltan por su valor cualitativo, además de las dos citadas, *Marrodán primero* (costumbres políticas) y *Carmela rediviva*, ha sabido pasear un espejo á lo largo del camino, según la frase de Henry Beyle, y ha tenido el talento de recoger las imágenes en él reflejadas de todos los viandantes de la vida que por el camino han pasado. Saludemos, pues, con admiración y respeto al insigne novelador José M. Matheu.

JOSÉ SUBIRÁ.

MANCHA NEGRA

El Excmo. Sr. Director general del Instituto Geográfico y Estadístico, D. Ángel Galarza y Vidal, nos ha favorecido con el libro *Censo de la población de España en 31 de Diciembre de 1900* y, al agradecerle su estimable atención, no sólo hemos de dedicar á la obra el elogio que merece, alabanza de poco valer en nuestros labios, sino que, en lo que respecta á nuestra provincia, la hermosa y amada Baleares, más bella cuanto más se aleja uno de sus encantadas playas, nos permitiremos aportar al interesante asunto de su cultura elemental algunas consideraciones nuestras, basadas, según es verdad, en los datos aportados al dominio público por el citado libro, con lo cual no nos proponemos hacer otra cosa sino sencillamente realizar en pequeña parte la labor que la Dirección general sugiere é indica á los hombres de buena voluntad, al abandonar en el provechoso campo del estudio tan importante trabajo, para que, poniendo en parangón los detalles que su libro encierra con los de igual naturaleza de los países extranjeros; eleven el espíritu á meditaciones de alguna transcendencia.

Según la estadística de la población de Baleares, en 1900 constaba ésta de 150.739 varones y de 160.910 hembras, ó sea un total de 311.649 habitantes.

De éstos, sólo 71.584 sabían entonces leer y escribir, siendo el número de analfabetos, inclusión de los niños, tenida en cuenta, 240.065, ó sean 107.831 varones y 132.234 hembras, de manera que el conjunto de los incultos equivale al 77 por 100 de la totalidad, dato, en verdad, muy poco satisfactorio para nosotros los baleares, puesto que de las provincias de la Península, cuyo atraso á menudo lamentamos, sólo cuatro nos van á la zaga, Almería, Málaga, Jaén y Granada,

por este orden, y otras nos aventajan muy marcadamente, en especial Palencia y Burgos, que sólo cuentan el 40 por 100 de analfabetos entre sus respectivos habitantes, Madrid 36 y Álava sólo 34, que es la que representa la hegemonía elemental de España, por la cual merece mil plácemes.

Tampoco dice gran cosa en nuestro favor el hecho de haber aumentado algo el número de los que saben leer y escribir en nuestra provincia en el lapso de cuarenta años, según el estado comparativo á nuestra vista; pues aparte de que este avance es un fenómeno natural en la progresión de los tiempos en todos los pueblos civilizados, muchas provincias nos aventajan, pues desde 1860 á 1900 sólo hemos mejorado un triste 7 por 100.

En mucho menos tiempo, treinta años, el Gobierno del Japón ha hecho desaparecer en absoluto de aquel país la falta de instrucción: verdad que allí hubo para lograrlo voluntad y energía, como lo prueba aquella célebre proclama digna de ser memorada en letras de oro, del actual Emperador, diciendo: que en lo futuro no debería haber en el imperio un solo japonés que fuera analfabeto. Evidente es que en el resultado gráfico de las provincias sobre esta materia influye grandemente lo que dan de sí las poblaciones y habitantes de los campos, por lo común más atrasados que los de las capitales en este respecto. Así vemos que Palma en sí misma sólo cuenta el 62 por 100 de analfabetos, mientras que como integrante de la provincia marca 77, ó sea con un demérito de 15 por 100. Sigue á Palma Mahón, capital de Menorca, con el 66 por 100 que no saben leer y escribir, y después Ibiza, también capital de la isla de su propio nombre, que como excepción resulta con proporción igual, tanto en el campo como en la ciudad, lo cual es notable y muy probable que sea á causa de que su población rural es poco densa, poco numerosa.

Por este ligerísimo bosquejo se demuestra cuánto nos falta que hacer para alcanzar el puesto á que han llegado otros pueblos cultos, y en esto nos referimos no sólo á Baleares, sino á la Nación entera.

Varias son las causas de nuestro atraso: las contiendas y

continuas guerras en que nuestro país ha perdido en tantas ocasiones sus hombres, su tiempo y su dinero, no son de las menores. Desde luego podemos afirmar una verdad que no corre peligro de ser puesta en entredicho: la de que, á consecuencia de nuestras premuras y deudas cuyo servicio tenemos que satisfacer, apenas podemos dedicar exiguas sumas al ramo de la Instrucción pública, sumas que, en comparación con las que invierten otras naciones en este importante ramo, resultan ridículas.

Pero así y todo, si se quiere fomentar de veras la enseñanza elemental, aun dada nuestra pobreza, podríamos elevar sensiblemente el número de los instruídos. En efecto, contribuiría á ello que se dispusiera en favor de los mozos que supieran leer y escribir al correr la suerte del servicio de las armas que la duración de él se disminuiría á tal ó cual plazo, ó viceversa, que se aumentase en caso contrario. Y además, que serían preferidos para todo puesto, empleo ú ocupación municipales, provinciales ó de la Nación, puesto que, naturalmente, para su desempeño no es condición fatal la de saber leer y escribir, aquellos que no carecen de tan importante condición.

P. MARTÍNEZ ROSICH.

Madrid Febrero 4 1906.

MUERTOS ILUSTRES DE ESPAÑA Y DE ALEMANIA

El epigramático alemán Federico de Logau.

Apenas ha comenzado el año 1906, nuestra España perdió á tres de sus hijos más esclarecidos: el maestro compositor murciano *Manuel Fernández Caballero*, el popular escritor *Luis Taboada* y el gran novelista santanderino *José María Pereda*: la muerte ha escrito sus nombres en la historia del arte español, de la sátira y de la novela españolas.

El más firme sostén de la escena lírica, genuinamente española; el autor de *Los sobrinos del capitán Grant*, de *Gigantes y cabezudos*, de *El dúo de la Africana*; el inspirado y culto compositor, el gran armonista y verdadero maestro en instrumentación, á quien se deben, además de sus zarzuelas, un gran número de misas, misereres, salves, salmos, oficios de difuntos y motetes; *Caballero*, que dió muestras de una maravillosa precocidad musical y cuya labor era sorprendentemente fecunda, murió cuando los alemanes conmemorábamos el centésimo quincuagésimo aniversario del nacimiento del precoz niño de Salzburgo, el inmortal *Wolfgang Amadeo Mozart*.

Taboada, que no perdió nunca el buen humor y que como nadie sabía ver el lado ridículo de las cosas, pero cuyas sátiras eran ligeros rasguños; el estilista castizo, el prosista de sabor español, el pintor incomparable de las costumbres de los campesinos, montañeses y marineros, el autor de *Peñas arriba*, para quien la religión era la gran nota que le imprimió el carácter más alto; y *Pereda*, fallecieron cuando los amantes de la poesía alemana recordaban el quincuagésimo aniversario de la muerte del gran poeta *Enrique Heine*, de cuya boca brotaban las canciones más bellas y surgían los chistes

más agudos, habiendo en él un contraste eterno entre el intelecto y el sentimiento.

Nos llamaba la atención la semejanza que existió entre el judío rhiniano *Heine*, emigrado á París, y su contemporáneo el músico polaco *Federico Chopin*, que, siendo hijo de un francés, se educó en Alemania y vivió y murió en París.

Quizá retratando á sí mismo escribió de él *Heine* en sus artículos sobre el teatro francés: «Chopin nació de padres franceses en Polonia y debe á Alemania gran parte de su educación. Esos influjos de tres nacionalidades hacen de su personalidad una aparición interesantísima, pues se ha apropiado lo mejor de estos tres pueblos, dándole Polonia su sentimiento caballeresco y su dolor histórico, Francia su gracejo fácil, su gracia, Alemania la profundidad romántica. Pero la naturaleza le dió una estatura esbelta, algo delgada, el corazón más noble y el genio». Ambos se asimilaban la índole francesa, pero ambos conservaron también la predilección á la par tranquila y caliente por la patria de su raza; *Heine* por la poesía semítica que celebraba en su *Romancero*, *Chopin* por el ritmo nacional de Polonia que expresó en sus mazurkas y polonesas. Ambos conservaron, á pesar de su enfermedad corporal, la plenitud de su frescura espiritual, dando pruebas de una fuerza sobresaliente. Como ningún alemán, *Heine* ha levantado la canción popular á una gran altura artística, y como ningún polaco, *Chopin* ha idealizado el baile nacional de su pueblo.

Sentiría en el alma tristeza si fuese verdad lo que decía Maximiliano Nordau con motivo de la celebración del quincuagésimo aniversario de la muerte de Heine.

Condensaré la opinión de Nordau en estos párrafos: « La poesía lírica es la más frágil de todas las obras del arte, siendo los elementos de que se compone su belleza tan delicados, tan finos, que no pueden defenderse de los ataques del tiempo. Horacio se engañaba á sí mismo al llamar á sus poesías « acre perennius ». « La lengua se desarrolla: después de transcurridos tres ó cuatro siglos cambia su fisonomía. El drama con su acción y sus caracteres queda. La epopeya con sus sucesos queda también; pero la poesía lírica pierde su

encanto cuando la forma en que está escrita ha dejado de pertenecer á la lengua natural del que la lea. Por eso no saboreamos ya la belleza de las canciones de Walter Von der Vogelweide. Todas las poesías líricas que hoy forman parte de nuestra vida interior han de ser un día cadáveres embalsamados. Las composiciones líricas viven la vida de las flores; hasta las más hermosas poesías líricas serán nieves de antaño. »

No, y mil veces no; no ha de ser cadáver esta canción popular, que se cantó ante el sepulcro de Heine, en el cementerio de Montmartre, el 17 de Febrero último, y que tradujo Teodoro Llorente:

Estoy triste, muy triste, sin que entienda
la razón ni el por qué:
fija tengo en la mente una leyenda
que en la infancia escuché.
Era frío el crepúsculo; rodaba
tranquilo el Rhin; el sol
las cúspides remotas alumbraba
con su último arrebol.
Allá, en la cima, en trono diamantino,
en fúlgido sitial,
peinaba sus cabellos de oro fino
doncella celestial.
Peinábalos con peine también de oro,
cantando una canción,
cuyo eco singular, triste y sonoro,
turbaba el corazón.
Surcó un barquero lo corriente undosa;
oyó el dulce cantar,
y contemplando á la doncella hermosa,
fué en el escollo á dar.
Tragó el río la barca y el barquero;
y esa tñrana ley
sufre siempre quien oye el lisonjero
cantar de Loreley.

Y tampoco morirá esta canción de Heine vertida por Llorente:

Hermosa, sencilla y pura
eres tú, como una flor;
cuando admiro tu hermosura

mi pobre pecho tortura
indefinible dolor.

Y mi diestra cariñosa
sobre tus sienes se posa,
y á Dios pido, para ti,
que siempre seas así:
pura, sencilla y hermosa.

Así como vive todavía lo poco que se ha conservado de las composiciones de la incomparable Safo, así como continúan encantándonos las coplas de Jorge Manrique, han de vivir las poesías líricas de Heine, á quien erigirán un monumento las agradecidas mujeres alemanas, si tardan en hacerlo los hombres.

Y la vida de las famosas coplas populares de España han de vivir los epigramas del poeta alemán *Federico de Logau*, que murió hace dos siglos y medio.

El siglo décimoséptimo, en que se encendía la guerra de los treinta años, era un desierto para las letras alemanas, siendo una oasis sólo para la poesía religiosa, en la que brillaron el piadoso Pablo Gerhardt, el místico Juan Scheffer llamado Ángel Silesio y los jesuítas Jacobo Balde y Federico de Spee. Todos los poetas académicos y bombásticos habían de pasar el camino sombrío del olvido, mientras que el pintor de las costumbres de su época, el epigramático *Federico de Logau* ha sobrevivido á su tiempo con sólo un librito de epigramas, merced á su naturaleza genuina y sana, á su sinceridad y frescura, á la expresión espontánea de su personalidad simpática y varonil, á la forma nueva y feliz, graciosa y lacónica, ora humorística, ora patética, con que vestía sus pensamientos siempre nobles, patrióticos é ingeniosos. Pero á pesar de esas cualidades el pobre hidalgo de Silesia, que decía tantas verdades amargas sobre la vida palaciega y que con paciencia verdaderamente cervantesca soportaba su miseria y sus achaques, hubiera quizás muerto para nuestro pueblo y nuestra literatura si no le hubiese resucitado el gran Lessirry, quien hiperbólicamente le comparaba á los Marcial y Catulo, recogiendo junto con el estético Ramler epigramas de *Logau* que se publicaron en Leipzig en 1759, es decir, más de un siglo después de la muerte del autor.

¡Con qué frase tan linda adornó *Logau* al mes florido diciendo que es un beso que el cielo da á la tierra para que ésta sea ahora una novia y después una madre! ¡Qué palabras tan tiernas dedicó á su primera mujer, sol de los soles, dueña de su vida, hechizo del alma, diciendo: «Agradezco tu cariño tan constante así en los días oscuros como en los días lúcidos. Adiós, dulce imán de mi amor. No pude impedir tu salida: te marchaste de donde estoy yo; yo iré á donde ya estás tú».

Estas palabras del epigramático alemán me recuerdan las poéticas coplas de mi idolatrada España, por ejemplo ésta sobre la constancia:

Corazón de filigrana
embutido en fino acero,
¿cómo quieres que te olvide
si has sido mi amor primero?

Habiendo conocido el reverso de su compañerita del alma en su segunda esposa, escribió: «Quien pudiera vivir sin mujeres será exento de varias penas, pero no puede ser útil en la tierra».

Hizo los elogios de las leyes alemanas al decir: «Ellas lo pueden todo: resoplar, vocear, tronar, crujir y jugar, charlar, acariciar y sonreir».

Otro epigrama dice:

«Verdad es un paño inmejorable, pero no para todos los días, sino para las grandes fiestas.»

Logau publicó su colección de 3.553 epigramas en 1654 con el seudónimo «Salomón de Golau». Sus epigramas son un breviario, un compañero consolador en todas las condiciones de la vida.

Nació *Federico de Logau* en Enero de 1605, en Brockut (Silesia), como descendiente de una familia noble de Silesia.

Cuando niño perdió á su padre, y su madre contrajo otro matrimonio, encargándose de la educación del pobre muchacho los Duques de Brieg.

Entró en el Gimnasio de Brieg y estudió leyes en la Universidad de Francfort sobre el Oder.

En 1648 fué recibido en el seno de la aristocrática *Sociedad Fructífera*, siendo denominado, á causa de sus poesías satíricas, el «Detractor».

La *Sociedad Fructífera* ú *Orden de las Palmeras*, establecida en 1613 en Weimar bajo los auspicios de los Príncipes de Turingia y de Anhals, es la primera de aquellas Sociedades literarias que se fundaron en la primera mitad del siglo XVII, á semejanza de la Academia della Crusca de Florencia, teniendo cada miembro una planta por símbolo.

Murió *Logau* en Liegnitz el 25 de Julio de 1655.

JUAN FASTENRATH.

Colonia 12 de Marzo de 1906.

SEVILLA⁽¹⁾

POR

C. JUSTI

(Traducido del alemán.)

Como Herrera aspiraba á la alta poesía y á desterrar las expresiones de tono familiar, como el español de esta poesía estaba lleno de expresiones, giros y frases tomadas al latín y al italiano, así desaparecía el rico color local de los pintores medioevales, y en vano se buscaban tipos y escenas del pueblo, después motivos y tonos locales: estas obras lo mismo podían haberse pintado en Utrecht que en Florencia. Ya, en la juventud de Velázquez, palidecían, sin embargo, las estrellas del Parnaso italo-hispano. Se imponía un gusto nuevo, pero en el fondo antiguo y nacional. En tiempo de Calderón los sonetos parecían ya pasados de moda: podía hablarse de «las ya dormidas memorias de Boscán y Garcilaso» (2).

La Edad Moderna.

Todavía más perdido estaba entonces el recuerdo de los tiempos medioevales. Si hoy se ve que un adolescente de antigua familia se quiere dedicar al arte y recibe el consentimiento del padre, figurémoslo en el destierro entre curiosidades moriscas y góticas que daban de otra manera

(1) Véase la pág. 365 de este tomo.

(2) Que aunque hoy el dar un soneto no está en uso, despertando las ya dormidas memorias de Boscán y Garcilaso.

Calderón, *Antes que todo es mi dama*, I.

muy distinta de hoy una monumental impresión á la ciudad. Pero nosotros con nuestros potentes catalejos históricos difícilmente nos colocamos en la situación limitada de tiempos pasados con auxilio de sus insignificantes recuerdos. Todo lo que hoy se vivifica, si queremos, en la perspectiva atenta de la mirada espiritual, fué mudo para la España del siglo XVI. Según Juan de Arphe (1585), los godos y los vándalos habían conservado primeramente la arquitectura romana, y empleaban su *crestería* y *maçonería*; eso es la *obra bárbara*, que también se llama *obra moderna* (1). La manera novomorisca (*mudéjar*) no se nombra ya. El pasado fué un caos impenetrable, en el cual se recogen actualmente elementos de un mundo nuevo, cuya medida y modelo fueron importados por los fundadores de Roma á las tierras de Palladio y Vignola, Bönarotti y Rafael. En realidad las grandes obras arquitectónicas, aun cuando se olvide su técnica, influyen el ánimo, como las montañas y el mar (2). Pero en las artes de figura estaban ausentes hasta los nombres. Aquellas épocas sombrías produjeron indudablemente sublimes cuadros: todavía hoy están á la vista de todos: la Madonna de Rocamadador en San Lorenzo, Nuestra Señora del Corral en San Ildefonso y la Antigua en su soberbia capilla de la Catedral. Después de muchos retoques, todavía derraman sobre nosotros la tépida luz de la pintura cristiana legítima del siglo XIV. Pero nadie se atreve á considerarlas como testimonios de la destreza de los artistas y sólo sienten el horror de los ídolos santos.

El erudito Pablo de Céspedes, que en Roma (1577 regresó) sólo sintió un interés arqueológico por las curiosidades eclesiásticas antiguas, nos lo ha revelado: todo lo que se hizo

(1) Todas las palabras subrayadas están en español en el texto.—*N. del T.*

(2) Juan de Arphe reconoce la solidez, lo pintoresco y la elegancia de los góticos:

los cuales se nos muestran hasta hoy día firmes, y de montera muy vistosos, con ornatos sutiles y graciosos.

Varia Commensuración, 1. II.

antes de Miguel Angel es sólo ceniza, de la cual está escrito que ha de resurgir el fénix de nuestra época (1). Aquél fué «el nuevo Prometeo», comparable á Píndaro.

Además los flamencos estaban en primer término en aquella bandada de maestros del país y del extranjero, que congregaba la construcción de la nueva catedral á orillas del Betis. ¡Qué cuadros en el vasto bosque de mármoles vencen hoy en claridad y brillantez á las figuras cernidas en las vidrieras del piso alto! Por los círculos de olas movidas por las de Van Eyck, parece también famoso el fundador de una escuela de pintura sevillana: Juan Sánchez de Castro. Pero sus obras fueron para el más fiel y guardador de los antiguos recuerdos, para el pintor Pacheco, como ejemplos del arte infantil, que representaba al Arcángel Gabriel con capa de coro, con las figuras del Apóstol y del Resucitado (2). Había traducido las noticias sobre Juan de Eyck y su invento y hasta una rapsodia (*silva*) de Enrique Vaca de Alfaro se conserva junto á su retrato.....

..... Como (3) en la época gótica se introdujeron picapedreros, decoradores de vidrieras y escultores en madera para la erección de las iglesias españolas, así ahora los pintores. Ya antes de estos romanistas algunos, decoradores de vidrieras (4) importaron el arte italiano; Arnao de Flandes y Arnao de Vergara decoraron las grandes ventanas de la catedral, desde 1534, en una larga serie de años, en pomposo floreado plateresco: composiciones ricas en figuras y llenas de suntuosidad, hechas con arreglo á los modelos italianos, por ejemplo, de Sebastián del Piombo.

Al mismo tiempo, como Vargas, después de veintiocho

(1) Cean Bermúdez, *Diccionario*, V, 295.

(2) *Arte de la pintura*, II, 159. Un Gabriel así vestido lo he visto yo en un cuadro de la Anunciación, en la galería de D. Sebastián Fina y Calvo, en Sevilla.

(3) Los puntos suspensivos indican que se han suprimido *a fortiori* algunos párrafos.—*N. de la R.*

(4) *Glasmaler*, dice el autor. Literalmente, pintores de vidrieras. Y entre paréntesis pone la palabra española correspondiente: *vidrieros*.—*N. del T.*

años de vida errante, volvía á Sevilla completamente italianizado, y Vicente Joanes Macip á Valencia, como Simón de Châlons se presentase en Avignon, y Hemsherk inundase á Holanda con sus caricaturas de Miguel Angel, aparecieron también muchos flamencos de esta profesión en Andalucía. Juan Téllez, Duque de Osuna, edificó en cincuenta años la hermosa capilla del mausoleo de la Colegiata de Osuna con el concurso de holandeses. Varios cuadros pequeños se encuentran firmados por *Gerald Wytrel de Utrecht* y *Hernandus Stormius Gririzeensis faciebat*, 1555, en el cual se reconoce á un pariente de aquel Heemskerk. En su gran retablo de la capilla de los Evangelistas de la catedral, pintada allí mismo, están las figuras fluctuantes en las nubes y en forma de siluetas, que recuerdan muchos evangelistas en el grabado de Agostino Veneziano; las santas mujeres jóvenes de Sevilla en el Predella tienen, por el contrario, tipos de bajo-alemanas, mientras que el San Gregorio del altar no niega la alcurnia romana. Así un holandés prepara aquí el camino al español Julio Romano. De otra manera pintaba Franz Frutet (no confundirlo con Frutos Flores). Una obra maestra, el retablo con la crucifixión y el San Bernardo de la Madre de Dios dejó en el Hospital de Santos Cosme y Damián. De lejos parece inspirarse en el arte de Miguel Cocxeyen; le sobrepuja en el carácter de la cabeza, desde las antiguas formas hasta las más comunes, todo en contornos pulidos, con muchos destellos claros, en su mayoría de colores quebrados. Se notan á este propósito muchas figuras atribuídas al Spasimo y á Burgbrand.

(Continuará.)

A LA VIRGEN DEL PILAR

Poesía premiada con la Pluma de Oro en los Juegos Florales de Colonia de 1902, escrita por Juan Martínez Nacarino.

Salutación á la Ciudad de Colonia.

¡Salud, Colonia Augusta! La Patria de Cervantes
acepta agradecida tu invitación cortés.

¡Salud, Mantenedores, del gay saber amantes!

España os felicita por fiestas tan brillantes

y os brinda una corona que pone á vuestros pies!

¿Queréis que ante vosotros, con español acento,
se ensalcen las grandezas y encantos del Pilar?

Cantar podrá las glorias del místico portento...

¡quien cuente las estrellas que encierra el firmamento,
los átomos del viento, las perlas de la mar!

¡Salud, Colonia insigne, Ciudad de alta nobleza!

Las Catedrales góticas de Burgos y León

saludan á la tuya, prodigio de belleza,

labrado con primores de tanta gentileza

que asombro de los siglos sus maravillas son!

Y el Betis que, entre calles de flores, junco y caña,
régando va las huertas del andaluz confín,

y el Ebro venturoso que el santo Pilar baña,

envían su homenaje, desde la alegre España,

á las serenas ondas de tu famoso Rhin!

¡Bendita Poesía que hermana corazones

y que á las almas puras, fundiendo en un crisol,

eleva á las tranquilas, poéticas regiones,

en las que nunca entraron miserias ni pasiones,
 en las que eterno brilla del Arte el rojo Sol

¡¡Bendita Poesía que al cielo se levanta
 cuando enaltece noble las glorias de la Fe,
 cuando al Amor sublime con voz eterna canta,
 cuando á la Patria hermosa proclama Augusta y Santa,
 cuando en los hombres todos hermanos sólo ve!

Cual solo un Dios sostiene los mundos de su mano
 y á todas las naciones alumbra el mismo sol,
 así la Poesía, que al corazón humano
 extiende sin fronteras su influjo soberano
 ¡y al pueblo de Colonia ha unido el español!

A la Santísima Virgen del Pilar.

I

Zaragoza en nuestra Historia
 ganó tan alto renombre,
 ¡que basta citar su nombre
 para recordar su gloria!
 Porque él trae á la memoria
 tanto triunfo y tanta hazaña,
 que, en la Corona de España,
 el más ilustre florón
 es la perla de Aragón
 que el Ebro acaricia y baña.

Mas, como dice un cantar
 que canta la gente moza,
 «Zaragoza es Zaragoza
 por la Virgen del Pilar».
 Zaragoza es un altar
 que un pueblo noble y creyente
 alzó con pecho valiente
 á la Reina de los Cielos
 para alivio de sus duelos

y adoración de su gente.

El Pilar!... La Patria mía
adora al Pilar bendito
con amor tan infinito
cuanto es hermosa María;
que la Virgen, alegría
del hispano corazón,
tiene en esa advocación
del Pilar mayor encanto
por ser el símbolo santo
de su fe y su tradición!

La Virgen, cuya hermosura
el hombre á admirar no alcanza;
la Virgen, que es la esperanza
y el amor y la ternura;
la Virgen sin mancha y pura,
Madre del Verbo divino,
por misterio peregrino
y prodigio celestial,
en santa carne mortal
la Virgen á España vino!

¡Por eso es tan rico el suelo
del territorio español
y tan radiante su sol
y tan alegre su cielo!
¡Por eso es Ella el modelo
del genio de sus pintores!
Por eso, vergel de flores
la hidalga tierra española,
puso siempre en Ella sola
el amor de sus amores!

Para ensalzarla es mezquina
la rica habla castellana,
¡que no puede voz humana
cantar gloria tan divina!
Empresa tan peregrina
¡quién la pudiera intentar!
Gracias que acierte á contar

la española tradición
de la santa aparición
de la Virgen del Pilar!

II

Gobierna el mundo Tiberio,
señor de Roma pagana,
y la Religión Cristiana
propágase por su Imperio.
Cumple su alto ministerio
la apostólica legión
que, de región en región,
enseña, con fe divina,
la redentora doctrina
de la nueva Religión.

Pedro en ciudades diversas
y de Roma en el recinto;
Pablo en Éfeso y Corinto,
do arrastra gentes conversas;
oyen á Tomás los persas
y la India á Bartolomé
y, cuando el mundo se ve
por los Apóstoles lleno,
Santiago «el Hijo del Trueno»
enseña á España la Fe.

Una noche ¡noche hermosa
de Enero, clara y tranquila!
el gran Santiago vigila,
Cesaraugusta reposa.
Cruza la corriente undosa
del Ebro la fértil vega,
y el Apóstol, mientras llega
el día de invierno frío,
junto á la margen del río
á santa oración se entrega.

De pronto... de luz radiante

siente extraño resplandor
 y la Madre del Amor
 se le aparece delante!
 Ve su divino semblante
 lleno de gloria y ternura...
 reconoce su hermosura...
 ¡Es la Virgen!... Sólo Ella
 se aparece así... ¡tan bella!
 ¡tan adorable! ¡tan pura!

¡Es Ella! ¡La Virgen santa
 en quien el Verbo encarnó;
 la Mujer fuerte, que holló
 á Satanás con su planta;
 la que bella se levanta
 como la luna y la aurora;
 la hermosísima Señora,
 sol de amor, fuente de vida,
 que sin mancha concebida
 al mismo Dios enamora!

Está en su trono sentada,
 y para mayor adorno
 cien ángeles tiene en torno
 que obedecen su mirada.
 La cabeza trae orlada
 de estrellas cuyos destellos
 pudieran ser los más bellos
 que nunca en la tierra habría
 ¡si los ojos de María
 no brillaran más que ellos!

El Apóstol se estremece,
 de dicha y de amor solloza;
 Dios bendice á Zaragoza
 que gloria tanta merece;
 y toda absorta enmudece
 la admirada Creación,
 que, ante la extraña visión,
 el Ebro santificado
 paró su curso... ¡asombrado

de la hermosa aparición!

Tórnase la Madre pura
del Redentor á su gloria,
mas deja, para memoria
de la divina aventura,
sencilla y tosca escultura
que su imagen representa,
y un Pilar que la sustenta,
símbolo de una Nación
que es firme en su Religión,
fuerte contra quien la afrenta.

Y al recibir el bautismo
el pueblo español, advierte
que el Pilar le hace tan fuerte
que le arrastra al heroísmo.
Y así España, á un tiempo mismo,
ofrece al mundo en su Historia
mártires de eterna gloria
que al verdugo se entregaron
y héroes que sólo buscaron
ó la muerte ó la victoria.

III

Y el tiempo en veloz carrera
pasó, dejando al pasar
un Santuario en que el Pilar
día y noche se venera.
Su augusta mole severa
besa el sol, cuyos reflejos
cuando se oculta á lo lejos
tiñen en púrpura y rosa
de la Basílica hermosa
los brillantes azulejos.

Frente al Templo, gravemente,
se va el Ebro deslizándose,
¡parece que va rezando
cuando pasa por enfrente!

Dentro del Templo... no hay gente;
 hay tan sólo corazones
 que tienen sus ilusiones
 en ese Pilar que adoran;
 hay muchas almas que imploran
 gracias, mercedes y dones.

No intente el criterio estrecho
 del arte, aunque bello, humano,
 saber qué secreta mano
 la divina efigie ha hecho.

España guarda en su pecho
 la fe de la tradición.

¿Quién la esculpió? El corazón
 la adorna de encantos miles...

¿Quién busca en el sol perfiles...
 ni líneas en la ilusión?

Ante la santa escultura
 no alcéis profanos los ojos;
 ¡miradla puestos de hinojos
 y sentiréis su hermosura!
 ¡Miradla con la ternura
 que el pueblo español la mira!
 ¡Veréis cuánta fe os inspira,
 veréis qué amor tan profundo!
 ¡¡Está tan lejos del mundo
 quien con la Virgen delira!!

No hay guitarra ó guitarrillo
 que la olvide cuando toque;
 ni jota que no la invoque
 en copla ó en estribillo.

Ni templo, grande ó sencillo,
 donde no tenga su altar;
 ni en Aragón hay hogar
 en villa, ciudad ó aldea,
 donde al entrar no se vea
 una Virgen del Pilar.

Y de todas las comarcas,
 de fe y amor nobles prendas,

llegan al Pilar ofrendas
 que no caben en sus arcas.
 Y vasallos y monarcas
 y mendigos y señores
 dejan sus galas mejores
 ante esa Virgen bendita
 que tanto's pesares quita
 y otorga tantos favores.

De su nombre el poder santo
 ampara á sus hijos fieles,
 como cuando de laureles
 les coronara en Lepanto;
 y España la quiere tanto,
 que con fiestas seculares,
 en venturas y pesares,
 la muestra á la faz del mundo
 amor más grande y profundo
 que sus montes y sus mares.

La Columna del Pilar
 tiene el mármol desgastado
 ¡de los besos que la han dado
 los que la han ido á adorar!
 ¡Maravilla singular
 que retrata á un pueblo fiel!
 ¡La constancia por cincel
 su amor en mármol ha impreso!...
 ¡Ay! ¡dar al Pilar un beso
 es dejarse el alma en él!

¡Santo Pilar que María
 colocó orillas del Ebro!
 ¡Cuando sus glorias celebro
 hablo por la Patria mía!
 ¡Eterna es su poesía!
 ¡Será inmortal su memoria!
 ¡¡Pilar, columna de gloria
 en que el pueblo español ve
 el emblema de su Fe,
 la majestad de su Historia!!!

BOLETÍN BIBLIOGRAFICO

Ensayos críticos, por PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA.—Habana, 1905.

Basta leer cualquiera de los artículos que integran este volumen para llegar á la conclusión de que Pedro Henríquez es un temperamento crítico de primera fuerza. Dotado de conocimientos sólidos y profundos en las diversas materias que caen en la esfera de la jurisdicción crítica y dotado asimismo de cualidades indispensables y nada comunes para llegar á la exteriorización clara y precisa de los diversos pensamientos y sentimientos que le sugieren los diversos autores que desfilan por los *Ensayos críticos*, no es necesario decir cuán importante es esta su obra.

Escritores, sociólogos y músicos, todos modernísimos, todos hijos de la última mitad del siglo XIX, son puestos en luz por la labor crítica de Henríquez Ureña: D'Annunzio el poeta, los tres escritores ingleses Wilde, Pinero y Bernard Shaw; varios poetas modernistas antillanos, el colosal versificador Ruben Darío, los sociólogos Hostos y Lluria, los modernos maestros italianos y Ricardo Strauss—por muchos designado Ricardo II, ya que el primero de esta dinastía, la más brillante de todas, fué el tan indiscutible, y antes tan discutido como hoy admirado, Ricardo Wagner.

Henríquez Ureña se declara admirador de Ricardo Strauss, al que no hay que confundir—salvo en el caso de miopía intelectual, que disculpa todas las aberraciones mentales—con una colección de señores apellidados de la misma manera y conocidos por todas las señoritas cursis y por todos los burgueses *aphilistinos* que pueblan el orbe, gracias á una colección de valeses con cuya paternidad se honran, valeses cuya fama y cuya popularidad se hallaban al nivel de las logradas por esas joyas de Benicia (no es reclamo) del cursilismo artístico internacional, también en boga hacia la misma época, que se llamaban *La Argentina*, de Ketterer, y *Vorrei morire...* del signor Tosti, ambos tan respetables como faltos del sentido de lo bello.

Nuestro Strauss—el de Henríquez Ureña y mío—tiene sus detractores en esta colección de señores, señoras y señoritas cuya mentalidad artística es igual á la de aquellos que se conquistaron la diatriba irónica, expresada musicalmente por Roberto Schumann en el último número de los que integran su *Carnaval*, el titulado pomposa y eufónicamente *Marcha de David contra los philistines*. (Traduzco todo él al castellano menos la última pa-

labra, porque ésta conserva las formas ortográfica y fonética—salvo la *ph*, que debe sonar *f*—del término convenido para designar los miembros de la institución, aún no instituída en institución, del gremio *philistinal*.)

Este Ricardo Strauss ha mostrado su aptitud creadora en los más diversos géneros, desde los *lieder* (¡señores *philistines*, esto quiere decir aproximadamente lo que en castellano *canción*! ¿Que por qué conservo la palabra alemana? Para ello tengo mis razones; pero están más elevadas que la línea adonde llega la óptica intelectual de ustedes) hasta la *sinfonía*. En aquéllos ha unido el poder expresivo del *antiphilistinista* Schumann á una amplitud mayor que la dada por Brahms. En sus *poemas tonales* (sinfónicos), desde *Macbeth* hasta *La vida de un héroe*, y en su *Sinfonía doméstica* manifiéstase revolucionario y partidario de la *música de programa*. No se diga que este procedimiento artístico, en el que la música llega á la concreción y la expresión de estados y acciones determinadas, es cosa de *chiflados* modernistas, no tal. Esta es frase de respetable *philistin*. Ya Beethoven persigue en su último estilo una significación precisa. Yo, José Subirá, os doy fe de ello. Y posteriormente Berlioz, Listz, Wagner y otros siguen y amplifican la misma dirección.

Pero esto se prolonga más de lo que permite el espacio destinado á darle cabida. Vaya, pues, como saludo de despedida á Henríquez Ureña, mi enhorabuena por la recopilación de sus *Ensayos críticos* en un volumen que recomiendo á cuantos amen á los grandes artistas del siglo décimonono.

* * *

Músicos y filósofos, por MAURICE KUFFERATH, traducción de E. L. Chávarri.—Viuda de Rodríguez Serra.—Madrid, 2 pesetas.

Eduardo L. Chávarri es una personalidad prestigiosa dentro de la crítica musical. Probó, además, sus sólidos conocimientos en lo que afecta á la parte literaria y musical de *El anillo del Nibelungo*, la inmensa trilogía con prólogo de nuestro muy amado señor Ricardo Wagner, en una obra que con el mismo título escribió, llena de erudición al par que impregnada de un wagnerismo, siempre plausible, aunque no sea más que para demostrar a los Don Hermógenes sistemáticos y empíricos que este ruidoso y estrepitoso Wagner, de que tanto abominan—acaso por atrofia de sus facultades sensitivas,—tiene un poder emocional y sugestivo por nadie superado.

Ahora ha hecho la versión castellana de la interesantísima obra del insigne crítico belga Maurice Kufferath. Es esta obra una refutación de las tonterías vertidas por el Conde Tolstoi en *¿Qué es el arte?* y de las paradoxales afirmaciones negativas de la creación wagneriana expuestas por el decadente y neurasténico Federico Nietzsche de la última época, en *El caso Wagner y Nietzsche contra Wagner*. Wagner no necesita que se refuten los juicios de sus detractores. Wagner reina como artista grande, único, omnipo-

deroso. Y, sin embargo, la obra de Kufferath es de un valor transcendental aquí, donde innumerables Don Hermógenes invaden los centros pseudo-artísticos, contagiando con sus razonamientos sanchopancescos y con su ramplonería, elevada al cubo, el ambiente en que se agitan.

No sólo de pan vive el hombre. En efecto, el pasto espiritual le es tan necesario como el que da vida á su cuerpo. Wagner nos suministra esté pan espiritual, pan de vida, que todos los amadores de la alta idealidad nos apresuramos á digerir. Pero hay estómagos estragados, los hay de escasa receptividad, los hay que hacen ascos á todo lo que no es vulgar. Para estos estómagos, á modo de laxante de añejas preocupaciones, basadas en la rutina, se ha hecho por Maurice Kufferath, y se ha traducido a nuestro idioma por E. L. Chávarri, *Músicos y filósofos*.

* * *

Richard Wagner, por CATULLE MENDÉS.—*Paris, 1905.*—*Bibliothèque Charpentier.*—*Precio, 3,50 francos.*

¿Otro libro dedicado á Wagner? Otro libro dedicado á Wagner y escrito en el estilo flúido, correcto é impecable de Catulle Mendés. Mendés ha sido un amigo íntimo de Richard Wagner y conoce íntimamente sus pensamientos. El, con Charles Baudelaire y Villiers de l'Isle-Adam, ha sido de los más ardientes defensores del gran artista en la época, aún no lejana, en que se le rechazaba sistemáticamente por el público francés. Cuando la derrota de Sedán, Wagner escribió un folleto burlesco para los vencidos, y Mendés rompió su amistad con él. Pero un folleto, por muy malo que fuese, no puede anular doce partituras. E indudablemente el autor de *Parsifal* lo escribió, según reconoce Mendés, herido en sus más hondos sentimientos por la vida de miseria, de sufrimientos y de fracasos que soportara en París. Tiene Catulle Mendés la palabra: «Nuestro país ha sido injusto para con Richard Wagner y cruel para su obra. Sin hablar de la incalificable noche de *Tanhäuser*, es preciso pensar en los primeros años de la juventud, pasados en París por Richard Wagner en la miseria y en el abandono. Muriendo de hambre el autor de *Tristán é Isolda*, ha reducido á dos cornetines de pistón la partitura de la *Favorita*. Maestro de coros en el teatro de Variétés, puso música á estas palabras: *Dansons, dansons le joyeux rigaudon*, y hecho esto, se le expulsó del teatro con el pretexto de que no sabía música. Un día ofreció á la Gran Opera de París su poema el *Buque-fantasma*. Se le encontró pasable y se le compró por 500 francos; pero con la condición expresa de que ¡no escribiera la música de él! Y un año más tarde el *Buque-fantasma*, firmado por un autor dramático cuyo nombre no cito porque ha muerto, y musicado por un compositor que es inútil nombrar porque nunca ha vivido, ¡era representado en la Academia Real de Música! Richard Wagner asistía á esta representación, ¡y para pagar su localidad había vendido su

perro á un viajero inglés encontrado en una estación de ferrocarril!»

Catulle Mendés es el admirador apasionado del gran artista, y esta apasionada admiración, elocuente, mayestática, vibra en las páginas del volumen, mezclada á ratos con ironías despiadadas y con sangrientos latigazos, como en la *Epître au roi de Thuringe*, el antiguo efebo, soberbio y bello, incesantemente ocupado en sueños, él mismo semejante á un sueño—las orejas un poco grandes solamente y los cabellos, bañados de pomadas, erigiéndose sobre el lado derecho de la cabeza en una pequeña escalera de ébano barnizado,—que va echando vientre. A ratos intercala recuerdos personales, como el de la veneración de que fué objeto en Triebchen porque se le creyera, á pesar de su modesto vivir, el Monarca de Baviera viajando de incógnito para ver á Richard Wagner. A ratos habla de la influencia de la teoría wagneriana sobre el arte francés: tal es el capítulo *Le jeune prix di Rome et le vieux wagneriste*.

Y yo comparto con Catulle Mendés mi admiración por el autor de *Parsifal* y mi desprecio por sus despreciadores.

JOSÉ SUBIRÁ.

* * *

Mélanges d'histoire littéraire. Cuaderno 21 de la Bibliothèque de Lettres de l'Université de Paris.—Un volumen in 8.º, 6,50 francos.—Félix Alcan, editor.

Comprende tres estudios, consagrados á Víctor Hugo y Lamartine. El primero, debido á Mr. Freminet, se titula *Les sources grecques des trois cents*, de Víctor Hugo. El autor ha investigado las fuentes en las que el poeta ha buscado su inspiración y ha reconstituído la serie de trabajos que precedieron á la composición de este poema.

En el siguiente estudio, Mr. H. Dupin trata de la *Chronologie des contemplations*. Explica la diferencia de fechas de los manuscritos y ediciones sucesivas de estas poesías; expone curiosas indicaciones sobre el método de trabajo de Víctor Hugo y muestra cómo él manifestaba en sus obras la evolución de sus ideas y sentimientos.

Las *Nouvelles meditations* y las *Harmonies poetiques*, de Lamartine, han sido examinadas por Mr. J. des Cognets, basándose en los manuscritos de la Biblioteca Nacional, que suministran preciosas indicaciones sobre el modo de componer de Lamartine. De ellos se destaca el aliento de un espíritu fácil y vigoroso y la impresión de facilidad, sinceridad y poder de Lamartine.

* * *

El Ateneo. Notas históricas, por RAFAEL M. DE LABRA.—Madrid, tipografía de Alfredo Alonso. 1906.

Tres elementos docentes han colaborado á la producción y desarrollo de nuestra cultura superior contemporánea, según el sentir de D. Rafael M. de Labra: las Universidades, las Económicas y

el Ateneo. Y en la obra que ahora anunciamos estudia la organización primitiva y desarrollo evolutivo de esta Sociedad de cultura superior, á partir del año de su fundación, 1835, hasta el pasado año.

*
* *

Necrología del Excmo. Sr. D. Francisco Silvela, por D. EDUARDO SANZ Y ESCARTÍN.—*Imprenta del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús. 1906.*

El Sr. Sanz Escartín fué comisionado por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, como individuo de número y secretario de ella, para hacer la necrología del ilustre patricio D. Francisco Silvela.

El fruto de su labor, leído en cuatro sesiones, aparece ahora publicado y contiene los extremos siguientes: «La familia de Silvela», «Reseña biográfica», «Silvela como hombre político, literato, historiador, jurisconsulto, moralista» y «El hombre».

*
* *

Entrando en fuego. Trabajos literarios, de R. GÓMEZ DE LA SERNA.—*Segovia, 1905.*

Según declara modestamente el autor en el prólogo, sólo cuenta diez y siete años. Es ésta la edad de los ensueños, de los proyectos elevados y de la falta de personalidad, aun teniendo aptitud y talento, como posee el Sr. Gómez de la Serna. *Entrando en fuego* puede ser una promesa de batallas decisivas, cuando su personalidad se haya formado, para su triunfo.

E. A.

*
* *

Psicología de la educación, por el DR. GUSTAVO LE BON. Traducción de J. M. Escámez. Madrid, 1906. Librería Gutenberg, de José Ruiz.—*Precio, 3,50 pesetas.*

Una obra que contiene hondas enseñanzas en lo concerniente al problema de cómo se debe instruir y educar á la juventud es ésta del Dr. Le Bon. Repasa su autor en ella, con espíritu analítico, las contestaciones remitidas á la información abierta en Francia para resolver, en vista de las soluciones enviadas, la dirección á seguir en tan capitalísima materia.

Hace una crítica justa y desapasionada de las interminables horas de trabajo con que se tortura, sin resultado positivo, en los liceos á los pobres discípulos; de la falta absoluta de libertad, que les convierte en esclavos; de los libros destinados á ser aprendidos y repetidos de memoria por alumnos fatigados; de los manuales que se utilizan como medio de adquisición de conocimientos, en vez de acudir á la visión directa de las cosas; de los profesores, cuyo trabajo pudiera ser reemplazado sin detrimento por

un fonógrafo; del tipo salido de la Universidad y designado con el sobrenombre de *idiota sabio*; del deseo que invade á las familias de convertir á sus hijos, que serían excelentes trabajadores manuales, en universitarios; de las generaciones formadas á causa de esto, tristes, faltas de energía, oscilando entre la revolución y la servidumbre; de las rutinas, eternizadas por la ignorancia, por el misoneísmo y por el sectarismo.

Léese en el volumen —y la subsiguiente afirmación podría hacerse extensiva á la instrucción primaria y á la enseñanza universitaria— que «el Bachillerato será siempre un detestable *psicómetro*: toma medida, no de los t lentos, sino de las memorias; no de la fuerza intelectual adquirida, sino de los conocimientos almacenados. Mide más bien cantidades que cualidades».

La *Psicología de la educación* llega á su máximo grado de interés cuando el autor sienta las bases psicológicas de la instrucción y de la educación, que pueden resumirse en la fórmula siguiente: «Toda educación é instrucción consisten en el arte de hacer pasar lo consciente á lo inconsciente», adoptando por método la creación de asociaciones conscientes, que se hacen inconscientes en seguida, es decir, que llega á formar artificialmente reflejos. Y partiendo de esta base, producto de las modernas corrientes psicológicas, desenvuelve en capítulos sucesivos, todos esenciales, la aplicación de esta fórmula á la enseñanza de las diversas ramas morales, científicas é idiomáticas.

JOSÉ SUBIRÁ.

* * *

Del frío al fuego. (*Ellas á bordo*), *racconto fácil*, de FELIPE TRIGO.—*Imprenta de Corchero Mérida, año 1906.*—*Precio, 3,50 pesetas.*

Leyendo la última obra de Felipe Trigo, pensamos una vez más que no hay nada tan bello como una vida intensa, rica en grandes pasiones y ennoblecida por elevados pensamientos, ni goce mayor para un alma de verdadero artista que el de verter lo mejor de su pasado en obras concebidas con amor en días de serenidad, de quietud, de recogimiento. El autor de *La sed de amar* demostraría con su nueva producción, si no lo hubiera ya probado suficientemente en libros anteriores, ser, de nuestros escritores, uno de los que con más galanura saben crear y de los que más intensamente han vivido. Artista muy de veras; analítico perspicaz, que llega con mirada firme hasta el fondo de todas las almas, casi siempre llenas de bajas pasiones, de cobardías, de miserias, y cuando en ellas descubre algo de grandeza escribe páginas tan llenas de poesía como las inolvidables de *Alma en los labios*. Es además Felipe Trigo un soñador, un adorador ferviente de la belleza y de la vida, y cual todos los pensadores modernos, profeta de ideales nuevos, que quisiera verse rodeado por una humanidad mejor que la presente y que lograra dejar huellas menos tristes de su paso por la tierra.

Leed detenidamente, amorosamente, *Del frío al fuego*; en este

libro, del que no podemos ni aun citar las páginas saboreadas con más placer, hallaréis caracteres bien definidos, paisajes bien trazados, muy vívido todo, narrado todo con la facilidad del talento llegado á su madurez, y hallaréis, en fin, dos almas extraordinarias de mujer: Sarah, la niña de fuego, indomable, apasionada, hija de soles demasiado ardientes; Lucía, «la mujer noble, la mujer inteligente, la mujer fuerte dueña de sí propia...», dos tipos de lo más bello imaginado por el autor, de lo más bello de nuestra literatura modernísima.

Nunca nos pareció tan desoladora como después de haber sentido la embriaguez de tanta juventud, de tanto fuego, de tanta vida, la confesión de uno de los más grandes poetas de Italia cuando dice: ... *Prima di avere amato ho perduto la facoltà di amare, e un angelo di bellezza e di grazia non basterebbe ad accendermi...* nunca pensamos con más cariño en el alma infinitamente triste de Giacomo Leopardi.

A. H.

* * *

Las canciones del camino, por FRANCISCO VILLAESPESA.—*Madrid, librería de Pueyo, 1906.*

Es Francisco Villaespesa, poeta sobradamente conocido para que yo haga su presentación. *La copa del rey de Thulé* y *El alto de los bohemios* hanle dado patente de poeta sutil, delicado y exquisito, que rima y ritma con el mismo cariño que reconcentraran, para reflejarlo sobre sus obras, los grandes orfebres del Renacimiento. Poeta místico y sensual, muestra esta doble y á primera vista contradictoria modalidad de su ser en el soneto intitulado «Teresa de Avila»; poeta pagano, hace su declaración de profesión de fe pagana en el soneto «Pan». Es, pues, un alma completamente moderna, flexible, circunstante, enamorada de la idealidad, que sabe encontrar la belleza en mitos y religiones al par que en la vida. Y á su temperamento exquisito se une su indiscutible dominio de la técnica de la métrica, de esta técnica que no se enseña, sino muy rudimentariamente y aun con espíritu misonista y por tanto refractario á todo lo que parezca innovación en las aulas de los Institutos, y hace con las palabras, que escoge y pule, estrofas sonoras y robustas, ó tiernas y delicadas, llenas de matices y de cambiantes de luz.

Yo encerraré en un libro los recuerdos dispersos,
y en vez de unir mi vida al ritmo de mis versos,
ajustaré mis versos al ritmo de la vida,
dice el poeta en su «Preludio interior». Esto son *Las canciones del camino*: recuerdos dispersos de alegrías, de felicidades, de tristezas, de aspiraciones, de ilusiones, de recuerdos, de ensueños, de nostalgias, de los más complejos y diversos estados psicológicos por que ha pasado un alma de artista: la de Francisco Villaespesa.

JOSÉ SUBIRÁ.

* * *

Pan de centeno, novela de ANTONIO SUÁREZ DE PUGA Y DE LA VEGA.
—Un tomo en 4.º menor de 286 páginas.—Imprenta, Juan Bravo, 5,
Madrid, 1906.

En Suárez de Puga, después de leído este libro, se ve un novelista. *Pan de centeno* nos cautiva y nos conmueve, nos *llega al alma* sin grandes latigazos; sentimos suavemente: es que el autor no ha exprimido sus sesos, sino que ha escrito su novela sin el más ligero esfuerzo: he ahí al verdadero novelista.

Declara el autor en el prefacio que su labor es más bien *de copia* que de inspiración, y, en efecto, *Pan de centeno* es una copia de la vida real en nuestros pueblos del campo de Galicia, en la que el autor hace un verdadero alarde de fidelidad á los tipos que ha observado en el poético país que sirve de cuadro á su novela.

Yo quisiera citaros las portentosas descripciones que esmaltan el libro de Suárez de Puga y quisiera hablaros de los tipos reales de su novela: de Don Bartolo, el ricacho codicioso, el cacique que se cree señor de vidas y honras; de Don Fulgencio, el párroco de aldea, verdadero intérprete de la religión de Cristo; de Lucinda, y de Filomena, y de doña Encarna, y de don Teodorito y de la *Parlana*; pero yo renuncio á ello; tendría que disponer de un gran espacio y tendría que hacer crítica yo, que no soy ni quiero que se me tache jamás de crítico ni de *criticador*. Pero...

Hay un tipo en la obra tan majestuoso, tan elevado, tan hermosamente revolucionario—yo lo hubiera hecho más—que no quiero pasar sin deciros algo de él: es el de la *Xaneca*.

Yo creo que el alma del autor vive en el alma de la *Xaneca*, la admirable mujer que nos presenta «colgando á los lados de su cara dos trenzas más negras que el plumaje del mirlo; ostentando sobre aquel cuerpo esbelto, robusto, mal aprisionado el torso con un justillo que reventaba por sus costuras, una cabeza de diosa pagana, que caracterizaban la pureza de líneas y el artístico peinado. En su rostro, más trigueño que el trigo que se esparcía por la era, animado por dos ojos que claras, en su comparación, fuesen las negruras de la más oscura noche».

Conocemos a la *Xaneca* en la *malla* de Don Bartolo, cuando comenzaba á notar la pasión que por ella sentía el amo. Vive sola con su hermano Lázaro, que se halla atormentado por horrible tisis, sumido en su mísero lecho en la destartalada choza donde habitaban los dos hijos de la tía *Bigarda*, la antigua prostituta del lugar, de triste recordación para los dos hermanos, que con frecuencia se veían insultados por los vecinos, que se gozaban echándoles en cara la vida de la pobre mujer que los engendrara.

Está *Xaneca* en amoríos con el *Lobato*, que, celoso del amo de ella, trata de que deje de trabajar en su casa en una escena admirablemente dialogada en que con graciosa sátira ella le dice que la lleve á trabajar á «las sus güertas, á los sus prados, á las sus cortiñas», que, en efecto, había tenido, pero le habían sido incautadas por Don Bartolo. Es, pues, antiguo el encono del *Lobato* hacia el ricacho, que ahora viene á avivar la pretensión de éste

de deshonorar á la *Xaneca*, para lo que pone todos los medios, mezquinos y bajos, que emplea para reducirla en el transcurso de la obra; pero arrebatándola, después de muerto su hermano Lázaro, lo único que la quedaba: su Antonio, el *Lobato*, que, denunciado falsamente de ser autor de una explosión de dinamita ocurrida cerca de la casa de Don Bartolo, fué condenado á cadena perpetua y poco después muerto de un balazo al echarse al mar en precipitada fuga huyendo de su condena.

La *Xaneca*, transida de dolor, loca de amor, quería seguir á su Antonio cuando éste era conducido, y en el mismo camino que él recorriera encontró ella la iniciación de su vida licenciosa, de vicio loco, que la hizo la prostituta de moda de la corte.

... Un día vuelve «la condenada»—como la llamaban en el pueblo—al lugarejo donde nació y vuelve enferma, tísica, pálido el rostro; pero allí quiere ser admirada más que nunca, quiere ser codiciada por Don Bartolo, su antiguo pretendiente, y por los robustos pletóricos mozos y quiere gozarse en la admiración intensísima que hacia ella han de sentir todos al verla tan deliciosa, tan exquisita, aquella gente ruda y sana.

Al poco de entrar en su choza, al verse sola «se pasó las manos por los ojos, vidriosos, hundidos y circuidos de aureolas moradas; tosió con una tosecilla seca y tomó de sobre el arcón un elegante maletín de cuero con chapas de plata. Sacó un frasco oscuro, de cuyo contenido, de penetrante olor de *creosola*, vertió en una cucharilla que aproximó á los labios. «Bien, dijo; esto es música celestial... Agora pa... lo otro.» Y extrajo del maletín un pomito de cristal. Mas de pronto, poniéndose pensativa, exclamó sonriendo: «¡Vaya una burrada, que el mismo asesino quiera quitar la punta al puñal!» Y arrojó el frasquito contra la pared. Un subido ambiente de hospital impregnó toda la choza. «Vamos á ver cómo andamos de cara.» En un espejo manual miróse unos instantes, terminando por llevarse la mano á la frente, dando un hondo suspiro. «Pa quienes has de ser, buena eres, y mejor te pondré.»

»Irguióse de la tajuela en que se asentaba y cerró la puerta de la choza.

»Del fondo del maletín fueron saliendo tarros y pinceles, de los que, canturreando por lo bajo, servíase la *Xaneca* en el afeite de su rostro, que á los pocos minutos estaba totalmente transformado. Los rasgados ojos fulguraban en las sombras lascivas de azuladas ojeras; el matiz de la rosa de Alejandría resaltaba en el aterciopelado cutis, y los labios, antes exangües, tenían la frescura y lozanía de la fresa. «¡Ea! exclamó, contemplándose satisfecha en el cristal. ¡No dirán mis paisanos que no les tengo en estima!»

»A seguida deshizo su revuelto moño, y una cascada de ébano resbaló sobre sus espaldas. Con una agilidad incomparable juntó los cabellos en una sola espesa mata, haciéndose un sencillo y artístico peinado al mismo tiempo que, sonriéndose sarcásticamente, cantaba:

Pa ti me peino, gitano mío;
pa ti mi pelo, pa ti mi cuerpo,
y mis penitas sólo pa mí...»

... La *Xaneca* escandalizó al pueblo con sus locas orgías nocturnas: convidaba á todos los hombres á sus fiestas, y habíase paseado á la luz del día y sin tapujos de ninguna especie con Don Bartolo. La conjura femenina contra la «condenada» era un hecho... Pero la «espléndida pecadora» se cansaba. Había gozado á todos cuantos quiso. Únicamente el *Pedracó* no había penetrado en la «cámara de Satanás», pero seguía al lado de *Xaneca*, esperando el precioso moment ; tenía además el ansia de poseer el maletín del capital de la hermosa...

Por el vecindario de Rivasil corrió la palabra *peste*, é incluso el amo de la casa grande, Don Bartolo, recibía frecuentes visitas del *físico* y continuamente se ocupaba un criado del trasiego de botellines.

Ninguno de los *atacados* explicaba su mal; pero «en el ambiente flotaban amenazas» contra *Xaneca*, que fué amenazada de muerte y querían destrozarla la noche de San Juan, en que se organizó, según costumbre, la bárbara cabalgata que tiene por lema «Al carro», y que Puga relata admirablemente, aconsejando que se lleven *al carro* á los *Don Bartolo* (caciques, opresores) y no á las infelices que—no se sabe por qué—se «han revolcado en el charcal de «la lujuria». La *Xaneca* esperó esa noche á su novio, al *Pedracó*, al hermano que mantenía á la *Pulida*, la enemiga que más brava berrea contra ella. Le atrajo con más cariño que nunca, le habló de los infinitos goces de su noche nupcial, de aquella noche y le hizo beber ron; bebieron mucho los dos, y al aconsejarla él que huyera rebuscaba el maletín donde *Xaneca* guardaba sus joyas y sus dineros, los dineros que le valiera su honra. No está: ya le había donado ella á la *Parlana* pero *Xaneca* lo oculta, incitándole á buscarlo en el huerto, y así, ella tirando de él, llegaron al borde de un abismo; los del *carro* entraron tras ellos... «De pronto paráronse sorprendidos y una carcajada sonó agrandándose en el eco de las peñas. La *Xaneca* abrazábase desesperadamente al *Pedracó*, al que se veía forcejear por desasirse de ella. El cuerpo de la *condenada* inclinábase sobre el abismo, sostenido únicamente por el contrapeso que hacía el cuerpo tambaleante del *Pedracó*.

»Un grito de terror dominó la baraúnda infernal, y escuchóse la voz de la *Xaneca*, que decía: «¡*Pulida*, por el *Lobato*!...»

»Y el cuerpo del *Pedracó*, unido al de la *condenada*, desapareció en el oscuro vacío...»

A los tres días fué encontrado el cadáver de *Xaneca* flotando sobre las aguas del río... Fué enterrada en un campo próximo al cementerio... «Sobre la sepultura de la *Xaneca* no hay una cruz. Con sus mismas manos la *Parlana* allí plantó un olivo, que es símbolo de paz. Andando el tiempo, el árbol, hoy débil, será robusto y frondoso, y de sus ramas colgará el fruto, y entre sus hojas ani-

darán los jilgueros, que, dueños del espacio, saludan al día con el canto armonioso de la libertad, con los trinos y aleteos del amor y del trabajo.»

Es un símbolo, ¿verdad? Como un símbolo son *Xaneca* y *Lobato*...

* * *

... Yo dejo el libro de Puga sobre la mesa de mi despacho: una sencilla mesa de nogal, sobre la que hay una lámpara verde y varios libros desordenadamente colocados; doy un sorbo de cognac y recuerdo emocionado la novela *Pan de centeno*, y recuerdo á Don Bartolo, el causante de la infelicidad del *Lobato* y de la *Xaneca*—á mí me encanta este personaje—y miro hacia el balcón de mi gabinete...

Ya está amaneciendo, y allá en el horizonte yo veo una faja rojiza: es el fuego divino del sol que nace, mientras acá, sobre nuestros tejados, la luna vierte el último rayo clarísimo de su argentina luz.

¿Será otro símbolo? El fuego, la revolución para conseguir nuestros ideales de amor humano...

FRANCISCO GÓNGORA.

* * *

El libro de la vida doliente. Del Hospital, por M. CIGES APARICIO.—*Madrid, 1906.*

Yo he sentido según iba volviendo lentamente las hojas de este libro, una gran desilusión, una lástima profunda de mí mismo, un piadoso desdén de mi vida pretérita, que se deslizó con monótona placidez siguiendo el curso de los días y de los años, que pasaron sobre mí sin que yo pudiese sentir el empuje necesario o para pasar sobre ellos, sin que la lucha llegase nunca franca y sangrienta, sin que las penas ni las amarguras grandes—que por contraste producen los placeres intensos—me arrollasen en mi aburrido camino por el tiempo, para enseñarme cómo se debe vencer ó ser vencido, para enseñarme cómo se debe vivir.

Cruzar por el mundo durante días, durante meses, durante años enteros como espectador interesado en la tragedia que á nuestros ojos se va desarrollando, á veces con mansedumbres tristes que nos conmueven, otras veces con escenas traidoras que nos irritan, en muchos actos con bárbaras acometidas cuya sola contemplación nos hiere y nos abruma; asistir á todo el espectáculo cruel y ridículo á un tiempo, ver cómo sufren y triunfan y luchan y se despedazan y en ocasiones ríen y en ocasiones gritan los actores, ver esto de cerca ó de lejos, pero constantemente, mientras seguimos sentados en nuestro sitio, aprobando ó censurando tan sólo con muecas nacidas de la tenue rozadura que la acción produjo en nuestro espíritu, es más bien que vivir simular que se vive, dejarse arrastrar; es, para decirlo rudamente,

ocultando la vergüenza que tal confesión pueda ocasionarnos, ser cobarde.

El actor de este libro, y de otro, lleno también de dolores y de angustias, padeció todos los sufrimientos que en sus obras narra con reposada y á la vez cálida prosa; y tienen sus relatos todo el color sombrío y trágico de las escenas de muerte y miseria que fueron pasando ante sus ojos y sobre su cuerpo. En una prisión donde estuvo encerrado durante muchos meses convivió con gentes criminales y viciosas, y á las tranquilas horas del amanecer, cuando íbase alejando el sueño estorbado por la atmósfera sucia de la celda, donde respiraban muchos hombres, oyó el tableteo prolongado de las detonaciones, anunciador de que en la cercana explanada caían de bruces, desangrándose, soldados como él, y que quizás cometieron los mismos delitos.

En un hospital, presa de enfermedad repugnante, oyó el gemido tristísimo de los que padecían; asistió á la muerte de un pobre loco, cuyas alucinaciones contemplara poco antes; vió cómo, desnudos los brazos, quietos los músculos de la cara, agudo el mirar, sereno el pulso, unos hombres mutilaban el cuerpo de un infeliz cuya vida habría de acabar, entre horribles martirios, á las pocas horas de aquella carnífera operación; rezó de hinojos, y rezó sin fe, pero con respeto profundo, cabe la cama de un tísico agonizante que recibía de manos de un revestido sacerdote los últimos auxilios religiosos, que en vez de proporcionar consuelos á los que viven sus últimos segundos, martirizan como si fuesen cilicios depuradores de monstruosos pecados. Y entre tanta negrura, entre tormentos tales sólo tuvo una visión seráfica que alivió la crueldad de su triste vivir en aquella casa: Sor María de los Angeles tenía en su casta sonrisa luz de gratos colores para los ojos entristecidos de las almas angustiadas; Sor María de los Angeles era blanca y era buena, tan sólo su raudo pasar aliviaba á los enfermos más que las drogas y ungüentos del médico torpe, que no sabía sanar cuerpos fatigados.

Ciges Aparicio pone todos los matices de su alma de poeta en la descripción de esta monja admirable, y rudamente contrastan las trágicas narraciones de la vida doliente con la serenidad de su prosa cuando se emplea en alabar el espíritu de Sor María de los Angeles. ¡Salus infirmorum!

MIGUEL A. RÓDENAS.

* * *

Hipnotismo y criminalidad.— DR. GONZÁLEZ DE ECHEVARRI.—
Madrid, 1906.

La excesiva cantidad de credulidad que reside en el vulgo, y lo general que es por estas latitudes la falta de espíritu crítico, dan lugar á fenómenos curiosísimos, cuyo único punto de origen es, en todos los momentos y ocasiones, una interpretación falta de toda lógica, de todo sentido práctico, divulgada por contagio. Don-

de mejor se observa esto es en la opinión de los profanos respecto á asuntos médicos.

De improviso, sin razón que lo justifique, un remedio empírico cualquiera, un específico de composición cuidadosamente disimulada, adquiere fama y no hay modo de hallar enfermo que no lo haya tomado por cuenta propia antes de llamar al médico. Véase lo que ocurre actualmente con la electroterapia.

El mariposeo, á que tan aficionados se muestran nuestros intelectuales, el charlotear en cafés y sociedades, el afán de exteriorizar asombros pueriles, una vulgarización mal entendida y falseada, han dado por fruto extender la creencia de que á la soberana fuerza nada se la resiste, y que es ella cosa tan sorprendente que no hay enfermedad que no ceda á su maravilloso influjo. El paso á la práctica de tales ideas es fuente de episodios, no muy fáciles de clasificar por ser las palabras triste y ridículo demasiado poco delimitadas. Hoy son legion los enfermos que á la menor molestia solicitan de su médico aplicaciones eléctricas, negándose en cambio a someterse á otros tratamientos. Entre éstos repudiados por el paciente figura, en primer término, el hipnotismo. Casas hay en que tales cosas tiénense por brujería, en otras es la causa de la negativa el temor á que salgan á superficie hondos secretos ó miedo á persistencia de la acción dominadora, y por estas y otras muchas causas de la misma índole, es hoy el hipnotismo muy poco practicado con fines terapéuticos, siendo así que constituye un excelente recurso en gran número de enfermedades.

Todo este largo preámbulo va encaminado á explicar las razones que tengo para sentir, con verdadera pena, que el doctor Echevarri haya acentuado la nota de pesimismo, exagerando los riesgos del hipnotismo y no poniendo de relieve ninguna de sus ventajas; cosa tanto más lamentable por cuanto la personalidad del autor es suficiente garantía de que su libro ha de ser muy leído y comentado.

Los actos criminales en que se ha utilizado el hipnotismo como procedimiento son rarísimos, y son raros por las pocas probabilidades de éxito que en él se encierran, pues la excelencia de los resultados depende, ante todo, del terreno (1); como dice Guyau (2), si bien todos somos susceptibles de ser sugestionados, la posibilidad de la resistencia personal á la sugestión varía considerablemente.

Aun en los casos más frecuentes, los referentes al instinto sexual, no se cuentan más arriba de cinco ó seis ejemplos, cuya autenticidad no pueda dejar lugar á dudas (3). Autores como Broardel y G. Ballet afirman que en muchos casos de violación, conseguida merced á métodos hipnóticos, trátase de mujeres que

(1) M. Vigourou y P. Inquelier, *El contagio mental* (versión española).

(2) Guyau, *Educación hereditaria*.

(3) G. de la Tourette, *¿Hipnotismo au point...?*, etc.—París, 1887.

aun despiertas no hubieran opuesto gran resistencia. Las otras clases de crímenes están aún menos probados (1). Schrenck Notring (2) declara que no existe en la literatura especial ningún hecho que haya sido objeto de un proceso, y Grasset afirma que «en cuanto á crímenes verdaderos realizados en la hipnosis provocada, es preciso reconocer que no existe ejemplo absolutamente positivo de ellos». Es posible, pero nada más que posible, siempre con el dato en contra de que los crímenes experimentales de laboratorio no parecen darse en la práctica.

Informa el libro un sano criterio científico. Evitar que los recursos terapéuticos anden en manos desaprensivas es una meritísima labor, aun cuando durante ella se incurra en algunos errores, debidos, como en el caso presente, á defectos en el conocimiento del estado actual de la fisiología. Otra equivocación del Dr. Echevarri es, a mi modo de ver esa opinión, de la que alardea, de que las razones deben anteponerse á las pruebas obtenidas en clínicas y laboratorios. Esto hace que su libro peque de incoloro é incompleto, acaso por la forzada polarización que á toda la obra impone un criterio que pudiéramos llamar *eclesiástico*, que le obliga á perder tiempo y tiempo en la averiguación de si los fenómenos hipnóticos deben considerarse ó no como naturales.

La observación con que termina el libro que nos ocupa no tiene ningún relieve, y no lo tiene por lo incompletamente relatada que está, á más de restarle mucha importancia el tratarse de un enfermo histérico, ya sometido de antiguo á una educación hipnógena por médico tan prestigioso como el Dr. Simonena.

Hay histéricos que llegan á parecer autómatas merced á estas tentativas de adiestramiento; es, pues, el del Dr. Echevarri un libro interesante, cuya lectura debe emprenderse con el prejuicio de que, si bien debe evitarse que el hipnotismo sea manejado por gente inculta, no debe tenersele miedo, pues expone muy poco, siendo excepcional su utilización con fines criminales, y en cambio de uso muy frecuente que se obtengan grandes resultados en la curación de ciertos procesos, principalmente histéricos.

CÉSAR JUARROS.

*
* *

Tratado de topografía moderna, por D. HILARIÓN RUIZ AMADO, ingeniero de Montes, Inspector general del Cuerpo del Estado.—Barcelona, imprenta de Thomas.—Dos tomos en folio de 659 y 652 páginas, con muchos centenares de figuras intercaladas en el texto.—Precio en rústica, 40 pesetas.

El sabio ingeniero autor de esta obra magistral es fundador y director de *La Topografía Moderna y el Catastro*, revista mensual que aparecía en Barcelona y fué suspendida en Diciembre de 1895,

(1) Vives, *L'hynopt. et le sugg...*, etc.—*Nouveau Montpellier Médical*, 1901.

(2) Citado por Grasset, *El hipnotismo y la sugestión* (versión española).

cuando el Sr. Ruiz Amado se decidió á preparar el libro de que nos ocupamos.

También es autor de otros trabajos importantes, así como de un círculo logarítmico y doble transportador, más ventajoso en la práctica que las reglas logarítmicas conocidas y de muy rápidos resultados y fácil manejo.

Ya en su revista nos había dado muestras de su saber, de la profundidad de observación de su espíritu y de la previsión y nitidez de sus opiniones, hijas del estudio concienzudo y de la práctica más completa de los procedimientos y aparatos empleados por la topografía.

Como continuador del apostolado del insigne Porro, se dedicó especialmente á la topografía moderna en su más lato concepto, y la obra que hoy presenta es un gran monumento alzado á la nueva ciencia, que otros llaman *celerimensura* porque responde á las tres principales condiciones exigidas en los trabajos topográficos: *exactitud, celeridad y economía.*

La última obra del Sr. Ruiz Amado merecería fundar una escuela para su enseñanza y aplicación práctica; tal es el ámbito de la compilación que abarca y tal es el caudal de conocimientos que revela, la evolución que importa y que explica con sencillez y claridad; escuela en que se formarían los operadores idóneos que deberían más tarde ir aplicando poco á poco los nuevos métodos á los trabajos que tienen que realizarse en nuestro país, y muy especialmente al del Catastro, cuya necesidad es notoria y más reclamada cada día para el arreglo de la propiedad y para la per-evaluación del impuesto.

El ingeniero Sr. Ruiz Amado en su libro pasa en revista todos los aparatos y procedimientos antiguos y modernos conocidos en la ciencia del topógrafo, desde la brújula y la plancheta con pínulas hasta el clepe y el eutorreductor, desde las erróneas construcciones gráficas hasta la determinación analítica de todos los puntos característicos del terreno, mediante las tres coordenadas de cada uno, y todo en una marcha progresiva, paso á paso, deteniéndose á mostrar las ventajas y los inconvenientes de cada reforma hecha en la construcción de los aparatos, cuyos órganos detalla minuciosamente para mostrar su importancia y la de su empleo y resultados.

Página por página, su obra describe el proceso que la ciencia de la topografía ha seguido en sus progresos por el perfeccionamiento de los medios y por los conocimientos que ha ido adquiriendo, y así, al ir volviendo las hojas del nuevo libro, parece que ellas fueran otros tantos lentes de potencia siempre en aumento y que paulatinamente acercan, agrandan y aclaran las conquistas que la ciencia ha logrado, desechando errores salvando dificultades y adelantando más y más hacia la verdad, á esa verdad matemática, tras la que se va siempre con el anhelo de encontrarla brillando pura y abstracta, exenta de dudas y de error personal, irradiando dominadora con la exactitud del triángulo y de la ex-

presión numérica, que se impone á la inteligencia con la fuerza del axioma.

Todo el que ame la ciencia, todo el que profese la del topógrafo, debe leer y meditar sobre esas páginas, rebosantes del saber de quien con espíritu clarividente lo ha adquirido por el estudio y la observación.

Allí están comparados los unos con los otros aparatos contruídos para el mismo fin ó que tienen un mismo nombre y señalados los inconvenientes ó ventajas que les ha encontrado el sagaz y experimentado maestro, «para que el topógrafo aplique sin dudas ni vacilaciones el que pueda y más convenga al caso».

Sabemos que el ingeniero Ruiz Amado, para llegar con su obra hasta los últimos adelantos ó tentativas, piensa agregarla un apéndice sobre foto-topografía, sus aparatos, procedimientos y resultados.

El maestro complementará así su hermoso y apreciado libro, que perdurará junto al del ingeniero Salmoiraghi (*Istrumenti e metodi moderni di geometria applicata*) y de los trabajos del genio que se llamó Ignacio Porro, fundador de la topografía moderna, constructor y perfeccionador del «primer taquímetro» destinado á la «celerimensura» y autor del grandioso proyecto del Catastro italiano, del «gran libro fondiario».

Ahora, cuando por fin han aprobado las Cortes el proyecto de ley para que se haga el catastro parcelario, si llega á establecerse un centro directivo para la ejecución del mismo, ninguna persona estaba tan indicada como el doctísimo ingeniero Sr. Ruiz Amado para ponerse al frente de la empresa. Quizás no querría aceptar, fundándose en su edad, algo avanzada; pero nosotros, de ser el Gobierno, le obligaríamos á ello, porque no hay nadie que sepa en España de estos asuntos tanto como él y porque conserva aún sus energías físicas y su clarísima inteligencia.

Quien ha sido capaz de dar á la estampa una producción de tan extraordinario mérito no puede excusarse de completar su obra sentando las bases de un Catastro verdad.

* * *

Art et psychologie individuelle, por LUCIANO ARRÉAT.—Paris, Félix Alcan, editor, 1906.—En 8.º, VIII-160 páginas, 2.50 francos.

El autor expone un método que consiste en aclarar ó comprobar las teorías generales de lo bello por la experiencia particular del individuo. Cree que puede ser útil, y sin duda interesante, establecer la relación de sus juicios estéticos con la práctica de su propia vida, con las influencias recibidas y el carácter heredado. Discute y completa las opiniones sobre el arte, fundándose en los trabajos que recientemente se han publicado. Termina con dos notas, una sobre *la invención literaria* y la otra sobre *la asociación de las ideas*.

* * *

Les notions d'essence et d'existence dans la philosophie de Spinoza, por A. RIVAUD, profesor de la Facultad de Letras en Rennes. — París, Félix Alcan, editor, 1906. — En 4.º, VIII-216 páginas, 3,75 francos.

Este trabajo es una monografía crítica acerca de uno de los problemas más delicados que suscita la doctrina de Spinoza, que es en realidad, una teoría del ser, y la dicha suprema á que pretende conducirnos no es otra cosa que la posesión del ser. La distinción entre la esencia y la existencia está dondequiera presente en el sistema de Spinoza, y alrededor de aquélla se agrupan todas las ideas relativas á las relaciones del Universo con Dios y la creación.

El libro del Sr. Rivaud aclara muchas de las cuestiones más abstrusas referentes á la citada doctrina.

* * *

Les elements de l'esthetique musicale, por HUGO RIEMANN, profesor de la Universidad de Leipzig. Traducido del alemán por Jorge Humbert, profesor del Conservatorio de Ginebra. — París, Félix Alcan, editor, 1906. — En 4.º, II-278 páginas, 5 francos.

Esta obra es un estudio concienzudo de los primeros elementos de la estética musical, y al investigar los fundamentos de este arte, se destaca la personalidad del autor, quien establece y coordina en una serie de quince capítulos los principios esenciales de una teoría sencilla y racional de lo bello en música.

¡Debemos gratitud al Sr. Riemann, con tanta mayor razón cuanto que vivimos en una época en la que se olvidan las cualidades propias de la música y se busca en toda obra el elemento dramático, descriptivo y hasta simbólico!

Nos enseña el autor á conocer la música en sí misma, la música pura, «la que no quiere representar sino lo que es y como es». Sólo así nos hallaremos en condiciones de apreciar en su justo valor las innumerables y con frecuencia atrayentes tentativas de arte aplicado, en las que se ingenian los músicos del día.

* * *

La psychologie des individus et des sociétés chez Taine historien des littérateurs, por PABLO LACOMBE. — París, Félix Alcan, editor, 1906. — En 4.º, II-376 páginas, 7,50 francos.

Todo europeo algo ilustrado conoce las teorías de Taine. Para un público inmenso, Taine es el hombre que ha explicado la evolución de las literaturas por la índole de las razas, por el medio y por el momento, á las que ha unido buen número de otras teorías secundarias y auxiliares, como, por ejemplo, la del espíritu clásico y latino-francés, en oposición constante con el espíritu anglo-sajón y germánico, etc.

El Sr. Lacombe examina detenidamente en su obra la tesis de

Taine, de Taine historiador literario únicamente, dejando aparte al Taine historiador político. Es un examen crítico. «muy crítico, sin complacencias, aunque sin hostilidad tampoco», y el lector se equivocaría si creyese que el autor no tiene en gran estima el genio de Taine, pues cuida de poner de realce las supremas cualidades que había en él de hombre de pensamiento. Taine fué un iniciador, lo que ya es un mérito extraordinario. Es indudable que aquel que abre por primera vez un camino en un lugar difícil, tiene que abrir un camino tortuoso; los que le suceden, con menos dificultad y menos mérito también, lo rectificarán. Superior á los que le han seguido sus ideas no han sido sobrepujadas; pero para ir más lejos que él, sus sucesores se han ayudado de él mismo, por lo que deben á su memoria respetuosa y profunda gratitud. Después de capítulos intitulados «Discusión de la idea de las razas» «El medio», «El momento», «Las individualidades», dedicados á la parte crítica, aborda el autor la teoría y se dedica á la investigación de las causas. Se aprovecha como le conviene de los trabajos realizados desde Taine hasta la fecha y á veces expone ideas personales, y en este último caso no hace afirmaciones resueltas, como quien está seguro de sí mismo, sino que las enuncia para que sean discutidas.

* * *

Questions esthétiques et religieuses, por PABLO STAFFER.—*Paris, Félix Alcan, editor, 1906.—En 4.^o, 250 páginas, 3 francos.*

La perseverante investigación de la armonía entre el bien, lo bello y lo verdadero constituye la unidad de estos estudios estéticos y religiosos.

Dedica el primero á la cuestión, que se renueva sin cesar, de las relaciones entre el arte y la moral.

Pierre Leroux constituye el asunto del segundo. Su filosofía religiosa, tan ampliamente desenvuelta en el hermoso libro de la humanidad, se analiza aquí por primera vez, con el detenimiento y cuidado que merece. El autor hace el curioso descubrimiento siguiente: que el famoso socialista fué, sin que él ni nadie lo sospechase, un gran precursor del protestantismo liberal.

En el último capítulo, de extraordinario interés de actualidad, expone la crisis de las creencias cristianas. Trata de lo sobrenatural, del misticismo, de la evolución de los dogmas y de la esencia de la fe; concluye que las viejas ortodoxias, católica y protestante, van á morir, si no han muerto ya, y que en lo porvenir la única forma vivaz del cristianismo será una religión toda espíritu y toda libertad.

A.

* * *

Manual de Contabilidad general y aplicada á las provincias y municipios, por D. JOSÉ OTERO Y ARBONA, *Contador de la excelentísima Diputación provincial de Toledo*. - Un tomo de 544 páginas en 4.º prolongado, impreso en Toledo, en el establecimiento tipográfico de los Sres. Viuda é Hijos de J. Rodríguez.

Se ha puesto á la venta en todas las librerías de Toledo, al precio de 12 pesetas ejemplar, pudiendo también hacerse los pedidos al autor, acompañando el importe en libranza del Giro mutuo ó letra de fácil cobro, y añadiendo 50 céntimos por ejemplar si se desea recibirlos por correo certificados.

Esta notable obra va especialmente destinada á facilitar la preparación para el ingreso en los cuerpos de Contadores de fondos y Secretarios de Ayuntamiento; pero puede ser igualmente útil a todos los funcionarios provinciales y municipales.

Está dividida en dos partes: la primera consagrada al estudio de la «contabilidad general», sin cuyo perfecto dominio es inútil empeñarse en trabajar con fruto en una rama especial cualquiera; y la segunda destinada al estudio metódico de cuanto hace referencia á la «Hacienda y contabilidad de las provincias y municipios».

Dos libros ó tratados forman la primera parte: uno de *Cálculo aritmético*, razonado y práctico á la vez, con 128 problemas y 16 tablas auxiliares sobre «procedimientos generales de cálculo, metrología, compra-venta, permuta y demás operaciones de mercaderías, intereses, descuentos, empréstitos y amortizaciones, sistemas monetarios» y operaciones de «Banca y Bolsa»; y otro de *Teneduría de libros*, no de carácter mercantil, como es uso general en esta clase de estudios, sino basado en principios de universal aplicación, y adaptable á todos los usos de la vida moderna. Sirven de complemento á este tratado la contabilidad simulada, en seis modelos, de un médico que presta sus servicios en un establecimiento de beneficencia provincial, y es á la vez propietario y rentista.

La segunda parte se desenvuelve en tres libros: el primero, dividido á su vez en tres secciones, trata: en la primera de los conceptos del «municipio y la provincia», en sus aspectos histórico, filosófico y legal, de la «Hacienda pública», la «Contabilidad del Estado» y la organización y funcionamiento del «Tribunal de Cuentas»; en la segunda del «origen y vicisitudes» de la Contabilidad provincial y municipal, especialmente desde el año 1812 hasta el de 1868 en que se inauguró el período revolucionario, y desde ésta hasta la legalidad vigente; y en la tercera para fijar el «estado actual» de la Hacienda y contabilidad locales, se estudian la ley provincial de 1882, con las modificaciones que por decreto ha venido sufriendo, y la legislación supletoria de 1865, la ley municipal de 1877, las disposiciones «Correa» de 1886, el reglamento del Cuerpo de Contadores y los recursos y procedimientos contenciosos en materia de Hacienda y contabilidad provinciales y municipales.

El libro segundo se contrae al estudio de las operaciones de contabilidad de las corporaciones locales, para hacer aplicación á ellas de los principios y reglas establecidos en la primera parte; empezando por los «presupuestos», base de las operaciones anuales, enumerando «los bienes y recursos» que constituyen su hacienda y las «consignaciones» necesarias para el pago de todas las atenciones; describiendo los «libros obligatorios y voluntarios» que deben llevar los contadores y depositarios, y su manejo con arreglo á los principios generales de «Teneduría»; explicando la forma, contenido, requisitos é incidencias de los «documentos justificativos de ingreso y pagos»; exponiendo el procedimiento que debe seguirse para la «liquidación y enlace de los ejercicios» con arreglo á las disposiciones legales recientemente dictadas para la supresión del período de ampliación y de los presupuestos adicionales; detallando el número, disposición y contenido de las «cuentas» que los presidentes y depositarios vienen obligados á rendir, con su tramitación respectiva, y terminando con un sucinto estudio de las «reformas» que el autor estima «indispensables» en la contabilidad de diputaciones y ayuntamientos.

El libro tercero y último viene á constituir una *Contabilidad práctica*, formada por trece modelos de los libros, documentos y cuentas anteriormente explicados.

Como se ve por lo ligeramente apuntado, la última producción del Sr. Otero es de gran mérito é importancia.

Apología del Cristianismo, por el R. P. ALBERTO MARÍA WEISS (O. P.), escrita en alemán y traducida por distinguidos literatos.

Acaba de salir á luz la tercera parte de dicha incomparable obra.

Consta de cinco partes:

1.^a «El hombre completo», considerado en su naturaleza íntima y en sus destinos, Manual de Ética.

2.^a «Humanidad y humanismo», el hombre en su desenvolvimiento fuera del Cristianismo, Filosofía é Historia de la cultura del mal.

3.^a «Naturaleza y sobrenaturaleza», el hombre bajo la influencia del Cristianismo, Espíritu y vida del Cristianismo.

4.^a «La cuestión social y el orden social», el hombre como parte del todo social, Manual de sociología.

5.^a «La perfección», el hombre aspirando á la perfección cristiana, doctrina de la más elevada empresa moral del hombre.

A medio publicar estaba la presente obra, cuando Dios Nuestro Señor llamó á sí al editor de la misma, D. Juan Gil (q. e. p. d.). Su último anhelo consistió en que la grandiosa empresa acometida por el sabio dominico alemán en defensa del Cristianismo honrase el ya largo catálogo de insignes obras católicas, que con tan buen deseo y excelente acierto supo escoger de la literatura cristiana universal, para que enriqueciesen la nuestra y contribu-

yesen poderosamente á la sana cultura hispano-americana. La Divina Providencia no le permitió ver en este mundo colmados sus deseos; pero su viuda y sus hijos, los Herederos de Juan Gili, han recibido como principal herencia del fundador de esta casa el grato encargo, que han tomado á punto de honor, de terminar en breve plazo la *Apología del Cristianismo*.

De ello es prueba elocuente la terminación de la tercera parte, «Naturaleza y sobrenaturaleza». Esta tercera parte es mucho mayor que las anteriores, y expresa el último pensamiento del P. Weiss en las importantísimas y trascendentales cuestiones que en ella ventila el piadoso cuanto sabio hijo de Santo Domingo, ya que, cumpliendo lo ofrecido, se ha hecho la traducción de conformidad con la última edición alemana.

En cuanto al fondo de esta tercera parte, sólo hay que decir que supera en interés, en amplitud y en profundidad, á los asuntos ya tratados en las partes anteriores. Como su título indica, propónese el autor demostrar en ella la relación que existe entre lo natural y lo sobrenatural, y este pensamiento capital le da ocasión para trazar cuadros asombrosos, por lo vastos, por lo originales, repletos de luz, de erudición, de sentimiento y de elocuencia. La colosal concepción del P. Weiss puede muy bien compararse á la ascensión de una ingente montaña: conforme se avanza hacia la cumbre (hacia la perfección, última parte de la obra), se dilata el horizonte, se descubren nuevas y sorprendentes perspectivas, se domina con mayor lucidez y minuciosidad el camino recorrido, y se debate el alma en conmovedoras y cada vez más dulces emociones, á medida que los torrentes de luz que parten de la altanera cima penetran sus más recónditos repliegues. El fin del mundo antiguo y el origen del Cristianismo, Dios, la fe, la tolerancia, la justicia, la religión, la ley, la libertad, la gracia, la Iglesia, lo natural, lo sobrenatural, Jesucristo, la educación de la inteligencia, de la voluntad, del carácter, del sentimiento, el Cristianismo y la humanidad, las bellas artes apéndice admirabilísimo, lleno de nuevos y sorprendentes puntos de vista, la regeneración, la vida según la fe, según la Iglesia, según la oración, según la caridad, etc., etc., son los puntos capitales de esta tercera parte, desenvueltos todos ellos con incomparable amenidad, con orden profundamente lógico y práctico y con el interés que palpita en todas y cada una de las partes de esta magna *Apología del Cristianismo*.

La prensa hispano-americana ha saludado la segunda parte con no menor entusiasmo que la primera. Sin duda alguna que la lectura de esta tercera parte despertará en ella, no sólo entusiasmo, sino verdadera admiración.

Condiciones generales de la publicación.—La obra consta de cinco partes, de dos tomos cada una, ó sea diez voluminosos tomos en 4.º (23 1/2 por 15 centímetros). La edición castellana se publica con regularidad, esmeradamente impresa en tipos claros y nuevos, en excelente papel y con toda la pulcritud que los editores Gili ponen en sus producciones.

Dada la importancia de la obra, se ha hecho una encuadernación especial, en tela inglesa con hermosa plancha alegórica, tirada en oro y colores, con el lomo en piel achagrinada y cortes rojos pulidos.

Condiciones de venta.—La obra se publica por partes, y éstas se componen de dos tomos en 4.º, a los cuales se ha fijado un precio uniforme, á pesar de ser la tercera y cuarta parte más voluminosas que las demás.

Precio de cada parte:

En rústica, 12 pesetas; encuadernada, 16.

Precio de la obra completa:

En rústica, 60 pesetas; encuadernada, 80.

Las partes, á medida que se vayan publicando, se remitirán francas de porte y certificadas a los suscritores de España. Los de América y extranjero deberán añadir 2 pesetas por cada parte, ó 10 pesetas por la obra completa, para gastos de envío. También podrán unos y otros suscribirse por medio de los corresponsales de la casa.

Pago anticipado.—Á los españoles que se suscriban á la obra directamente ó por medio de corresponsal, y anticipen su importe total, se les libraré el recibo correspondiente y se les hará una importante rebaja, esto es, les costará la obra completa 50 pesetas en rústica y 70 encuadernada, cantidad que deberán remitir al editor para obtener la venta á que ofrece, y que no dudamos agradecerán los suscriptores, pues sólo para corresponder á sus atenciones, y en gracia de la difusión de obra tan trascendental, se hace este beneficio. Los suscritores de América y extranjero podrán dirigirse también á los corresponsales de la casa.

Los americanos que deseen recibir directamente la obra han de enviar el importe total de la misma, ó sea 50 pesetas en rústica ó 70 encuadernada, más 10 pesetas para gastos de envío, al editor, quien les remitirá las partes publicadas y las que falten por publicar hasta la terminación de la obra.

Advertencia importante.—El plazo referente á la bonificación que se hace á los suscritores que anticipen el importe total de la obra terminará en España el 31 de Mayo y en América el 31 de Julio del corriente año de 1906, es decir, una vez terminada la publicación de la cuarta parte de la *Apología del Cristianismo*.

Terminado el plazo, los que deseen poseer esta obra deberán satisfacer su precio corriente, ó sea 60 pesetas en rústica y 80 encuadernada.

* * *

Otras publicaciones.

Diálogos morales, en verso, propios para ser representados en las veladas religioso-literarias de los colegios católicos, originales del Rvdo. P. Andrés Casado y Farraces, religioso de las Escuelas Pías.

Los diálogos que ahora da á la prensa el laureado poeta P. An-

drés Casado, instigado por sus compañeros y amigos, tienen ya la sanción de público, pues más de una vez han sido la delicia de las veladas en los colegios católicos.

La versificación es fácil y correcta, é inspirada cuando la ocasión lo requiere; el diálogo, vivo y animado y sin traspasar los límites de los conocimientos que deben tener los personajes mínimos que los representan, resultando por eso naturales, y huyendo de toda afectación empalagosa y amanerada.

Los hay serios, como «La ciencia y la fe», «La felicidad es Dios», «Rosas y espinas» y «El secreto de Isabel», y graciosamente cómicos, como «Las carreras», «Un librepensador teórico» y «Sobre la educación de las señoritas», donde el autor ha derramado todas las sales de su ingenio, quedando castigada con látigo de sonantes cascabeles la ambición desmedida de los padres, la ignorancia de la impiedad y el imperio ridículo de la moda en la educación de las hijas, que se suelen hoy instruir *á la violeta* y no educar para que sean mañana la felicidad del hogar cristiano.

No son, pues, diálogos hueros los diálogos del P. Casado, sino llenos de sentimientos religiosos y conducentes a la práctica del bien obrar para vivir en español y morir en cristiano.

Damos, pues, nuestra más cumplida enhorabuena al poeta escolapio por los *Diálogos morales* publicados ahora, y esperamos con fundamento que no serán los últimos que se suelten de los puntos de su bien tajada pluma.

Véndense en el Colegio de Escuelas Pías de San Fernando de Madrid, á 0,25 pesetas cada diálogo suelto, 0,75 la colección de cuatro y 1,50 toda la colección.

Biblioteca Sociológica Internacional.—La Biblioteca Sociológica Internacional que con tanto éxito publican en Barcelona los editores Henrich y C.^a, en comanda ha publicado recientemente la magnífica obra titulada *El materialismo histórico y la sociología general*, del ilustrado catedrático de la Universidad de Génova Alfonso Asturaro.

Las prelecciones universitarias reunidas por Alfonso Asturaro bajo el título de *El materialismo histórico y la Sociología general* pueden considerarse como una exposición de las razones que han movido al autor á elevarse del materialismo histórico á la sociología general humana. Asturaro, en efecto, opina que el materialismo histórico puede explicar la relación de causalidad que existe entre el fenómeno económico (fundamental) y los demás epifenómenos; pero no puede explicar, ni se lo proponía, por otra parte, las relaciones de los epifenómenos entre sí y la reciproca reacción de uno sobre otro. Alfonso Asturaro viene á ser, pues, un adepto condicional de la indicada doctrina, para quien el materialismo histórico, ó por mejor decir, el determinismo económico es tan sólo un hilo conductor en el laberinto de la historia. De todos modos, el hecho de constituir el eje del libro la sustantividad del fenómeno económico, su absoluta independendencia de todos los demás y las profundas modificaciones que en ellos origina es suficiente para poder colocar á este autor en el número de los so-

ciólogos que aceptan, por lo menos parcialmente, la genial intuición de Carlos Marx como punto de partida para la investigación de la génesis y evolución de los fenómenos sociales.

El libro es puramente expositivo; difícil sería hallar otro más frío y desapasionado. El elemento subjetivo y el objetivo están compenetrados en él con sistematización tan grande que no parece sino que el pensamiento del investigador y las consecuencias lógicamente desprendidas de fenómenos históricamente comprobados y de hipótesis racionalmente aceptables, por conformarse con lo sucedido en cualquier momento ó estadio de la evolución, no forman más que una sola cosa.

X.

MADRID.—IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado, bajo.

SAN HILARIO SACALM (GERONA)

ESTABLECIMIENTO TERMAL

Abierto desde 1.º Julio al 15 Septiembre.

Aguas bicarbonatadas sódicas-cálcico-ferruginosas.

Las mejores conocidas para los enfermos de *latiasiz úrica* (mal de piedra) *colelitis* (cálculos en el hígado), *gota*, *anemia* y *clorosis*, *infartos del hígado*, *diabetes*, *paludismo* y *disenteria crónica*, *hidropesía*, *dispepsia*, *gastralgia*, etc.

Estas aguas de baja temperatura (11 á 12º), son muy ricas en ácido carbónico libre y pueden transportarse á grandes distancias sin sufrir alteración en su composición.

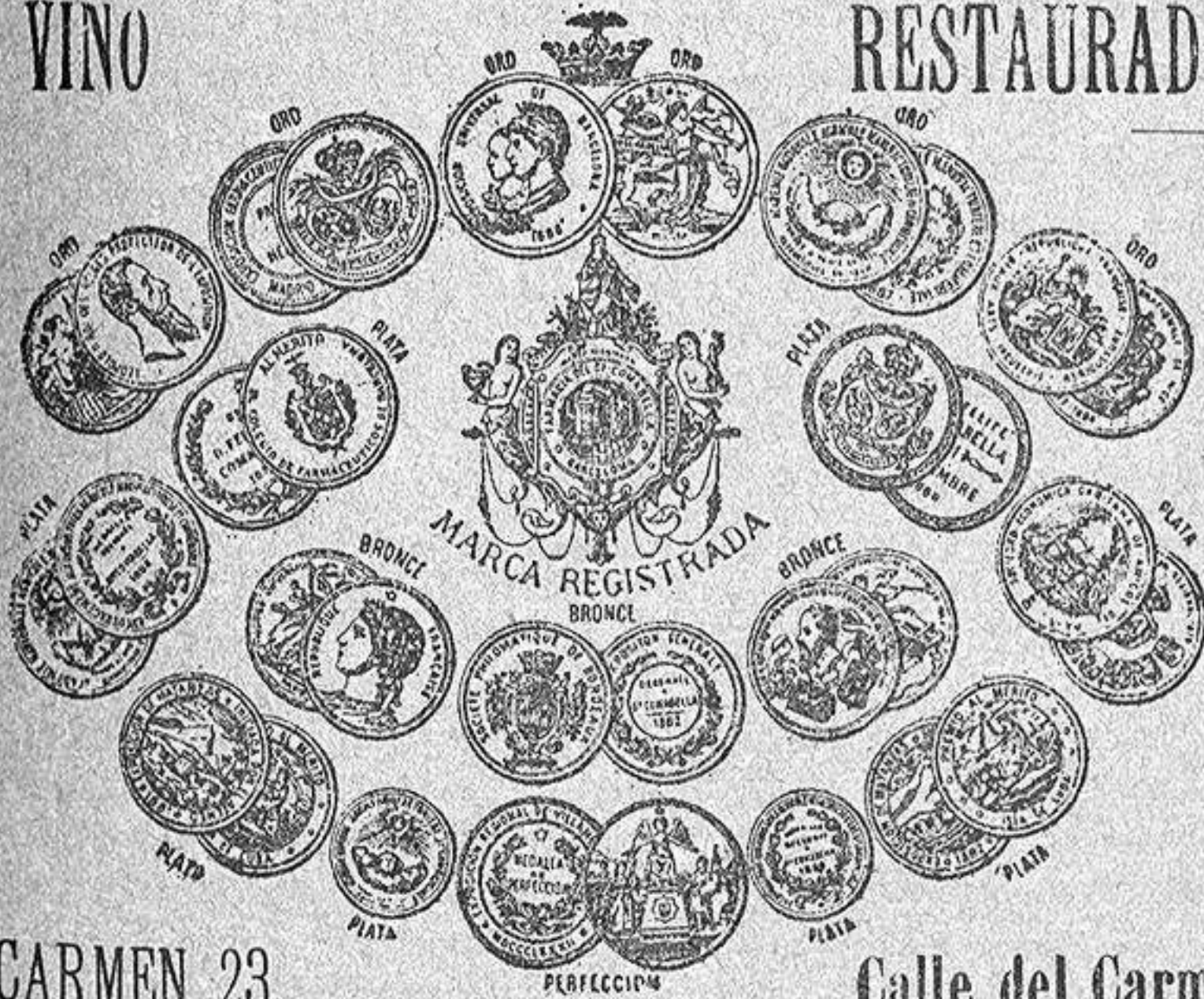
NOTA IMPORTANTE.—Se recomienda muy especialmente que antes de destapar la botella se refresque el agua á su temperatura natural, ó sea 11 ó 12º; esta agua es una de las mejores y más agradables para la mesa, á quien una celebridad médica de Alemania llamó la *reine des eaux de table*.

Pedirla en todas las farmacias y depósitos de aguas minerales. Para los pedidos de botellas de agua dirigirse á

D. Francisco Martorell.—San Hilario Sacalm.

VINO

RESTAURADOR COMABELLA



El uso de este **Vino** es insustituible en los estados escrofulosos, raquitismo, anemia, etc., etc., y en general, siempre que se quiera combatir con resultado positivo todas las enfermedades que tienen su base en la debilidad.

El éxito creciente que este producto obtiene, es la mejor prueba de sus indiscutibles resultados.

Farmacia del
Dr. Comabella.

CARMEN 23,

Calle del Carmen, 23, Barcelona.

GRAN RESTAURANT MARTIN

MARTIN PAGÉS propriétaire.

Servicio á la carta y precio fijo.—Especialidad en banquetes.

Rambla del Centro, 5 (frente al Gran Teatro Liceo).

BARCELONA

SUCURSAL

HOTEL MARTIN

SAN HILARIO SACALM (GERONA)

SOCIEDAD DE ALTOS HORNOS

Y FÁBRICA DE HIERRO Y ACERO DE BILBAO

FABRICACIÓN DE HIERRO ORDINARIO Y HOMÓGENEO

Acero BESSEMER (primera y única en España) y acero SIEMENS-MARTÍN en las dimensiones usuales para el comercio y construcción.—Fabricación de chapas.—Especialidad en viguería para construcciones desde 8 centímetros de alto hasta 32.—Fabricación de rails ligeros para minas y otras industrias y pesados para ferrocarriles.

Construcción de vigas armadas para puentes y edificios.

Fundición de columnas, calderas para desplatación y otros usos y grandes piezas hasta 20 toneladas.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

Línea de Filipinas.—Trece viajes anuales, arrancando de Liverpool y haciendo las escalas de Coruña, Vigo, Lisboa, Cádiz, Cartagena, Valencia, para salir de Barcelona cada cuatro sábados, ó sean 6 Enero, 3 Febrero, 3 y 31 Marzo, 28 Abril, 26 Mayo, 23 Junio, 21 Julio, 18 Agosto, 15 Septiembre, 13 Octubre, 10 Noviembre y 8 Diciembre, directamente para Génova, Port-Said, Suez, Colombo, Singapore y Manila. Salidas de Manila cada cuatro martes, ó sean 23 Enero, 20 Febrero, 20 Marzo, 17 Abril, 15 Mayo, 12 Junio, 10 Julio, 7 Agosto, 4 Septiembre, 2 y 30 Octubre, 27 Noviembre y 25 Diciembre, haciendo las mismas escalas que á la ida hasta Barcelona, prosiguiendo el viaje para Cádiz, Lisboa, Santander y Liverpool. Servicio por trasbordo para y de los puertos de la costa oriental de Africa, de la India, Java, Sumatra, China, Japón y Australia.

Línea de Cuba Méjico.—Servicio mensual á Habana y Veracruz, saliendo de Bilbao el 17, de Santander el 20 y de Coruña el 21, directamente para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz el 16 y de Habana el 20 de cada mes, directamente para Coruña y Santander. Se admite pasaje y carga para Costafirme y Pacífico, con trasbordo en Habana al vapor de la línea de Venezuela-Colombia. Combinaciones para el litoral de Cuba é Isla de Santo Domingo.

Línea de New-York, Cuba Méjico.—Servicio mensual, saliendo de Génova el 21, de Nápoles el 23, de Barcelona el 26, de Málaga el 28 y de Cádiz el 30, directamente para New-York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz el 26 y de Habana el 30 de cada mes, directamente para New-York, Cádiz, Barcelona y Génova. Combinaciones con distintos puntos de los Estados Unidos y litorales de Cuba. También se admite pasaje para Puerto Plata, con trasbordo en Habana.

Línea de Venezuela-Colombia.—Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 11, el 13 de Málaga y de Cádiz el 15 de cada mes, directamente para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico, Habana, Puerto Limón, Colón, de donde salen los vapores el 12 de cada mes para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, etc. Se admite pasaje y carga para Veracruz, con trasbordo en Habana. Combina por el ferrocarril de Panamá con las Compañías de navegación del Pacífico, para cuyos puertos admite pasaje y carga con billetes y conocimientos directos. Combinación para el litoral de Cuba y Puerto Rico. Se admite pasaje para Puerto Plata, con trasbordo en Puerto Rico, y para Santo Domingo y San Pedro de Macoris, con trasbordo en Habana. También carga para Maracaibo, Carúpano, Coro y Cumaná, con trasbordo en Puerto Cabello, y para Trinidad, con trasbordo en Curaçao.

Línea de Buenos Aires.—Servicio mensual, saliendo de Génova el 1, de Barcelona el 3, de Málaga el 5 y de Cádiz el 7, directamente para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires el día 1 y de Montevideo el 2 directamente para Canarias, Cádiz, Barcelona y Génova. Combinación por trasbordo en Cádiz con los puertos de Galicia y Norte de España.

Línea de Canarias.—Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 17, de Valencia el 18, de Alicante el 19 y de Cádiz el 22, directamente para Tánger, Casablanca, Mazagán, Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife y Santa Cruz de la Palma, con retorno á Santa Cruz de Tenerife, para emprender el viaje de regreso el día 1.º, haciendo las escalas de las Palmas, Cádiz, Alicante, Valencia y Barcelona.

Línea de Fernando Poo.—Servicio bimestral, saliendo de Barcelona el 25 de Enero y de Cádiz el 30, y así sucesivamente cada dos meses para Fernando Poo, con escalas en Las Palmas y otros puertos de la costa occidental de Africa y Golfo de Guinea. Regresan de Fernando Poo el 26 de Febrero, y así sucesivamente cada dos meses, haciendo las mismas escalas que á la ida para Cádiz y Barcelona.

Línea de Tánger.—Salidas de Cádiz: Lunes, miércoles y viernes para Tánger, con extensión á los puertos de Algeciras y Gibraltar.

Salidas de Tánger: Martes, jueves y sábados para Cádiz.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias, á viajantes del comercio y por pasajes de ida y vuelta. Precios convencionales por camarotes de lujo. También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares. La empresa puede asegurar las mercancías que se embarquen en sus buques.

Avisos importantes.—*Rebajas en los fletes de exportación.*—La Compañía hace rebajas de 30 % en los fletes de determinados artículos, con arreglo á lo establecido en la R. O. del Ministerio de Agricultura, Industria y Comercio y Obras Públicas de 14 Abril 1904, publicada en la *Gaceta* de 22 del mismo mes.

Servicios comerciales.—La sección que de estos Servicios tiene establecida la Compañía se encarga de trabajar en Ultramar los muestrarios que le sean entregados y de la colocación de los artículos cuya venta, como ensayo, deseen hacer los exportadores.

05(46) R
A

REVISTA CONTEMPORÁNEA

LA REVISTA CONTEMPORÁNEA se publica mensualmente en cuadernos de 128 páginas en 4.º

PRECIO DE SUSCRICIÓN

MADRID	<u>Pesetas.</u>	PROVINCIAS	<u>Pesetas.</u>	EXTRANJERO	<u>Pesetas.</u>
Tres meses.....	5	Tres meses.....	5	Y ULTRAMAR	
Seis meses.....	10	Seis meses.....	10	Seis meses.....	15
Un año.....	20	Un año.....	20	Un año.....	25

Número suelto, 2 pesetas en toda España.

Representante en Londres: ANG. SIEGLE, 30, Lime street.

BANCO VITALICIO DE ESPAÑA

Sociedad anónima de seguros sobre la vida á prima fija.

CAPITAL SOCIAL.....	Ptas.	15.000.000
RESERVAS hasta 31 Diciembre 1903.....	»	17.638.509,61
Capitales asegurados por diferentes conceptos desde la fundación de la Compañía hasta 30 Abril 1904.....	»	437.372.382,83
Pagado á los asegurados hasta igual fecha.....	»	28.559.394,57

Esta **Sociedad** se dedica á constituir capitales pagaderos á la muerte del asegurado ó á un plazo determinado para la formación de dotes, redención de quintas y demás combinaciones análogas, rentas vitalicias inmediatas ó diferidas y compra de usufructos y nudas propiedades.

REPRESENTACIONES EN TODA ESPAÑA

Domicilio social: ANCHA, 64.—BARCELONA

LA CATALANA

SOCIEDAD DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS Y EXPLOSIONES
Á PRIMA FIJA

40 AÑOS DE EXISTENCIA

Garantias...	Capital social.....	Ptas.	5.000.000	} 21.476.546
	Reservas y primas.....	»	16.476.546	

Capitales asegurados en 31 de Diciembre 1904: **Ptas. 1.772.623.810.**
Fondos colocados en inmuebles situados en Barcelona y en valores de mayor garantía.

Siniestros satisfechos: **8.150**, que importan **Ptas. 9.751.847,29.**

DOMICILIADA EN BARCELONA

RAMBLA DE CATALUÑA, 15, Y CORTES, 624

Representada en todas las provincias de España.